Elementos

de Metapolítica para una Civilización Europea Nº 11



GEOPOLÍTICA CONTINENTAL

EUROSIBERIA *versus* USAMÉRICA



UrKultur

Índice

Páginas

¿QUÉ ES GEOPOLÍTICA?

Andreas Dorpalen

La geopolítica es una técnica política que se basa en los documentos de la geografía –especialmente de la geografía política-, la historia, la antropología, la geología, la economía, la sociología, la psicología y otras muchas ciencias que, combinadas, pueden explicar una situación política determinada. Infunde movimiento a estos descrubrimientos, los considera como fuerzas dinámicas vivientes originadoras del desarrollo de los acontecimientos políticos que, a su vez, después de un cuidadoso análisis y evaluación, pueden ser seguidos por caminos preseleccionados. La geopolítica considera entonces que su misión es la de establecer los objetivos políticos y señalar el camino para alcanzarlos.

Karl Haushoffer, en la revista *Zeitschrift für Geopolitik*, la definía en los siguientes términos: "La geopolítica es la ciencia que entiende sobre las relaciones territoriales de los procesos políticos. Se apoya en una amplia base geográfica, especialmente en la geografía política, que es la ciencia de los organismos políticos que cuentan con una expansión territorial, así como de sus estructuras. Por otra parte, la geopolítica se propone suplir los instrumentos para la acción política, además de los preceptos para la vida política. De este modo, la geopolítica se convierte en un arte, es decir el arte que será la guía integral para la actividad política".

Bajo esta definición general, la geopolítica parece suficientemente inofensiva y debería recomendarse para que los dirigentes de todos los países la usasen como un instrumento de la política mundial. Como tal, ha obtenido muchos adeptos y, si no con el mismo nombre, servido de guía a muchos estadistas ingleses, franceses y norteamericanos. De hecho, Haushoffer y sus discípulos aclamaron la doctrina de Monroe como una obra maestra de programación geopolítica. Tampoco los estadistas alemanes anteriores a la época hitleriana menospreciaron la geopolítica. De acuerdo con la definición antes expuesta, Bismarck era un consumado geopolítico. Su política de alianzas, por la cual trató de eliminar la amenaza de una guerra en dos frentes contra el Reich, reconoció plenamente la expuesta situación geográfica de Alemania. Si los geopolíticos alemanes le prestaron escaso crédito se debe a que, en cuanto al espacio, consideraba al Reich como un país saturado y se oponía a todos los planes de expansión.

En consecuenica, el gran peligro de la geopolítica no se halla en el sistema en sí, sino en los usos que se le puedan dar. Si se destina a la obtención de objetivos legítimos, es entonces totalmente aceptable. Si se lo pervierte, en cambio, convirtiéndolo en un camino para la dominación continental y posteriormente para el dominio del mundo, basándose en la hipótesis de que una razs superior (herrenvolk) formada por superhombre (ubersmenschen) está predestenida para la conquista, se convierte en un peligro para la humanidad. Hasta este punto se prostituyeron las ideas geopolíticas alemanas, así como las japonesas, que no consideraban la geopolítica como un instrumento político para ser utilizado en la pacífica colaboración internacional. Más bien, si se nos permite invertir la famosa frase de Clausewitz, se ha convertido en la guerra con otros medios. De acuerdo con Haushoffer, la geopolítica tiene por objeto mostrar a los estadistas la forma en que su país "puede alcanzar su máximo espacio vital posible". En resumen, es una política de conquista. Por lo tanto, no es sorprendente que la geopolítica y la geopolítica de guerra, que se supone una subdivisión del sistema general, aparecieran como sinónimos ante los ojos de los alemanes. Probablemente no podría haberse esperado otra cosa de un país que consideraba la guerra como la mayor experiencia que la vida puede ofrecer. En tonces, para que la paz reine en el mundo, debe destruirse este falso concepto de la geopolítica.

LA GEOPOLÍTICA

Alain de Benoist

La geopolítica siempre fue la mal querida entre las ciencias sociales. Desde hace mucho tiempo se le recriminó ser una «ciencia alemana», lo que no quería decir gran cosa. Pero es sobre todo la delimitación de su ámbito o su estatuto lo que nunca ha dejado de plantear problemas. La geopolítica estudia la influencia de la geografía sobre la política y la historia, es decir, las relaciones entre el espacio y el poder. Pero esta definición es engañosa, lo que explica que la realidad misma de su objeto haya podido estar sujeta a debate.

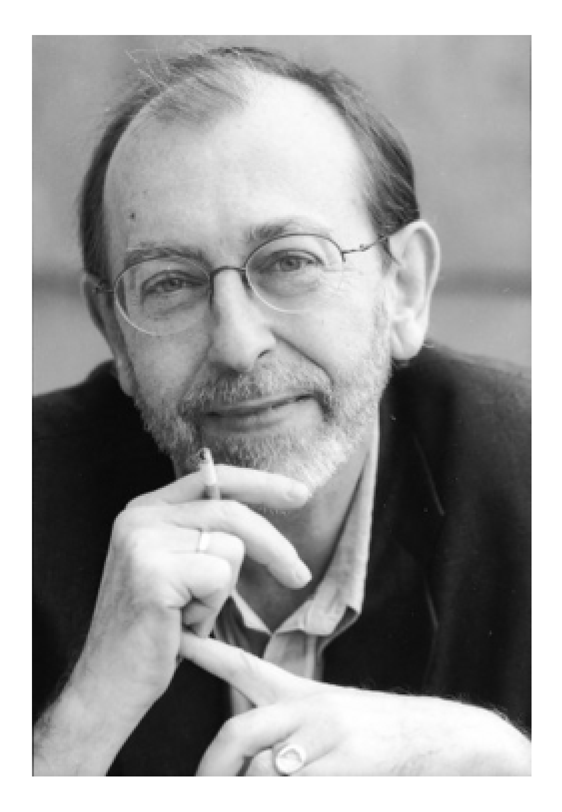
Se la ha descrito frecuentemente como una disciplina encargada de legitimar retrospectivamente los acontecimientos históricos o las decisiones políticas: así, no sería más que una construcción artificial basada en interpretaciones *ex eventu*. Esta crítica estuvo reforzada por el hecho de que la geopolítica frecuentemente se ha desarrollado al margen del poder político (incluso si, en los hechos, raramente ha inspirado al mismo).

Otros le han cuestionado su determinismo. La geopolítica se funda en cierto número de constantes ligadas al «suelo», a partir de las cuales pretende elucidar diversas lógicas espaciales. Pero ¿es siempre determinante el «suelo»? Francia, por sólo citar un ejemplo, habría tenido un origen geopolíticamente muy improbable, lo que no le impidió despuntar. A esto se añade el hecho de que el mundo ha cambiado. Ya salimos de la era de las grandes conquistas meramente territoriales: hoy preocupa más organizar el espacio que conquistarlo o acrecentarlo.

La conquista de un territorio sólo es, por lo demás, una forma entre otras de conquistar. «Cualquier espacio tiene su valor político», decía Ratzel. Sin embargo, no siempre posee el sentido que tuvo en otro tiempo. Vivimos en un mundo en que las fronteras ya no detienen (y sobre todo no garantizan) nada.

La geopolítica conserva, no obstante, su utilidad. Incluso resulta indispensable referirse a ella en un mundo en transición, donde todas las cartas están a punto de ser repartidas a escala planetaria. La geopolítica relativiza el peso de los meros factores ideológicos, mutables por definición, y recuerda la presencia de constantes que trascienden tanto a los regímenes como a las ideas.

Cegado por su racismo, Hitler hizo la guerra a Rusia, potencia continental, mientras que hubiera querido aliarse con Inglaterra, potencia marítima: magnífico ejemplo de la manera en que la ideología puede ser la causa de una ceguera geopolítica total. Hoy día comprobamos una oposición análoga entre la lógica geopolítica y la lógica «civilizacional». Algunos hablan de «guerra de civilizaciones», en tanto que el Islam no constituye –tampoco Occidente– la menor entidad geopolítica.



De todas las nociones propias de la geopolítica, una de las más incuestionables es sin duda la oposición entre Mar y Tierra. «La historia mundial –decía Carl Schmitt– es la historia de la lucha de las potencias

marítimas contra las continentales y de las potencias continentales contra las marítimas». Ésa era también la opinión del almirante Castex y de muchos geopolíticos.

La Tierra es el lugar de los territorios diferenciados. Suscita distinciones tajantes entre la guerra y la paz, entre combatientes y no combatientes, entre la acción política y el comercio. Es por excelencia el lugar de la política y de la historia. «La existencia política tiene un carácter puramente telúrico» (Adriano Scianca).

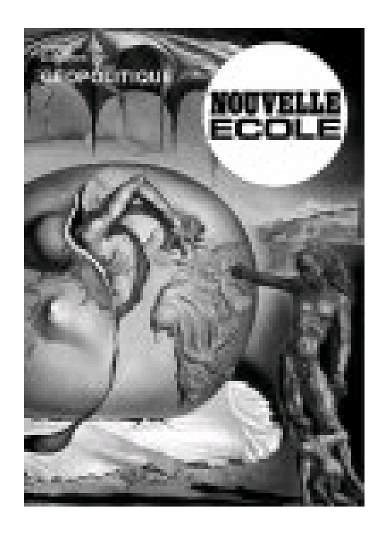
El Mar es una extensión uniforme, la negación de las diferencias, los límites y las fronteras. Es un espacio indistinto, equivalente líquido del desierto. Al carecer de un centro, sólo conoce los flujos, y es por ello por lo que se parece a la globalización postmoderna. El mundo actual es un mundo «líquido» que tiende a abolir todo lo que es «terrestre», estable, sólido, constante, diferenciado. Es un mundo de flujos transportados por redes. El comercio mismo, igual que la lógica del capital, también está hecho de flujos. La uniformidad que la globalización y el comercio logran es inherente a la lógica «marítima»: el monoteísmo del mercado es hijo de la lógica del Mar, y no es por azar que el capitalismo se parece sobre todo a la piratería.

En la historia de la humanidad, la confrontación entre la Tierra y el Mar corresponde a la lucha secular entre la lógica continental europea y la lógica «insular» encarnada primero por Inglaterra y luego por los Estados Unidos de América. Schmitt ya lo había subrayado: debido a la técnica moderna, el Mar se ha transformado, relevado en espacio. «El mar no es más un elemento, se volvió *espacio*, así como el aire también se ha vuelto espacio de la actividad humana y de ejercicio del poder».

Como ayer la de Inglaterra, la hegemonía estadounidense descansa en la dominación mundial de los mares, extrapolada a la dominación del aire, y ante la ausencia de unidad del espacio euroasiático. Antiguas problemáticas, pero que en adelante se explicarán en más vastas dimensiones. Estados Unidos tomó los caminos del poderío inglés. Europa entera ocupa el lugar otorgado a Alemania. Al mismo tiempo, vemos reaparecer el «Gran Ajedrez» que ayer oponía a Inglaterra y Rusia, y cuyos peones esenciales permanecen en Asia central, Mesopotamia, Irán y Afganistán.

En el pasado, la geopolítica ejercía sus concepciones principalmente a nivel de los Estados que, en nuestros días –al menos en el hemisferio occidental– parecen haber entrado a una crisis irreversible. Hoy, las lógicas continentales nos revelan las maquinaciones desordenadas de los Estados que nos han ocultado por mucho tiempo, pero que, más que nunca, serán fundamentales.

La geopolítica nos ayuda a razonar, no tanto a nivel de países sino de continentes. El Mar contra la Tierra, hoy día, está representado por los Estados Unidos de América contra el «resto del mundo», y por principio contra el bloque continental europeo. El eje Madrid-París-Berlín-Moscú adquiere desde esta perspectiva toda su importancia, paralelamente al eje Moscú-Teherán-Nueva Delhi. El bloque germano-ruso se mantiene en el corazón del «centro mundial». Y es por ello por lo que la suerte del mundo depende de la alianza de estos dos países. Allí también la caída del sistema soviético despejó los frentes. El desconocido chino domina el resto.



[@ Editorial de *Nouvelle Ecole* Nº 55]

LOS FUNDADORES DE LA GEOPOLÍTICA: KJELLEN, MACKINDER, HAUSHOFFER

Robert Steuckers

Rudolf Kjellen (1864-1922)

Nacido el 13 de Junio de 1864 en la pequeña isla de Torsoe en medio de un gran lago sueco de Voenern, Kjellen crece en una atmósfera totalmente impronta de luteranismo. Se inscribe en la Universidad de Uppsala, donde lo marca la influencia del Profesor Oscar Alin, una de las cabezas pensantes del movimiento conservador sueco. En mayo de 1891, Kjellen es diplomado de ciencias políticas y recibe un puesto de profesor en la nueva universidad de Goeteborg. Más tarde, además de las ciencias políticas, enseña geografía.

Esta circunstancia permitió el surgimiento, de esta síntesis entre las ciencias políticas y la geografía que es geopolítica. Influenciada por el geógrafo alemán Friedrich Ratzel, aplica sus teorías a la realidad sueca (cf. Inledning till Sveriges geografi, 1900) y modifica sus cursos de ciencias políticas en Goeteborg en un sentido geopolítico. En 1904, visita los Estados Unidos con sus alumnos y es golpeado por la calidad del espacio norteamericano, diferente y más desmesurado que el espacio europeo. En 1905, Kjellen es elegido en el parlamento de Estocolmo.

Después, en su carrera de investigador y profesor, se suma una carrera paralela de hombre político. Kjellen lucha para que la Unión que unió desde 1814 a Noruega y a Suecia no se disloque. En vano. El resto de su carrera política, la consagró a luchar contra la burocracia y el socialismo y a aprobar las leyes sobre demografía, la política económico-social y la defensa. De 1909 a 1917, deja la Cámara para ocupar un escaño en el Senado.

Su interés por el Japón no hace más que crecer con el transcurso de estos años; lo visita al mismo tiempo que China en 1909. Prestado del transiberiano, físicamente se da cuenta de la inmensidad territorial siberiana y centro-asiática. En Pekín, constata que los días de dominación europea en China están contados. Comparando en seguida las mentalidades china y japonesa, Kjellen escribe en su diario de viaje: "El alma del Japón es romántica mientras que la de China es realista-clásica; el alma de Japón es progresista mientras que la de China es burocrática-conservadora."

Asimismo, la creciente función del Estado en el Japón induce a Kjellen a sentenciarla "socialista" mientras que el Estado chino, poco intervensionista en el dominio social, genera una sociedad que, a fin de cuentas, es liberal.

En 1913, mientras se anuncia la primera guerra mundial Kjellen formula un balance de potencias que rodean Suecia. Conclusión: Alemania es la aliada natural de los suecos, mientras que rusia es su adversario después de los siglos. En los debates que van a seguir, Kjellen opta por Alemania. Con un buen número de profesores y de filósofos alemanes, afirma que las ideas de solidaridad nacional, nacidas en 1914, rechazan las ideas liberales/individualistas/universalistas de 1789. En el slogan revolucionario de "libertad, igualdad, fraternidad", Kjellen y sus homólogos alemanes se oponen a otra tríade, nacionalista y patriótica: "orden, justicia, fraternidad."

Es nombrado profesor en Uppsala, en la cátedra triplemente centenaria de Johan Skytte. Al mismo tiempo, sus tesis geopolíticas y sus comentarios de la actualidad tienen un creciente éxito en Alemania. En Uppsala, Kjellen redacta su obra maestra Staten som livsform (El Estado como forma de vida) que aparece en alemán en abril de 1917 y tienen inmediatamente un gran éxito. Es en este libro donde inventa el

término de "geopolítica". Antes, se hablaba, según Ratzel, de "geografía política".

Cuando la guerra toma fin en 1918, Kjellen ve el surgimiento de dos potencias planetarias: Inglaterra y Rusia, "además gobernada por una aristocracia de forma degenerada, ya sea una oligarquía" y por una ideología bastarda, hegeliana en su forma y rousseauísta en su contenido. En la misma época aparece una segunda obra maestra teórica de Kjellen: Undersoekningar till politikens system (Trabajos sobre el sistema de la política), recapitulación completa de sus ideas en geopolítica.



Durante los cuatro últimos años de su vida, Kjellen visita varias universidades alemana. Sufriendo de una angina de pecho, muere el 14 de noviembre de 1922 en Uppsala. Sus teorías tuvieron un impacto muy importante en Alemania, principalmente en la escuela de Haushofer, de Otto Maull, etc. En Suecia, su principal discípulo fue Edvard Thermaenius y, en Finlandia, Ragnar Numelin (1890- 1972).

Las ideas de 1914. una perspectiva sobre la historia mundial, 1915

Este folleto importante no nos descubre a un Kjellen como teórico de la geopolítica o de las ciencias políticas, sino una reflexión general sobre los hechos de 1914, que tomarán en cuenta los teóricos de la geopolítica alemana de los años 20 y 30 y los protagonistas de la "Revolución conservadora". Kjellen basa su demostración en dos obras: una de Werner Sombart ("los comerciantes y los héroes"), la otra de Johann Plenge ("La guerra y la economía política"). Con Sombart, critica la tríada de 1789, "Libertad, igualdad, fraternidad", instrumento ideológico de la "burguesía degenerada por el comercio." La guerra en curso es más prejudicial que una guerra entre potencias antagonistas: revela el enfrentamiento de dos Weltanschauungen, la de 1789 contra la nueva e innovadora de 1914.

Francia y Gran Bretala defienden con sus armas los principios políticos (o más bien, anti-políticos) de la modernidad liberal. Para Kjellen, en 1914 comienza el crepúsculo de los antiguos valores. La afirmación que retoma del danés Fredrik Weis ("La caída de los ideales"), para quien las carnicerías del frente señalan el crepúsculo del idealismo, la caída de todos los valores que la civilización europea había llevado al pináculo. Kjellen y Weis constatan la caída cinco juegos de valores fundamentales:

1. la idea de paz universal.

2. el ideal humanista de cultura.

3. el amor a la patria, que, de valor positivo, se ha transformado en odio a la patria de los otros.

4. la idea de fraternidad internacional llevada por la social-democracia;

5. el amor cristiano al prójimo.

Este quíntuple colapso sella la bancarrota de la civilización cristiana, transformada por los aportes de 1789. Pero la primera ideología arruinada por la conflagración de 1914 es de hecho el denominador común de todos estos ideales: el cosmopolita, obligado a ser eliminado en beneficio de los hechos nacionales. Los nacionalismos prueban por la guerra que son realidad inevitables. Su existencia puede provocar la guerra pero también la cooperación internacional. El internacionalismo no excluye, a los ojos de Kjellen, la existencia de las naciones, contrariamente al cosmopolitismo.

El internacionalismo es una cooperación entre las entidades nacionales orgánicas, mientras que el cosmopolitismo es

inorgánico, del mismo modo que su corolario, el individualismo. Este último conoce igualmente la quiebra después que las hostilidades se desencadenaron. 1914 inaugura la era de la organización y termina la de la anarquía individualista, iniciada en 1789. Además, el individuo ya no tiene solo intereses privados, debe servir. Su orgullo estéril es derribado, lo que no puede decir que las cualidades personales/individuales deben dejar de aparentarse: las que sirven bien al orden o a la colectividad continuarán y serán llamados a reforzarse. Romain Rolland dijo, señala Kjellen, que la guerra descubrió las deficiencias del socialismo y el cristianismo. En efecto, los soldados de todas las potencias beligerantes se valen de Dios y no de Cristo. Aquel Dios invocado por los nuevos guerreros es nacionalizado; es totémico como Jehová en los principios de la historia judía o como los dioses paganos (Thor/Wotan). Este Dios nacionalizado ya no es el Nazareno con su mensaje de amor. Este panteón de dioses únicos nacionalizados y antagonistas reemplaza así al Mesías universal. A pesar de esta fragmentación de lo divino, queda no obstante algo poderoso. La paz había sido peligrosa para Dios: los hombres políticos habían asentado la irreligión en los programas que se esforzaban por explicar. Y si la guerra suscita la aparición de dioses nacionales que siembran el odio entre las personas, sustituyen simultáneamente a los odios internos que oponen a los diversos componentes sociales de las naciones. La guerra transplantó el odio del interior hacia el exterior.

La paz social, la fraternidad, la ayuda mutua, los valores fraternales del cristianismo progresan, se puede decir que la guerra incrementó en toda Europa el amor por el prójimo. En consecuencia, lo que se derriba, son los seudo-ideales, esta es la armadura de una época rica en formas pero pobre en sustancia, de una época que quiso evacuar el misterio de la existencia.

La caída que anuncia una nueva aurora. La guerra es un periodo de efervescencia, de futuro, o Europa se recompone de nuevos valores. La tríada de 1789, "Libertad, igualdad, fraternidad", está sólidamente anclada en la mente de las antiguas generaciones. Será difícil de expulsarla. Los jóvenes, por el contrario, deben adherir a otros valores y no interiorizarse más en las de 1789, ya que impedirían aprehender las nuevas realidades del mundo. La libertad, según la ideología de 1789, es la ausencia/rechazo de las ataduras. Así la negación más pura que impide distinguir el bien y el mal. Ciertamente, explica Kjellen, 1789 despejó la humanidad europea de los vínculos anacrónicos del antiguo régimen (Estado absoluto, etiqueta social, iglesia estéril). Pero luego de los hechos revolucionarios, la idea del ochenta y nueve de libertad se fijó en la abstracción y en el dogma. El proceso de disolución que inició terminó por disolverlo todo, para convertirse en sinónimo de anarquía, de libertinaje y de permisividad. Hay que meditar el adagio que quiere que la "libertad sea la mejor de las cosas para aquellos que saben servirse de ella. De allí el imperativo de la hora, es el orden. Esto es impedir que las sociedades caigan en la anarquía permisiva y disolvente. Kjellen es consciente que la idea de orden puede ser mal utilizada, tanto como la idea de libertad. La historia está compuesta de una serie de sístole y diástole, de un ritmo sinusoidal donde juegan la libertad y el orden.

El ideal sugerido por Kjellen es el de un equilibrio entre estos dos polos. Pero el orden que está naciendo en las trincheras no es un orden paralizado, austero y formal. No es un corsé exterior y no exige una obediencia absoluta e incondicional.

Es un orden interior que exige a los hombres dosificar sus pasiones en beneficio de un todo. Kjellen no niega así el trabajo positivo de idea de libertad del siglo XIX pero critica la degeneración y el desequilibrio. La idea de orden, nacida en 1914, debe trabajar para corregir el desequilibrio provocado por la libertad convertida en permisiva al final de los decenios. La idea de igualdad ha dirigido a un combate justo contra los privilegiados del antiguo régimen, procedentes de la edad Media.

Pero su hipertropía condujo a otro desequilibrio: el que confina la humanidad

en un término medio, o los pequeños son engrandecidos y los grandes aminorados por decreto. De hecho, solo los grandes son disminuidos y los pequeños quedan tal cuales. La igualdad es por tanto "la decapitación de la humanidad". Kjellen defiende la idea nietzcheniana de la sobrehumanidad no por orgullo sino más bien por humildad: procede del balance de que el tipo humano medio actual es incapaz de cumplir todas las virtudes. Ahora bien estas virtudes deben ser revivificadas y reencarnadas: tal es la marca de la sobrehumanidad que se educa por encima de los promedios impuestos. Kjellen acepta el tercer término de la tríada de 1789, la fraternidad, y se estima que será reforzada por la camaradería entre los soldados. Kjellen expone luego la declaración de los derechos del hombre a una crítica severa: conduce al subjetivismo puro, escribe, y entreve las relaciones humanas desde la "perspectiva de la rana".

Explica: el hombre del ochenta y nueve, como lo demostró Sombart, quiere recibir de la vida y no darle sus esfuerzos. Estas ganas de recibir, consignada in nuce en la declaración de los derechos humanos, transforma el actuar humano en vúlgar comercialismo (obtener en beneficio del orden económico) y en eudemonismo (tener satisfacciones sensuales). Desde el principio del siglo XIX, Francia y Gran Bretaña vehiculan esta ideología comercial/eudemonista, poniendo en marcha así el proceso de anarquisación y de permisividad, mientras que Prusia, después de Alemania, agregan a la idea de los derechos del hombre la idea de los deberes del hombre, insistiendo en el Pflicht y el "imperativo categórico" (Kant). El mezcla germánica de derechos y deberes eleva a la humanidad por encima de la "perspectiva subjetivista de la rana", ofreciendo una perspectiva supra-individual, separada de una estrategia de don, de sacrificio. La idea de deber implica inmediatamente la pregunta: "¿qué puedo dar a la vida, a mi pueblo, a mis hermanos, etc.? En conclusión, Kjellen explica que 1914 no es la negación pura y simple de 1789; 1914 impulsa nuevas direcciones a la humanidad, sin negar la precisión de las disputas libertarias de 1789.

No hay problema, a los ojos de Kjellen y de Sombart, para rechazar sin más las nociones de libertad y de igualdad sino rechazar sus avatares exagerados y pervertidos. Entre 1914 y 1789, no existe una antinomia como existe entre el antiguo régimen y 1789. Estos dos mundos axiológicos se prohíben totalmente. Si el antiguo régimen es la tesis, 1789 es su antítesis y la Weltanschauung liberal que deriva vigilancia en ellas todos los límites de una antítesis. Este liberalismo habrá sido entonces solo una antítesis sin nunca ser una síntesis. 1914 y la ética germano-prusa del deber son, síntesis fructuosas. Por lo tanto, los mundos liberal y del antiguo régimen son igualmente hostiles a esta síntesis ya que las hace desaparecer a los dos, recalcando su caducidad. Esto se debe a que las potencias liberales francesa y británica se alían con la potencia rusa del antiguo régimen para derribar las potencias germánicas, portadoras de la síntesis. La tesis y la antítesis unen sus esfuerzos para rechazar la síntesis. Los partidarios de la opresión y los de la anarquía se oponen con un interés similar al orden, porque el orden significa su fin. Las potencias liberales amenazan menos al absolutismo del antiguo régimen porque esta es susceptible de invertirse bruscamente en anarquía. En la antigua constelación de valores de 1789, sucederá una nueva constelación, la de 1914, "deber, orden, justicia".

Los problemas políticos de la guerra mundial, 1916

En la introducción de esta obra que analiza el estado del mundo en plena guerra, Kjellen nos expone una reflexión sobre los mapas geográficos de los atlas usuales: estos mapas nos muestran entidades estáticas fijas, capturadas en un momento proceso de su futuro histórico. Por tanto toda potencia puede crecer y superar el cuadro que le asignan los atlas. Al mismo tiempo en que crece el Estado A, el Estado B puede, disminuir y dejar el espacio en desierto, vacío que cita las energías desbordantes en otra parte. Kjellen concluye que las proporciones entre el suelo y la población varían sin cesar. Los mapas políticos reflejan así las realidades, que, a menudo, ya no lo son. La guerra que estalló en agosto de 1914

es un hecho conmovedor, un movimiento que atrapa al individuo de espanto. Este temor del individuo proviene del hecho que la guerra es una colisión entre los Estados, es decir, entre las entidades que tienen las dimensiones cuantitativas que sobrepasan la perspectiva fuertemente reducida del individuo. La guerra es un fenómeno específicamente estático/político que nos fuerza a concebir el Estado como un organismo viviente. La guerra revela bruscamente las verdaderas intenciones, los pulsos vitales, los instintos del organismo estado, mientras que la paz las oculta generalmente detrás de todos los tipos de convenciones. En la línea de la obra que está preparando desde hace muchos años y que se publicará en 1917, Kjellen repite su credo vitalista: El Estado no es un esquema constitucional variable a merced de las elecciones y de los humores sociales ni un simple sujeto de derecho sino un ser viviente, una personalidad supra-individual, histórica y política. En sus comentarios sobre los hechos de la guerra, Kjellen no oculta su simpatía por Alemania de Guillermo II, sino que desea sin embargo seguir objetivo. El libre aborda luego los grandes problemas geopolíticos de la hora. Tres potencias mayores se enfrentan, con su clientela, las potencias de segundo orden. Esta Alemania (con sus clientes: Austria-Hungría, Turquía, Bulgaria), luego Inglaterra (con Francia, Italia, Bélgica, y, en una menor medida, el Japón); al final, Rusia, con dos clientes minúsculos, Serbia y Montenegro.

Tres exigencias geopolíticas mayores se imponen a los Estados y a sus extensiones coloniales:

1) la extensión del territorio; 2) la libertad del movimiento, 3) la mejor cohesión territorial posible.

Rusia tiene la extensión y la cohesión territorial pero no la libertad de movimiento (no el acceso a los mares cálidos y a las grandes vías de comunicación oceánica). Inglaterra tiene la extensión territorial y la libertad de movimiento pero no cohesión territorial (sus posesiones están dispersas en el conjunto del globo). Alemania no tiene ni la extensión ni la libertad de movimiento (la flota inglesa bloquea el acceso al Atlántico en el Mar del Norte), su cohesión territorial es un hecho en Europa pero sus colonias no están encadenadas a África. Retomando las ideas de su colega alemán Arthur Dix, Kjellen constata que las tendencias de la época consistían, para los Estados, en encerrarse sobre ellos mismos y juntar su territorio haciendo un todo coherente. Inglaterra es así pasado de una política de la "puerta abierta" a una política que se enfoca en el surgimiento de las zonas de influencia cerradas, luego de haber reunido sus posesiones africanas de Egipto a África del Sur (del Cairo al Cabo). Es tentada luego de situar toda la región entre Egipto y el actual Pakistán bajo su copa, enfrentándose a los proyectos germano-turcos en Mesopotamia (ferrocarril Berlín-Bagdad-Golfo Pérsico). Alemania que no tiene ni la extensión ni la libertad de movimiento ni la cohesión territorial sobre el plano colonial (cuatro colonias dispersas en África más la Micronesia en el Pacífico). Tentó, con Inglaterra, de reunir sus colonias africanas en perjuicio de las colonias belgas y portuguesas: un proyecto que nunca fue concretizado. Para Kjellen, el destino de Alemania no está ni en África ni en el Pacífico. El Reich debe reforzar su cooperación con Turquía según el eje Elba-Eufrates creando una zona de intercambios económicos desde el Mar del Norte hasta el Golfo Pérsico y el Océano Indico, casería conservada de los británicos. Los proyectos germano-turcos en Mesopotamia son la principal manzana de la discordia entre el Reich e Inglaterra y, en efecto, la verdadera problemática de la guerra, dirigida por los Franceses intermediarios. La política inglesa busca fraccionar la diagonal que divide el Mar del Norte para acabar en el Golfo Pérsico, poniendo a Rusia contra Turquía y prometiéndole los Dardanelos que no tiene de todos modos la intención de dárselos ya que una presencia rusa en la Bósfora amenazaría la ruta de las Indias a la altura del Mediterráneo oriental.

A estos problemas geopolíticos, se añaden los problemas etnopolíticos: en líneas generales, la cuestión de las nacionalidades. El objetivo de la guerra de Entente, es

rehacer el mapa de Europa sobre la base de las nacionalidades. Inglaterra ve el medio de fraccionar la diagonal Mar del Norte-Golfo Pérsico entre Viena y Estambul.

Los poderes centrales, reevalúan la función del Estado agregado y anunciante, por la voz de Meinecke, que la era de las especulaciones políticas había terminado y que conviene por tanto hacer la síntesis entre el cosmopolitismo del siglo XVIII y el nacionalismo del siglo XIX en una nueva forma de estado que era supranacional y atenta a las nacionalidades que abarca. Kjellen, por su parte, fiel a sus principios vitalistas y biólogos, estima que todo Estado sólido debe ser nacional por tanto étnicamente y lingüísticamente homogéneo. El principio de las nacionalidades, lanzado en el debate por la Entente, hará surgir una "zona crítica" entre la frontera lingüística alemana y la frontera de la Rusia rusa, lo que abarca los Países Bálticos, la Bielorrusia y Ucrania. A los problemas de órdenes geopolítico y etnopolítico, se debe añadir los problemas socio-políticos. Kjellen aborda los problemas económicos de Alemania (desarrollo de su marina, programa de Levant, línea de ferrocarril Berlín-Bagdad) luego los problemas de Rusia en materia de política comercial (la competencia entre el campesinado alemán y ruso que impide a Rusia exportar sus productos agrícolas hacia Europa). Rusia quiere hacer saltar el cerrojo de los Dardanelos para poder exportar sin obstáculos su trigo y sus cereales de Ucrania, única manera de asegurar del resto a su balanza comercial.

Kjellen aprueba la política conservadora del Ministro británico Chamberlain que, en 1903, evocó una Unión Comercial autárquica, protegida por la potencia marítima inglesa. Tres grandes zonas de repartirían así el mundo: 1) Inglaterra, con Canadá, Australia y Africa del Sur, 2) Alemania, con Austria-Hungría, la Federación balcánica y Turquía; 3) la "Panamérica". En Inglaterra, la política es guiada por una paradoja: son los conservadores que defienden esta idea hacia la autarquía imperial que implica también la no intervención en las otras zonas. La derecha, es conservadora: prefiere una política intervensionista en las zonas de otros. Kjellen explica esta caída: el proyecto de autarquía es poco atractivo sobre el plano electoral mientras que el de la pantarquía (del control total del mundo por Inglaterra) estimula la demagogia jingoísta. Chamberlain, sugiriendo sus planes de autarquía imperial, es conciente de las debilidades del Imperio y del enorme costo de la máquina militar que se debe mantener para poder dominar el mundo.

Vienen en seguida los problemas de órdenes constitucionales y culturales. La guerra en curso es igualmente la confrontación entre dos modelos de Estado, entre el ideal político inglés y el ideal político alemán. En Inglaterra, el individuo prima al Estado mientras que en Alemania el Estado prima al individuo. En Inglaterra, el objeto de la cultura, es formar caracteres; en Alemania, producir del saber. A esto, los alemanes responden que la autonomía de los caracteres fuertes se equivoca, sobre el espacio cultural inglés, en un mundo de convenciones fijas y paralizantes.

Los ingleses y franceses afirman que Alemania es una nación muy joven para tener un estilo. Los alemanes replican que su masa de saber permite la inspección de un barco más exacto del mundo y su cultura, en consecuencia, tienen más sustancia que forma (DE ESTILO). Inglaterra forma caballeros alineados en un promedio, afirman los alemanes, mientras que su sistema de educación forma personalidades extremadamente diferenciadas refiriéndose a una cantidad de parámetros heterogéneos. Alemania siendo el país de los particularismos persistentes, es normal, escribe Kjellen, que recomienda un federalismo en los "círculos" de Estados aparentemente culturales y ligados por intereses comunes o "aparentemente" organizados por fuerzas étnicas homogéneas contra las esferas de dominación" (Alfred Weber). La idea alemana, prosigue Kjellen, es el respeto de la especificidad de los pueblos, cualquiera que fuera su importancia numérica. Esta es la igualdad en derecho de las naciones al interior de una estructura política de nivel superior, organizada por una nacionalidad

dominante (como en Austria-Hungría). Kjellen conecta esta idea inquieta del tipo de especificidades a la idea protestante militante del rey sueco Gustavo Adolfo, campeón del protestantismo, por el cual "se debía salvar la tolerancia".

El juego entonces se juega de tres: los Occidentales, los rusos y los centrales. O, como lo había escrito en Las ideas de 1914, entre la antitesis, la tesis y la síntesis. La guerra es igualmente el enfrentamiento entre las ideas de Jean-Jacques Rousseau y las de Immanuel Kant, entre la insistencia excesiva sobre los derechos y el sentido equilibrado de los derechos y los deberes. A las ideas de Rousseau se unen las de Herbert Spencer, "comercialistas" y "eudemonistas", y las reaccionarias de Pobiedonostev, tutor de los Zares Alejandro III y Nicolás II. El individualismo puro y la opresión del puro absolutismo hacen causa común contra el orden equilibrado de los derechos y deberes, postulado por la filosofía de Kant y la praxis prusiana del Estado.

El Estado como forma de vida, 1917

La obra principal del autor, donde él utiliza por primera vez el vocablo de "geopolítica". Kjellen trabaja con la ayuda de dos conceptos mayores: la geopolítica propiamente dicha y la geopolítica especial. La geopolítica propiamente dicha es la entidad geográfica simple y natural, circunscrita en las fronteras precias. Kjellen analiza las fronteras naturales montañosas, fluviales, desérticas, pantanosas, forestales, etc, y las fronteras culturales/políticas creadas por la acción de los hombres. El territorio natural de las entidades políticas pueden pertenecer tipos diferentes: tipos potámicos o "circunfluviales" o "circunmarinos". Una de las principales constantes de la geopolítica práctica, es la voluntad de las naciones insulares o litorales de forjar un país similar al que está frente a sus costas (ejemplo: la voluntad japonesa de crear un Estado manchú en su devoción) y apropiarse un conjunto de territorios insulares, de cabos o de franjas territoriales como paradas en las principales rutas marítimas. Kjellen estudia el territorio natural desde el punto de vista de la producción industrial y agrícola y la organización política y administrativa.

Kjellen subraya la interacción constante entre la nación, el pueblo y el poder político, interacción que confiere al estado una dimensión decididamente orgánica. Además de la geopolítica propiamente dicha, Kjellen se preocupa de la geopolítica especial, es decir de las cualidades particulares y circunstanciales del espacio, que inducen a tal o tal estrategia política de expansión. Kjellen luego examina la forma geográfica del estado, su apariencia territorial. La forma ideal, para un Estado, es la forma esférica como para Islandia o Francia. Las formas longitudinales, como las de Noruega o Italia, implican la extensión de las líneas de comunicación. Los enclaves, las exclaves y los corredores tienen una importancia capital en geopolítica: Kjellen las analiza en detalle. Pero de todas las categorías de la geopolítica, la más importante es la de la posición. Para Kjellen, se trata no solo de la posición geográfica, de la vecindad, sino también de la posición cultural, actuando sobre el mundo de las comunicaciones.

El sistema de la geopolítica, según Kjellen, puede estar dividido como sigue:

I. La Nación: objeto de la geopolítica.

1. La posición de la nación: objeto de la topopolítica.

2. La forma de la nación: objeto de la morfopolítica.

3. El territorio de la nación: objeto de la fisiopolítica.

II. El establecimiento nacional: objeto de la ecopolítica.

1. La esfera del establecimiento: objeto de la emporopolítica.

2. El establecimiento independiente: objeto de la autarquipolítica.

3. El establecimiento económico: objeto de la economipolítica.

III. El pueblo portador del Estado: objeto de la demopolítica.

1. El núcleo de la población: objeto de la pletopolítica.

2. El alma del pueblo: objeto de la psicopolítica.

IV. La sociedad nacional: objeto de la sociopolítica.

1. La forma de la sociedad: objeto de la filopolítica.

2. La vida de la sociedad: objeto de la biopolítica.

V. La forma de gobierno: objeto de la cratopolítica.

1. La forma de Estado: objeto de la nomopolítica.

2. La vida del Estado: objeto de la praxiopolítica.

3. El poder del Estado: objeto de la arcopolítica.

El método de clasificación elegido por Kjellen, es subdividir cada objeto de investigación en tres categorías: 1. medio ambiente; 2. la forma; 3. el contenido.

Los grandes poderes y la crisis mundial, 1921

Ultima versión de sus estudios sucesivos sobre los grandes poderes, esta edición de 1921 añade una reflexión sobre los resultados de la primera guerra mundial. La obra empieza por un panorama de los grandes poderes: Austria-Hungría, Italia, Francia, Alemania, Inglaterra, los Estados Unidos, Rusia y Japón. Kjellen analiza la ascensión, la estructura estática, la población, la sociedad, el régimen político, la política extranjera y la economía. Sus análisis de las políticas extranjeras de los grandes poderes, destacan claramente las grandes líneas de fuerza, incluso actualmente guardan una concisión operativa tanto por el historiador como por el observador de la escena internacional.

Al final de la obra, Kjellen nos explica cuáles son los factores que hacen que una potencia sea grande. Ni la superficie ni la población son necesariamente factores multiplicadores de poder (Brasil, China, India). La entrada del Japón en el club de las grandes potencias prueba por otro lado que el status de grande ya no están reservada a las naciones de raza blanca y de religión cristiana. Por tanto, no existe ninguna forma privilegiada de constitución, de régimen político, que concede automáticamente el status de gran potencia. Existen grandes potencias de todos tipos: cesaristas (Rusia), parlamentarias (Inglaterra), centralistas (Francia), federalistas (Estados Unidos), etc. La Gran Guerra no obstante ha probado que una gran potencia ya no puede desplegarse y florecer en las formas puramente antidemocráticas.

El concepto de gran potencia no es un concepto matemático, étnico o cultural sino un concepto dinámico y fisiológico. Ciertamente, una gran potencia debe disponer de un vasto territorio de masas demográficas importantes, de un grado de cultura elevado y de una armonía de su régimen político, pero cada uno de sus factores tomados por separado es insuficiente para hacer acceder una potencia al estatus de grande.

Para ello, es la voluntad la determinante. Una gran potencia es por tanto la voluntad servida por los medios importantes. Una voluntad que quiera acrecentar el poder. Las grandes potencias son en consecuencia Estados extensivos, que se tallan en zonas de influencia sobre el planeta. Estas zonas de influencia demuestran el status de grande. Todas las grandes potencias se sitúan en la zona temperada del hemisferio septentrional, único clima limpio para el florecimiento de fuertes voluntades. Cuando la voluntad de expansión muere, cesa el hecho de querer participar en la competencia, la gran potencia decrece, retrocede y fallece políticamente y culturalmente. Se reincorpora a este los Naturvoelker, que no ponen el mundo en

forma. China es el ejemplo clásico de un Estado gigantesco situado en la zona temperada, dotada de una población muy importante y a las potencialidades industriales inmensas que pierde los privilegios al rango de la pequeña potencia, ya que muestra un déficit de voluntad. Este tipo parece prever Alemania y Rusia desde 1918.

Existen dos tipos de grandes potencias: las económicas y las militares. Inglaterra y los Estados Unidos son grandes potencias más bien económicas, mientras que Rusia y Japón son grandes potencias más bien militares. Francia y Alemania presentan una mezcla de dos categorías: el mar privilegiado, el comercio y la tierra, el despliegue del poder militar, creando la oposición entre nacionales marítimas y naciones continentales. Inglaterra es puramente marítimo y Rusia puramente continental, mientras que Francia y Alemania son una combinación de talasocracia y de poder continental. Los Estados Unidos y el Japón transgreden la regla, de modo que unos dispongan de un continentes y que el otro, insular, sea llevado más bien hacia el industrialismo militarista (en Manchuria). Las grandes potencias marítimas son con frecuencia metrópolis que dominan a un grupo diseminado de colonias, mientras que las grandes potencias continentes buscan una expansión territorialmente conectada a la metrópolis. Inglaterra, Estados Unidos, Francia y Alemania han elegido la expansión diseminada, mientras que Rusia y el Japón (extendiéndose a zonas contiguas situadas alrededor de su archipiélago metropolitano) incrementan su territorio conquistando o sometiendo países vecinos de su centro.

La historia parece probar que los imperios dispersos son más frágiles que los imperios continentales contiguos: los ejemplos de Cartago, Venecia, Portugal y Holanda. La autarquía, la autosuficiencia, parece ser una condición de estatus de gran poder que representan mejor los imperios continentales, sobretodo desde que el ferrocarril incrementó la movilidad sobre la tierra y le confirió la misma velocidad que en el mar. Las lecciones de las guerras mundiales son por tanto las siguientes: la talasocracia británica ganó la batalla notablemente porque hizo uso del arma del bloqueo. Pero esta victoria de la potencia marítima no significa la superioridad de la talasocracia: una Alemania más autárquica sería mejor resistida y, a fin de cuentas, son las masas compactas de territorios dominados por Inglaterra que han permitido a los Aliados oponerse a los Centrales. El factor determinante por tanto fue la Tierra, no el Mar. El ideal es entonces combinar factores marítimos y factores continentales.

¿Se debe concluir de este análisis de las grandes potencias que los pequeños Estados están condenados por la historia a no ser más que los vasallos de los grandes? No, responde Kjellen. Los pequeños estados pueden convertirse en grandes o volver a convertirse o incluso mantenerse honorablemente en la escena internacional. Exactamente de la misma forma que los pequeños talleres se mantuvieron frente a la competencia de las grandes fábricas. Los fuertes absorben con mucha frecuencia a los débiles pero no siempre. La resistencia de los débiles pasa por la conciencia cultural y la fuerza espiritual. La pulsión centrífuga es tan fuerte como el poder centrípeto: el ideal, una vez más, reside en el equilibrio entre estas dos fuerzas. La idea de la Sociedad de las Naciones la suministrará sin duda, concluye, Kjellen.

Halford John Mackinder (1861-1947)

Nacido en Gainsborough en Lincolshire el 15 de febrero de 1861, Halford John Mackinder se sintió atraído por los estudios geográficos desde su niñez. Formado en la Escuela de Epsom, luego, a partir de 1880, en Oxford, sucesivamente estudió biología (bajo la dirección de H.N. Moseley, un estudiante que se inscribía en la estela de Darwin y de Huxley), historia, geología y derecho. Fue recibido en el medio de unión del Inner Temple en 1886, después de haber adquirido una experiencia en derecho marítimo, es decir, desde su punto de vista, la rama del derecho más cercana a la

geografía. De 1887 a 1905, enseñó geografía en Oxford, principalmente en el grupo directivo de la Extensión de la Universidad de Oxford, que prodigaba una enseñanza itinerante, abierta a todos pero particularmente a los instructores y docentes de escuelas secundarias.

La geografía fue, en su época, una disciplina descuidada en el mundo universitario británico. Desde el siglo XVI, en la época en que enseñaba geografía Richard Hakluyt, ya ningún mapa de geografía había sido distribuido en Oxford. MacKinder fue entonces el primer sucesor de Hakluyt, luego de un paréntesis de cuatro siglos.

El primer objetivo de MacKinder era rehabilitar la geografía a los ojos del mundo académico británico siguiendo el ejemplo alemán (Ritter, Richthofen, Ratzel). Para realizar esta tarea, recibió el apoyo de Sir John Scott Keltie, que había traído de Alemania una colección impresionante de materiales didácticos (mapas, atlas, etc.), después de la Sociedad Geográfica Real.

Entre 1892 y 1903, será el director de la Universidad Escuela de Lectura, una universidad que creará casi de todas partes. De 1903 a 1908, MacKinder es el director del London School of Economics and Political Sciences (Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres), donde había empezado a enseñar desde 1985. En 1899, fue nombrado director de la Escuela de Geografía de Oxford.

El mismo año, se embarcó hacia África con el fin de explorar los accesos del Kilimanjaro en Kenia y escalarlos. A su regreso, comienza una carrera política en las filas de los "liberales-imperialistas". Esta carrera no devolverá un escaño a las Municipalidades, la de Glasgow, como en 1910 y que conservó hasta 1922. Los "Liberales-imperialistas" sostenían la política imperial británica pero deseaban reformas sociales. Su jefe de fila era Lord Rosebery y, entre sus miembros más ilustres, hemos contado a Haldane, Grey y Asquith. Pero, el 15 de mayo de 1903, Joseph Chamberlain renuncia oficialmente a la política de libre intercambio liberal en beneficio de una política tarifaria preferencial autárquica, interna en el Imperio, de manera que esto cierre a las competencias americanas y alemanas, los "liberales-imperialistas" se dividen en dos grupos: los que dan la precedencia al liberalismo económico y lo que dan más importancia a la consolidación del Imperio como entidad política homogénea. Mackinder reúne los segundos, más sensibles a los argumentos de orden geopolítico (entre ellos: Hewins, Amery, Maxse). Se reúne luego con los Unionistas, luego con los Conservadores. En 1904, Mackinder comienza sus reflexiones geopolíticas propiamente dichas redactando un texto muy importante sobre el "punto central geográfico de la historia", es decir, la famosa "zona central", la "Tierra del Medio", inaccesible a los instrumentos de movilidad de los cuales dispone el poder talasocrático británico: los buques de guerra y sus cañones a largo alcance, los famosos dreadnoughts.

A partir de 1906, MacKinder, bajo el impulso de Haldane se convirtió en Secretario de Estado en la Guerra, comienza a distribuir sus asignaciones a los oficiales del Estado Mayor. En 1908, acompaña al Príncipe de Gales en Canadá y retornó convencido de la necesidad imperiosa de aplicar las tarifas preferenciales en el dominio cerealero en América del Norte, con el fin de que el dominio de Canadá no sea absorbido por el poder ambicioso de los Estados Unidos. Una absorción de Canadá significaría la creación de un gran espacio norteamericano autónomo, capaz de sustituir a Inglaterra como primera potencia marítima del mundo.

La guerra mundial acentúa su germanofobia, latente desde la política marítima de Kaiser, iniciada durante el último decenio del siglo XIX. En el debate sobre la descentralización de las instituciones en Gran Bretaña, que se reanuda en 1919, MacKinder sugiere un plan de división en Inglaterra en tres regiones, con el fin de obtener entidades iguales en dimensiones y en carga demográfica.

El mismo año, llama la atención de los diplomáticos que negocian en Versalles, una

labor incisiva e importante, breve como todas las obras de base de la disciplina geopolítica: *Democratic Ideals and Reality.* MacKinder devuelve la importancia del territorio ruso, masa continental compacta imposible de controlar desde el mar y de invadir completamente. Este pequeño libro llama la atención de los diplomáticos de Política Exterior: Lord Curzon nombra a MacKinder Alto Comisario británico en "Rusia del Sur", donde una misión militar inglesa apoyaba a los Blancos de Denikine. Estos retroceden. Los británicos los obligan a reconocer de facto la nueva república ucraniana y a elaborar una alianza entre Blancos, Polacos, Búlgaros y Ucranianos contra los Rojos. Este boceto de alianza establece las bases del famoso "cordón sanitario", destinado a separar a los Alemanes de los Rusos y a impedir la unión de la "Zona Central" bajo el doble impulso del genio técnico alemán y de la "brutalidad elemental" de los Bolcheviques. MacKinder, al elaborar esta estrategia, creó la política anglo-sajona de contención, retomada más tarde por los Americanos.

Las potencias talasocrátricas anglo-sajonas debían poner todo en marcha, explica MacKinder, para impedir la unificación eurásiatica bajo la doble égida alemana y rusa. Para alcanzar este objetivo, se debe balcanizar Europa oriental, privar a Rusia de su glaseado báltico y ucraniano, impedir la dominación de una y una sola alianza sobre los mares interiores (Mar Báltico y Mar Negro), contener a Rusia y el bolchevismo en Asia con el fin de que los caballeros de la estepa no puedan huir a Persia y a India, zonas de influencia británicas.

La lección será inmediatamente controlada pero invertida por los geopolíticos (Escuela de Hausdhofer) y los diplomáticos alemanes (von Seeckt, Groener, Rathenau, von Brockdorff-Rantzau) y por los ideólogos nacional-revolucionarios y nacional-bolcheviques (Niekisch, Paetel, Schauwecker, los hermanos Jünger, Hielscher, etc), todos los seguidores de una alianza germano-rusa dirigida contra las talasocracias y el capitalismo anglosajones.

Más tarde, después de la Segunda Guerra Mundial, los principios de MacKinder, ya sea organizar los *rimlands* (zonas litorales que bordean la "Zona Central") para organizar las fuerzas salidas del heartland (la "Zona Central"), serán instrumentalizadas por los americanos que rodearon Rusia y China con un red de alianzas defensivas y "continentes" (OTAN, OTASE, AZUS, CENTO).

Bajo la dirección de Reagan, la ideología es remitida a actualización por Colin S. Gray. MacKinder muere a la edad de 86 años en Bournemouth el 6 de marzo de 1947. "Las Islas Británicas y los mares británicos" (Gran Bretaña y las islas británicas),1902, libro de geografía pura, esta obra consiste en una exploración metódica de geología de las Islas Británicas. El suelo británico nació de plegamientos geológicos sucesivos y de una disminución del nivel del Océano. Como resultado de ello: las Islas Británicas son conectadas al Continente por el promontorio de Kent, el Paso de Calais (puerto de pasaje, que enlaza con Gran Bretaña) y el estuario del Tamesís; la Mancha permite una corriente caliente, el *Gulf Stream (*la Corriente del Golfo), recalentar el clima y liberar las aguas heladas en invierno. El Noreste de la gran isla está abierto a las influencias venidas de Escandinavia y de la zona báltica. El Sudeste, situado justo frente a la frontera lingüística entre las lenguas romanas y las lenguas germánicas, recibe las influencias provenientes de Europa Central por el Rhin y las provenientes del Centro Mediterráneo e hispánico.

Geológicamente, las Islas británicas han sido formadas por los terrenos que se han deslizado a lo largo de un eje noroeste. Políticamente el Reino Unido se formó a partir de promontorio de Kent, situado en el Sudeste. Históricamente, la comunidad británica pasó de una dependencia europea, causada por el poder del sudeste, en el gran dominio, eximido por Europa, que permitió el poblamiento británico de América del Norte. Luego de varias invasiones provenientes de Europa, las Islas Británicas han sido el trampolín del poblamiento multi-étnico de América del Norte. Las Islas Británicas son entonces a la vez el punto

terminal del Viejo Mundo y el principio del Nuevo Mundo. La suma de estas dos cualidades ha dado a Inglaterra del siglo XIX un poder máximo.

En su conclusión, MacKinder escribió que esta posición dominante no será eterna ya que las nuevas potencias están organizándose sobre las vastas extensiones continentales, dotadas de inmensos recursos. Para conservar una posición honorable, Inglaterra debe organizar metódicamente su imperio, con el fin de beneficiarse más aún de recursos que las potencias continentales ambiciosas y permitir que sus dominios dispongan de una flota, con el fin de que estas puedan, encajar, ganar la partida a los retadores (alemanes y rusos).

El punto central geográfico de la historia 1904

El artículo aparecido en *Geographical Journal* en 1904, este texto importante contiene todo el pensamiento geopolítico de MacKinder. Para este último, a principios del siglo, Europa vivía el fin de la era colombina, que había visto la expansión europea en todo el mundo, sin una seria resistencia por parte de otras pueblos. En esta era de expansión sucedió la era post-colombina, caracterizada por un mundo posteriormente cerrado en el cual "cada explosión de fuerzas sociales, en lugar estar disipado en un circuito periférico de espacios desconocidos, marcados del caos del barbarismo, se repercutirá con violencia desde los rincones más remotos del mundo, a pesar de que los elementos más débiles al centro de los organismos políticos del mundo serán por tanto puestos en movimiento." Mackinder, al escribir estas frases proféticas, pedía sus lectores, despejarse de su eurocentrismo y considerar que toda la historia europea dependía de la historia de las inmensidades continentales asiáticas.

La perspectiva histórica del mañana, escribía, será "eurasiática" y ya no más confinada a la única historia de los espacios carolingios y británicos. Para sostener su argumento, MacKinder esboza una geografía física de Rusia, lo que conducía a constatar que la historia rusa está determinada por dos tipos de vegetación, la estepa y el bosque. Los Eslavos eligieron su domicilio en los campos mientras que las pueblos de caballeros nómades reinaban sobre los espacios desforestados de las estepas centroasiáticas. A esta movilidad de caballeros, que se desplegaban sobre un eje esteoeste, se añade una movilidad norte-sur, tomando por puntos centrales los ríos de la Rusia europea. Estos ríos han sido tomados prestados por los guerreros y los comerciantes escandinavos que han creado el imperio ruso y dieron su nombre al país. La estepa centro-asiática, zona de salida de los movimientos de pueblos caballeros, es la "Zona Central", rodeada de dos zonas en "creciente": la creciente interior que la confronta territorialmente y la creciente exterior, constituida de islas de diversas extensiones. Estas "crecientes" están caracterizadas por una fuerte densidad de población, en oposición a la Zona Central. India, China, Japón y Europa son partes de la creciente interior que, en ciertos momentos de la historia, sufren la presión de los nómades caballeros provenientes de las estepas de la Zona Central. Tal ha sido la dinámica de la historia eurásiatica en la era pre-colombina y parcialmente también en la era colombina que los Rusos han progresado en Asia Central.

Esta dinámica pierde su vigor al momento en que los europeos se dotan de una movilidad naval, inaugurando así el periodo propiamente "colombino". Las tierras de los insulares como los ingleses y los japoneses y los "nuevos europeos" de América, África austral y Australia se convierte en bastiones del poder naval inaccesibles a los tiros de los caballeros de la estepa. Dos movilidades desde entonces van a enfrentarse, pero no inmediatamente, en efecto, al momento en que Inglaterra, bajo los Tudor, comienza la conquista de los océanos, Rusia se extiende inexorablemente en Siberia. A causa de las diferencias entre esos dos movimientos, una separacion ideológica y tecnológica va a profundizarse entre el Este y el Oeste, dijo MacKinder. Escribió: Esta es sin duda una de las coincidencias más sorprendentes de la historia europea que la doble expansión continental y marítima de esta Europa

retoca, en cierto sentido, la antigua oposición entre Roma y Grecia. El alemán ha sido civilizado y cristianizado por el Romano; el Eslavo lo ha sido principalmente por el Griego. El romano-alemán, más tarde, se embarcó en el océano; el greco-eslavo, ha recorrido las estepas a caballo y ha conquistado el país de turno.

En consecuencia, el poder continental moderno difiere del poder marítimo no solo sobre el plano de sus ideas sino también sobre el plano material, el de los medios de movilidad." Para MacKinder, la historia europea, es un avatar del cisma entre el Imperio de Occidente y el Imperio de Oriente (año 395), repetido en 1054 luego del Gran Cisma que oponía a Roma contra Bizancio. La última cruzada fue dirigida contra Constantinopla y no contra los Turcos. Cuando estos se apoderan en 1453 de Constantinopla, Moscú recupera la antorcha de la cristiandad ortodoxa. De allí, el anti-occidentalismo de los rusos. Desde el siglo XVII, un tal Kridjanitch glorifica el alma rusa superior al alma corrompida de los occidentales y recuerda con mucha insistencia que nunca Rusia ha inclinado jefe ante las águilas romanas.

Más tarde, MacKinder dirá que Rusia eligió el comunismo porque sus reflejos religiosos eran colectivos, mientras que el Oeste optó por el capitalismo ya que sus religiones evocaban sin cesar la salud individual. El ferrocarril acelerará el transporte en tierra, escribió MacKinder, y permitirá a Rusia, maestra de la Zona Central siberiana, desarrollar un imperio industrial completamente autónomo, cerrado al comercio de las naciones talasocráticas. El antagonismo Tierra/Mar, heredero del antagonismo religioso y filosófico Roma/Bizancio, arriesga en tal caso caer a favor de la tierra rusa en el hecho.

Ideales democráticos y realidad, 1919

Obra de base de la geopolítica anglosajona. *Democratic Ideals and Reality* parte de una constante: las guerras son las cataratas del río de la historia; son el resultado directo o indirecto, de la creciente desigualdad de las naciones. Esta creciente desigualdad se debe a la distribución desigual de las tierras fértiles y de los triunfos estratégicos entre las naciones. Frente a esta desigualdad inevitable, el idealismo democrático, comprende tragedias sucesivas: recae siempre, molesto, de pies juntos, en la realidad por impulso de los grandes organizadores (Napoleón después de 1789, Bismarck después de 1848). En este balance, planteado por MacKinder, encontramos la marca de Hobbes: el Leviatán administra lo real limitando el ansia libertaria, enfriando las esperanzas estáticas de llevar a una libertad ilimitada y definitiva. Gracias al trabajo político, en el modelado de los leviatán, la libertad se aferra a los "buenos hábitos". Eso se debe a que el pensamiento de los grandes organizadores es esencialmente estratégico mientras que el de los demócratas puros es ético. Bismarck, no más que Mackinder, no obstante germanofóbico, lo admira mucho, ha sido superior a Napoleón. Ha logrado su trabajo de organizador/unificador conduciendo más que pequeñas guerras periféricas contra Dinamarca para adquirir la posición de Kiel y contra el Imperio Austro-Húngaro para asentar la preeminencia de Prusia en el mundo germánico. Bismarck era más psicólogo que Napoleón: jamás aceptó las anexiones susceptibles de pisotear al antiguo adversario. Rechazó anexar la Bohemia luego de Sadowa y es contra su voluntad que aceptó, bajo la presión de los militares, la reincorporación de Alsacia y de Lorena (Elsass-Lothringen) en el Reich. Bismarck, se decía que iba a necesitar, más tarde de la alianza austriaca y de la competencia de Francia. Bismarck logró así una política de equilibrio desigual, enfadando a Francia contra Inglaterra y esta contra Rusia. Con Bismarck, explica MacKinder, no se hubiera dado en 1914 la crisis de agosto de 1914, solo hubiera sido una tempestad pasajera.

Esta facultad de organizar, armonizar y equilibrar proviene de la cultura alemana, en la cual la esencia es estratégica, dinámica y dialéctica. Es una lección que el espíritu alemano-prusiano retuvo de la falta de lena (vigor): la bella mecánica del despotismo ilustrado se había derrumbado ante el dinamismo revolucionario francés. Francia, país de artistas, es la tierra del idealismo

(MacKinder dio al término "idealismo" el sentido de "no realista"), que ofrece el entusiasmo pero no la tolerancia. Fichte es el filósofo que supo dosificar correctamente el idealismo y el organicismo, preocupado del detalle y el sentido de organización en el pensamiento alemán y en el aparato prusiano por Napoleón. Para responder a Francia y al militarismo bonapartista, los prusianos, galvanizados por el discurso y el pensamiento de Fichte, reconsideraron el servicio militar universal, impusieron la educación obligatoria para todos y fusionaron la universidad con el Estado Mayor (es cierto para la geografía ya que Carl Ritter enseñaba a la vez en la Universidad de Berlin y en la Escuela de Guerra).

En Prusia, esta colusión de la universidad y de la armada permitió elaborar una geografía práctica temible que permitía a los diplomáticos, a los negociadores y a los militares de visualizar el mundo y ver en idea los posibles ejes de desarrollo económico o las oportunidades de maniobra que ofrece el terreno. Así la geografía prusiana permitió el surgimiento de una intuición geoestratégica muy eficaz y vio lo que devolvería un refuerzo de las comunicaciones aéreas, férreas y marítimas entre Berlín y Bagdad, Berlín y Herat, Berlín y Pekín. Tres generaciones de prusianos se han experimentado en este Kriegspiel en el mapa, lápiz en mano. Esto es lo que explica el éxito de la política comercial alemana antes de 1914.

MacKinder concluye: Alemania cuando produce un pensamiento piensa en la vida en detalle; Gran Bretaña produce, un pensamiento absorbido por el principio negativo de "dejar vivir". Esto es lo que dijo Guillermo II: "1914 es una guerra entre dos visiones del mundo". El uso de la palabra "visión" implica "ver desde lo alto", como el geógrafo observa el mundo y lo pone en los mapas. Esto es admirable, dice MacKinder, una visión de "organizador". El conflicto que acaba de desarrollarse se opone al idealista, que rechaza la estrategia y la acción en un objetivo preciso, y el organizador, que planifica luego observa y analiza lo real, como el arquitecto traza su boceto y tiene en cuenta la resistencia de los materiales. Para salvar la democracia de la molienda anglosajona, entonces se debe dar una estrategia al modo prusiano y volverse "organizador".

En un segundo capítulo, MacKinder explica cómo el marino ve el mundo. Para él, la primera realidad geográfica, es la unidad del océano, hecho que Mahan ya había puesto en práctica. El océano es actualmente una unidad conocida y cerrada, como el Nilo era una unidad conocida y cerrada por los egipcios y como el Mediterráneo lo era para los Romanos. Italia se transformó en el transcurso de las Guerras Púnicas en la base naval. En principio conquistó la cuenca occidental del Mediterráneo luego la cuenca oriental. Desde el logro de este cierre, Roma se ha convertido en una potencia militar esencialmente terrestre. El objeto de la Guerra de Gales ha sido impedir la formación de una flota enemiga de Roma en el Golfo de la Gascuña (Gascogne): región histórica del SO de Francia), la Mancha y el Mar del Norte, que había podido penetrar por Gibraltar en la cuenca occidental del Mediterráneo. La derrota naval de Veneti (costa sur de Armonica) y el desembarque de César en Gran Bretaña son los hechos más sobresalientes de esta campaña, a vista del marino contemporáneo. Sin detenerse para analizar las tentativas de Carasius, de los Sajones y del Vándalo Genseric, MacKinder manifiesta que los normandos ejecutan lo que Cesar impidió: cierran en su beneficio el Mar del Norte, controlan la costa atlántica hasta el Cabo San Vicente, penetran en el Mediterráneo Occidental y, más tarde, conquistan Sicilia y Malta. Los Sarracenos, nómades cuyos instrumentos de movilidad son el caballo y el camello, se apoderan de Sicilia y de España pero no de las vías marítimas que quedan en manos de los Normandos. El Mediterráneo se transforma en tablilla, en barrera que separa don mundos hostiles.

En este cuadro nacen los cinco grandes "reinos" herederos de Roma y de Carlomagno (Inglaterra, Alemania, Francia, Italia, España). MacKinder lamenta la decisión romana de no haber emprendido la conquista y la latinización de Alemania, en

el caso de Europa habría sido unificada, se habría convertido en una península homogénea abierta para el mundo. La lógica de la historia romana ha sido contener a los alemanes más allá de la línea Rhin/Danubio. Esta lógica era mediterránea y no europea. Europa es un arrecife eurásiatico cerrado al Norte (Ártico), al este (estepa; con excepción del agujero mesopotámico, ruta de las caravanas, bloqueada por los Árabes luego por los Turcos) y al Sur (desierto sahariano) pero abierto al Oeste (Atlántico). Los portugueses han sido los pioneros del renovado europeo: han rodeado a los árabes por el Cabo y han surgido al otro lado, en el Océano Indico.

Ellos inauguran de ese modo la era de la dominación del marino europeo sobre los "continentes" africanos y asiáticos. La función de Inglaterra, única base naval europea aislada y sin enemigos inmediatos en sus fronteras, ha sido participar en la aventura después de los portugueses, luego, desde Trafalgar, cubrir la península ibérica como lo habían hecho los Normandos y controlar las dos cuencas del Mediterráneo para dominar la ruta de las Indias desde la abertura del Canal de Suez. Al final de la carrera, Inglaterra cierra el Océano Indico cuando Roma había cerrado el Mediterráneo. La India, pieza central, se ha convertido en su Italia. La única amenaza que pesaba sobre este Océano Indico, se ha convertido en el mar británico, era la instalación de una base naval no británica al fondo del Golfo Pérsico, conectado al centro de Europa por ferrocarril y por vía fluvial (Danubio). Si Trafalgar dio a Inglaterra la facultad de tener ubicuidad, desembarcar tropas por todos lados, la llave de su poder reside en la división del exoekoumene latino/carolingio entre varios poderes antagónicos. La capacidad naval de cubrir ,toda la península galo-hispánica dio la victoria de los Franco-Británicos en 1918.

Pero los Estados Unidos, desde la guerra de 1898 que se opuso a España en el Caribe y el Pacífico, se están convirtiendo en un poder marítimo igual sino superior a Inglaterra, vista la inaccesibilidad de sus bases navales metropolitanas, situadas en el Muevo Mundo panamericano transformado en isla. Pero si Alemania vencía, se habría transformado, gracias a su alianza con los Otomanos y el retorno de los Rusos, Eurasia/África en una isla gigantesca, que MacKinder denomina *World Island (Isla Mundial).* Esta isla habría sido organizada por una red interna de vías férreas, que acentúan al extremo la movilidad sobre la tierra. Los Estados Unidos creen que asociarán su destino en Europa en el seno de un gran Occidente pero no ven que Europa está indisolublemente ligada a África y a Asia.

En un tercer capítulo, MacKinder explica cómo el "hombre de la tierra" ve el mundo. La conciencia de la unidad territorial eurásiatica, escribe nuestro geógrafo, ha llegado después de la conciencia de unidad oceánica. En Inglaterra y en los Estados Unidos, prosigue, siempre pensamos en términos de costas y no tenemos más que una vaga idea de lo que existe detrás de las costas. No percibimos el movimiento de unidad eurasiática. Así que se debe dejar de pensar en el continente fuera de este, sino comenzar a pensar dentro de él.

El gran continente eurasiático/africano se compone de seis regiones naturales: 1) Europa (con el Magreb no sahariano y la actual Turquía) con una población de marinos y paisanos; 2) el Heartland siberiano con su costa ártica inaccesible, territorio de nómades caballeros; 3) el Rimland de los monzones (sub-continentes hindú, Indochina, China, Manchuria, Corea, Kamtchatka, Malasia), igualmente con una población de marinos y paisanos; 4) la zona vacía del Sahara; 5) la península arábiga (con Egipto al Este del Nilo, el Sinaí y la Mesopotamia), con sus nómades en caballeros y camellos; 6) el Heartland meridional, ya sea toda África al Sur del Sahara, poblada de ganaderos nómades con caballos y no camellos. Esta enorme masa continental está vivificada por un nomadismo/sedentariedad dialéctica, donde los conquistadores móviles, camelleros arábigos y caballeros pérsicos y hunos (pueblo nómada de origen mongol que penetró en Europa en el s. IV) conquistan las tierras de los sedentarios paisanos (Mesopotamios). La vía férrea va a

organizar las zonas ocupadas por estos nómades, tanto en Siberia como en Arabia. Eurasia podrá volverse una si se organiza a partir del Heartland y abarca enseguida el Báltico y el Mar Negro, ya sea por una alianza germano-rusa (en la cual caerán muy rápido Suecia y Turquía), o por una conquista bolchevique. La "Zona Central" dispondrá entonces de masas humanas suficientes para vivir en autarquía total y cerrar el Gran continente a las influencias y al comercio británico y americano. En un cuarto capítulo, MacKinder trata de la rivalidad entre los imperios.

El hecho sobresaliente de los últimos decenios fue el avance de los cosacos sobre todo el territorio del heartland (de la "Zona Central"), avance reforzado por la extensión de la red ferroviaria en Asia Central. Ante esta lenta unificación de la masa continental eurasiática, Europa se dividió en un Este y un Oeste fundamentalmente opuestos por una parte y otra en una línea Hamburgo/Trieste, lo que ubica a Berlín y Viena al Este. Esta oposición esta entre el conservadurismo organizador, concretizada por la "liga de los tres emperadores" de Bismarck y el idealismo democrático. La Rhénanie, que se ha occidentalizado y ha optado por un derecho basado en el Código Napoleónico, se ha convertido en el hielo avanzado del Este en Europa del Oeste. Bismarck, logró dividir entre ellos los pueblos latinos, que se convirtieron en las energías de Francia hacia Marruecos, Argelia, y Túnez, que deseaba España e Italia. Este encierro de Francia en el Mediterráneo occidental la aleja del Rhin, dejando el campo libre a los Alemanes y a los rusos en el resto de Europa. Al este de la línea de Hamburgo/Trieste, Bismarck debe jugar de árbitro entre las voluntades divergentes de Rusia y Austria-Hungría.

El occidente francés y británico deben impedir que Rusia atraviese los Dardanelos, como durante la guerra de Crimea, de huir al Cercano Oriente (a Siria y a Mesopotamia) y amenazar así las posiciones británicas en Egipto (Suez) y en el Golfo Pérsico (Kuwait). En un último capítulo, MacKinder hace el balance de la guerra mundial. ¿Por qué Guillermo II invadió Francia? Por dos razones: 1) para ocupar la eventual cabeza del puente británico y americano en Europa; 2) para controlar, con toda libertad, el aumento demográfico alemán en pleno crecimiento y el desvío hacia el Este ruso y otomano, donde había nuevamente progresiones, salidas y tierras cultivables. Pero Alemania fue obligada a practicar una doble política, visto su descuartizamiento entre el Este y el Oeste.

Hamburgo, puerto atlántico, es un desafío en Inglaterra y abre en Alemania las posibilidades en el Oeste, en dirección de África y de América Latina. Para MacKinder, Guillermo II debió elegir el Este o el Oeste, entre Hamburgo, y las colonias, por un lado, y Bagdad y Rusia, por otro lado. La indecisión alemana dio la Victoria en Gran Bretaña pero esta victoria no tiene más que un hilo, sobretodo desde los acuerdos germano-bolcheviques de Brest-Litovsk. Por tanto, a fin de poder ganar tiempo para consolidar el Imperio británico, se debió separar Alemania de Rusia por un "cordón sanitario", política que sobrevivirá a la letra de Lord Curzon.

Karl Haushoffer (1869-1946)

Nacido el 27 de agosto de 1869 en Munich, Karl Haushofer eligió la carrera militar desde 1887. Oficial de artillería en la armada bávara en 1890, desposa el 8 de julio de 1896, a Martha Mayer-Doss, descendiente de una familia de origen israelita de Munich. Le dio dos hijos, Albretch (nacido en 1903) y Heinz (en 1906). Escalando rápidamente todos los escalones de la jerarquía militar, Haushofer se convierte en profesor en la Academia de guerra en 1904. En octubre de 1908, es enviado al Japón para organizar allí la armada imperial.

Encuentra en la India a Lord Kitchener, que le predice que todo enfrentamiento entre Gran Bretaña y Alemania costará a las dos potencias sus posiciones en el Pacífico en beneficio de los Estados Unidos y de Japón, advierte proféticamente que Haushofer retendrá siempre, sobretodo cuando elaborará sus tesis sobre el área del pacífico. Luego de su largo periplo, es asignado al

Regimiento de artillería de la campaña de la 16ta. División japonesa. El 19 de noviembre de 1909, es presentado al Emperador Mutsuhito (1852-1912), iniciador de la era Meiji, y a la emperatriz Haruko. Regresando a Alemania, pasa por Siberia tomando prestado el transiberiano, percatándose de las inmensidades continentales de la Eurasia rusa.

En 1913, presenta su primera obra destinada al gran público, Dai Nihon (El Gran Japón), balance de su experiencia japonesa que conocerá un fuerte éxito. En abril de 1913, comienza a seguir los cursos de geografía en la Universidad de Munich, en vista por obtener el título de doctor que obtendrá de hecho bajo el auspicio del Profesor August von Drygalski. Movilizado en 1914, sale en primer lugar para el frente occidental, donde combatirá en Lorena y en Picardie. En 1915, es desplazado en Galicia para regresar rápidamente a Alsacia y a Champaña. En 1916, se encuentra en los Carpatos. Termina la guerra en Alsacia. Durante las hostilidades, su pensamiento geopolítico se especifica: los historiadores ingleses Macaulay y Gibbon, el teórico alemán Albretch Roscher le dan la estructura donde se inscribirán sus reflexiones históricas y políticas mientras que Ratzel y Kjellen le procuran la armadura de su pensamiento geográfico.

Luego del armisticio, es nombrado comandante de la 1era. Brigada de artillería bávara. Se reinscribe en la universidad, presenta una tesis acerca de los mares internos del Japón (17 de julio de 1919), es nombrado profesor de geografía en Munich y dicta su primer curso sobre la antropogeografía de Asia Oriental. Conoce a Rudolf Hess el 4 de abril de 1919; una amistad indefectible unirá a los dos hombres. En calidad de dirigente nacional-socialista, Hess extenderá siempre su ala protectora sobre la esposa de Haushofer, descendiente por parte de padre de una vieja casta separada, y sobre sus hijos, considerados como "semi-judíos" luego de la promulgación de las leyes de Nuremberg.

Durante los años 20, Haushofer funda la célebre Revista de Geopolítica, destinado a dar a los diplomáticos alemanes una conciencia práctica de los movimientos políticos, económicos y sociales que vivifican el mundo. Los especialistas más grandes en relaciones internacionales han colaborado en ella, desde la publicación del primer número en enero de 1924. Paralelamente a esta actividad, organiza una asociación, Asociación para los alemanes del extranjero, que se da en la ambición por defender e ilustrar la cultura de las minorías alemanas fuera del Reich. Desde 1923, Haushofer acepta organizar los trabajo preparatorios a la fundación de una "Academia alemana", durante las academias francesa, italiana y sueca. Esta academia será oficialmente fundada el 5 de mayo de 1925. En 1927, presenta en Berlín su estudio magistral sobre las fronteras. Durante este decenio, Haushofer encuentra a varis personajes importantes: Ludendorff, Spengler, los coroneles y diplomáticos japoneses Kashyi, Oshima y Koozuki, el almirante Tirpitz, el general suizo U. Wille, el cardenal Schute (Cologne), Konrad Adeneur, Hitler y el Conde Coudenhove-Karlegi, fundador del concepto de "Paneuropa".

Sus hijos inician una brillante carrera; el mayor, Albretch, hizo un viaje al Brasil luego de haber adquirido su título de doctor en filosofía en Munich. Será secretario de su padre durante los trabajos preparatorios a la fundación de la "Academia alemana", luego se convertirá en secretario de la "Sociedad de geografía) de Berlín.

El cadete, Heinz, obtiene su diploma de ingeniero agrónomo. En 1930, Karl Haushofer se convierte en Socio de la Sociedad Geográfica Americana. Efectúa numerosas rondas de conferencias en Austria, en Checoslovaquia, en Polonia, en Italia y en los Países Bajos. El 10 de marzo de 1933, un comando nacional-socialista indaga la casa de los Haushofer en busca de armas. Gozando de la protección de Hess, que le otorga una "carta de protección" el 19 de agosto de 1933, Haushofer y sus hijos conservan sus puestos universitarios y adquieren de nuevo, a pesar de las protestas, de los "úricos" a propósito del abolengo de su esposa y madre. El 11 de marzo de 1934,

Haushofer es nombrado Presidente de la "Academia alemana". Permanecerá hasta abril de 1937. En el transcurso de este decenio marcado por el hitlerismo, Haushofer reencuentra, además de los dignatarios del nuevo régimen, el mismo Hitler, el historiador Hans Kohn, el alcalde independentista hindú de Calcuta, Subra Chandra Bose, el Primer Ministro húngaro Gombos, el embajador en Roma Ulrich von Hassell, Monseñor Pío XI, Konrad Henlein, el líder de los alemanes de Sudetes, el embajador del Japón, el Conde Mushakoji, el almirante Canaris, el Cardenal Pacelli, etc.

Es sobretodo su hijo mayor, Albretch Haushofer, quien ocupa un lugar importante en la diplomacia alemana a partir de 1935. Aquel año, de febrero a diciembre, Albretch efectúa, por cuanta de la diplomacia alemana, seis viaje a Inglaterra. Regresa allí al año siguiente. En 1936 siempre, es enviado para una "misión secreta" a Praga y reencuentra a Benes. En 1937, es enviado a los Estados Unidos y al Japón. Cuando la guerra estalla, Haushofer entra en una profunda depresión: había querido evitarla. Pero el destino de la familia está sellado cuando Hess vuela hacia Inglaterra en mayo de 1941. Albretch es arrestado en Berlín y Karl Haushofer es convocado por la GESTAPO. En 1944, luego del atentado fallido del 20 de julio contra Hitler, la GESTAPO indaga la casa del geopolítico y lo interna en Dachau. Albretch Haushofer entra en la clandestinidad y no es detenido en diciembre. Heinz, el cadete, es encerrado en la prisión de Moabit en Berlín con su mujer. El 22 o el 23 de abril de 1945, un comando ejecuta a Albretch de un disparo en la nuca. Heinz es liberado.

Luego de la caída del III er Reich, Haushofer es interrogado por oficiales americanos, entre los cuales el Profesor Walsh que intenta protegerlo. El 21 de noviembre de 1945, un decreto de las autoridades de ocupación americanas le retiran su título de profesor honorario y sus derechos a una pensión. Deprimidos, Martha y Karl Haushofer se suicidan el 10 de marzo de 1946. La geopolítica de Haushofer era esencialmente anti-imperialista, en el sentido en que se oponía a los conquistadores de las potencias talasocráticas anglosajonas. Estos últimos impedían el despliegue armonioso de los pueblos que sometían y dividían inútilmente a los continentes. Seducido por las ideas panasiáticas y paneuropeas (Coudenhove-Kalergi), Haushofer confesaba sobrepasar los nacionalismos y quería contribuir, mediante sus escritos, al surgimiento de los "grandes espacios continentales" formados de nacionales solidarias. En seguida, deseó la colaboración de los europeos, rusos y japoneses en una gran alianza eurasiática, cerrada a las influencias inglesas y americanas.

Las fronteras y su significación geográfica y política 1927

En este estudio general sobre el fenómeno histórico/geográfico de las fronteras, Haushofer exhorta a sus compatriotas a tener por fin una idea clara y precisa de lo que son sus fronteras. Una conciencia concreta, casi instintiva, de las fronteras se impone naturalmente en los pueblos fuertes contra la ausencia de las formas territoriales que implican las ideologías cosmopolitas, abstractas e ignorantes de los factores tiempo y espacio. Concretas, las fronteras son hechos biogeográficos que hacen crujir los corsés jurídicos cuando se quiere encerrar los flujos vivientes.

Los corsés jurídicos, que quizá corresponden a antiguas fronteras, son residuos, vueltos al filo de los tiempos hostiles en la Vida. Haushofer deduce su teoría de fronteras de las obras de Ratzel, Penck, Sieger, Volz y los protagonistas de las escuelas inglesa (Holdich, Curzon, Fawcett, Lyde) y francesa (E. Ténot). Sir Thomas Hodich es aquel que, a los ojos de Haushofer, supo a lo mejor teorizar el arte de hacer fronteras justas y durables. El mar no separa sino une, en el sentido que el litoral opuesto siempre atrae, atracción que provoca la comunicación.

Las fronteras biológicamente justas son aquellas que son pensadas, concebidas y trazadas al comienzo de un enfoque pluridisciplinario y no estrictamente jurídico. El enfoque pluridisciplinario científico permite concebir y trazar fronteras

estables, capaces de desposar el flujo de lo real y cambiar el caso que vence. Sin concepción viviente de las fronteras, algunos pueblos, principalmente aquellos que no tienen colonias, por tanto no tienen reservas territoriales, son restringidos, a veces, de recurrir a la limitación de los comienzos con el fin de mantener constante la cifra de su población.

Haushofer denuncia el egoísmo de las naciones colonialistas que condenan la regresión incluso hasta la desaparición de los pueblos que no han dejado su área de sedentarización primera. Esta desigualdad de pueblos en materia de espacio es la injusticia y, por lo tanto, se debe concebir, de allí en adelante, las fronteras en un espíritu evolucionario y ya no más estático/jurídico. Haushofer clasifica los diferentes tipos de fronteras (fronteras naturales, fronteras que son los resultados de un equilibrio diplomático, fronteras defensivas, fluviales, litorales, etc.), insistentes, en la señal de la geografía francesa. Eugène Ténot, sobre las fronteras desmembradas, permitiendo la penetración militar del territorio del vecino hostil. Francia y Alemania, sin el nevado alsaciano-loreno, tienen fronteras desmembradas.

Haushofer critica las voluntades (principalmente la voluntad francesa, heredada de César) de querer establecer fronteras durables a lo largo de los ríos: ríos, como los mares, se unen y no se dividen. Un estudio objetivo y geopolítico de las fronteras es útil para todos los hombres políticos, cualquiera que fuera su adhesión ideológica.

Geopolítica de las ideas continentalistas 1931

Al principio de los años 30, Haushofer se convirtió en abogado de las ideas que buscan promover grandes agrupaciones continentales, superando la estrechez territorial y económica de los Estados de tipo clásico. En dimensiones, solo los imperios mongoles, unificadores de la masa continental eurasiática, ya han ejecutado, a la letra, una Panidea. En 1900, el continente australiano es unificado en un solo Estado pero sin su complemento insular, Nueva Zelanda.

La idea panafricana descansa sobre una voluntad de emancipación racial. La idea panamericana se dio a principios del siglo de las estructuras jurídicas (Doctrina de Monroe de 1823, asambleas regulares de Estados americanos, fundación de una Oficina panamericana). La paneuropa solo quedó en un sueño. La historia igualmente ha conocido los "circum-marinos" panideanos, como Roma y el Islam en el Mediterráneo. El Imperio británico es "circum-marino" en el Océano Indico. Los Estados Unidos, por un lado, el Japón, por el otro, intentan unificar bajo su égida todos los ríos del Pacífico. Especialista de las preguntas niponas y del Pacífico. Haushofer insiste bastante en las sinergias sobre el contorno y en las aguas de esta inmensidad oceánica. La idea panpacífica tiene una antigüedad de 400 años: Núñez de Balboa, en 1513, la reivindica para la Corona de España. Sir Francis Drake aceptará el desafío en 1578, reduciendo a la nada esta pretensión. Los americanos tomarán la posta de los españoles del siglo XIX, luego que el Japón haya renunciado a poblar la Micronesia, que Rusia haya abandonado Alaska y el Mar de Bering y que la alianza tácita entre rusos y españoles para evitar que el poder americano disminuya. El Instituto Pacífico de Honolulu lanza después las bases de una administración americana de la más grande zona oceánica del mundo.

Para Haushofer, la organización de tal imperio circum-marino es la idea política más grandiosa de la historia. Pero sella al mismo tiempo el destino del Japón que, por haber descuidado el poblamiento de la Micronesia, llegó muy tarde al curso y deberá oponerse a los Estados Unidos para adquirir la libertad de movimiento. Las ideas panpacíficas y panamericanas son evolutivas, mientras que las ideas panasiáticas son revolucionarios y sostenidas por los movimientos comunistas rusos o independentistas chinos (Sun Ya-Tsen) e hindúes (B.K. Sarkar; Rabindranath Tagore)

La organización a largo plazo de las ideas circum-marinas no ha sido posible en la antigüedad porque las técnicas de comunicaciones eran insuficientes. Alejandro no pudo mantener su imperio porque no pudo absorber el espacio sarmato-scítico, poblado de nómades rebeldes en toda tentativa de organización. En cuanto a la idea eurasiática, se subdivide en dos corrientes: la corriente gran-eurasiática, donde Europa es considerada como una simple península de la gran masa territorial que es Eurasia, y la corriente pequeña-eurasiática, nacida en Rusia, que simplemente desea apartar la vista de Rusia del Occidente y dirigir el flujo de energía ruso hacia el este.

Es imposible trazar una frontera neta y definitiva entre Europa y Asia, ya que el inmenso territorio que es extiende de Manchuria en los Carpatos, ruta de migraciones, forma una unidad indivisible. Haushofer reúne de cierto modo a los eurasiáticos rusos (Nicolás S. Timachey y N. De Boubnov), señalando con ellos que el espacio ucrano-polaco es una zona de transición y enfrentamiento entre Rusia y Europa en el fundamento germano-romano. La Eurasia de los teóricos "eurasiáticos" rusos corresponden en última instancia en el espacio que MacKinder denominaba el "eje central de la historia". Los "eurasiáticos" rusos, explica Haushofer, desarrollan un proyecto geopolítico rusosarmato, hostil a las culturas declinantes de Europa y Asia, semejante al proyecto autárquico, autoritario y asesor de los Bolcheviques excepto en el dominio religioso, donde prevén un zar elegido y una adhesión obligatoria a la religión ortodoxa.

Frente a esta voluntad dinámica, los panasiáticos chinos e indios se oponen a otra voluntad revolucionaria y la Paneuropa de Briand y de Coudenhove-Kalergi se refugian firmemente en la defensa del status quo, a manera de la Santa Alianza de Metternich. El panislamismo, la idea gran-árabe, las ideas panindias y la gran china son otras ideas semejantes que tratan el espacio eurasiático. La solución evitar todo conflicto dilatador y divisorio: reconciliar las ideas paneuropeas, paneurasiáticas y panasiáticas.

Para Haushofer, la marcha de la humanidad hacia las entidades de dimensiones continentales es ineludible: una primera etapa podría ser las semejanzas "subcontinentales", teorizadas por el geógrafo, E. Banse en 1912. Este hablaba de 12 áreas: Europa, la Gran Siberia (Rusia comprendida), Australia, Oriente, India, Asia oriental, la "Nigritie", la Mongolia (con acceso a los mares via China Central, Indochina e Indonesia), la Gran California, las Tierras Indias (girado hacia el Pacífico), América (parte de América del Norte girada hacia el Atlántico) y la Amazonía. Esta clasificación permite pensar una organización de personas sobre la base subcontinental. La dinámica que lleva todos estos proyectos reduce a la nada las pretensiones de querer paralizar una cantidad de partes del mundo en las fronteras exiguas e inviables.

Política mundial actual 1934

Analiza las grandes instancias de la política mundial del post-Versalles, Welpolitik von heute comienza por definir el espacio centro-europeo: para Haushofer como para MacKinder, la Mitteleuropa es la suma de los espacios del rhin y el danubio. Para el francés de Martonne, por el contrario, este es el cordón sanitario oeste esclavo aliado a Francia e instrumentalizado contra Alemania y Rusia. Este cordón sanitario es una construcción artificial, afirma Haushofer, mantenida por las reglas abstractas de la Sociedad de las Naciones. Fuera de Europa, el mundo fue europeizado. América del Sur fue "desindigenizada", el Medio Oriente árabe-persa fue dividido en entidades antagonistas en beneficio de los ingleses, India está bajo tutela inglesa, etc.

Las principales consecuencias de la primera guerra mundial son: 1) la división de Europa entre naciones colonizadores y poseedoras de vastos espacios de reserva, por un lado y naciones sin espacio de reserva, atascadas en su área de poblamiento inicial, por otro; 2) el imperio británico se disloca; 3) los pueblos colonizados de Asia reclaman su independencia. Frente a este orden, Haushofer exalta una política que apunta a liberar el espacio en el planeta para los

europeos se han desprovisto (alemanes, húngaros, rumanos, polacos, checos, eslovacos, grecos, búlgaros y yugoslavos, donde el destino está ligado al de Alemania a pesar de la "Pequeña Entente" teleguiada desde Paris); acelerar la descomposición del imperio británico; dar una mano a los colonizados en la revolución contra sus dominantes. Esta política implica oponer la lex feranda a la lex lata, el devenir natural al estatismo de los párrafos y los tratados impuestos por los vencedores egoístas.

Para adquirir el status de gran potencia, se debe, explica Haushofer, enfocar la autarquía y rechazar las monoculturas. La autarquía, factible en lo sucesivo en el gran espacio federado y ya nos más en la estructura bastante exigua de los Estados-nación clásicos, permite la independencia alimentaria e industrial gracias a una agricultura y una industria diversificadas, que responden a todas las necesidades de la población. La tentación de edificar "monoculturas" ultraespecializadas deforma la economía y la fragiliza en caso de crisis. Welpolitik von heute define además la noción de "gran potencia", enumera los tipos de dependencia política (vasallaje, clientelismo, protectorados virtuales, etc), explicita las formas de apropiación de espacios no más dominados (los polos) y de dominación de espacios a las defensas desmanteladas (Alemania luego de Versalles).

Mares del mundo y potencias mundiales 1937

Obra completamente consagrada a la relación entre la dominación de las zonas oceánicas y el poder político y militar de las naciones, Weltmeere und Weltmachte comienza por empadronar los trabajos de oceanografía física que han incrementado el saber de los hombres sobre los mares. Estos conocimientos fácticos han destapado una práctica política de dominio de los océanos. El alta mar, después de los griegos y los romanos es el "bien de todos los hombres" (koinon panton anthropon, decía Theophos) o "por su naturaleza abierta a todos". Sir Thomas Barclay inaugura el debate jurídico para saber si el mar pertenece a todos o a nadie (si es res communis o res nullius)

En 1894, E.W. may en su Treatise on International Law, recuerda que, los principios indiscutibles del derecho internacional moderno, existe aquel que impide a las potencias apropiarse con toda exclusividad de las zonas marítimas (la idea de mare liberum formulada por Hugo Grotius en 1609). Para Haushofer esta visión es hipócrita cuando Gran Bretaña aplica su estrategia de bloqueo o se apodera de los cablegramas submarinos de telecomunicaciones, se apodera ipso ipso de grandes partes de territorio marino. La idea de mar libre, defendida por los juristas ingleses, ha conducido así a una dominación casi exclusiva de los mares del mundo por Gran Bretaña, única potencia capaz de utilizar eficazmente el arma de bloqueo. Las otras potencias son a partir de este hecho en dejadas por su cuenta en esta lucha por el dominio de los espacios marinos.

La dominación de los mares ocurre cuando una potencia logra dotarse de órganos oceánicos" eficaces (flotas). Las talasocracias, como lo ilustra el ejemplo veneciano, despliegan su poder a partir de un territorio reducido y conquistan barras, bandas litorales, ya sea tanto de "ventosas aspirante" relacionadas con la metrópolis por tentáculos móviles y elásticos. Las talasocracias comienzan a menudo por dominar mares interiores (El Egeo por Atenas, el Mediterráneo por Roma, el Mar del Japón por el Japón moderno). Son ya sea de los Estados litorales o de los Estados insulares. Las talasocracias litorales son más frágiles, ya que están directamente amenazadas por su hinterland.

Las talasocracias insulares disponen además de triunfos para pasar de la dominación de un mar interior a la dominación de las grandes vías de comunicaciones transoceánicas. Las talasocracias litorales son construcciones híbridas, obligadas a dirigir conjuntamente dos tipos de políticas diferentes, una continental, la otra marítima (Holanda, Portugal), lo que agota sus recursos y los hace perder la competencia frente a las talasocracias insulares. Los

Estados continentales, como Alemania, están perjudicados por su geografía y no pueden dar lo mejor de ellos mismos en un mundo además cerrado, completamente explorado, donde las talasocracias han tenido un mayor avance para el dominio de las bases de ultramar, de zonas económicas que aseguran la subsistencia y espacios de colonización donde se expande el exceso de su población.

La talasocracia británica es hostil a los canales interiores y a la perforación de los istmos ya que estas aberturas relativizan ipso ipso la importancia de las vías marítimas que controla. Lord Palmerston fue hostil a la construcción del Canal de Suez ya que Francia tenía el dominio. Inglaterra igualmente ha criticado la construcción del Canal del Medio, entre Bordeaux y el Mediterráneo, ya que esta reducía considerablemente la importancia estratégica de Gibraltar. Al momento en que la política ya no puede ser mundial, los pueblos que quieren sobrevivir deben recurrir necesariamente a lo ancho, a los océanos, u organizar sus espacios continentales con el fin de escapar de la dominación de una u otra potencia marítima. Esta organización continental pasa por la construcción de rutas, de vías férreas, de sistemas de navegación fluvial, etc, controladas por las únicas potencias continentales.

El bloqueo continental: mitteleuropa, eurasia, japón 1941.

Redactado luego del pacto germano-soviético, esta obra persigue dos objetivos: 1) lanzar las bases de una alianza germano-italo-soviético-nipona, que reorganizaría la masa continental eurasiática y africana; y 2) reivindicar para Alemania el regreso de sus colonias africanas, sustraídas luego a Versalles. Analizando los textos editados por los institutos británicos y americanos, Haushofer revela una amenaza recurrente, principalmente la de Lord Palmerstone, y la del geógrafo Homer Lea, de ver constituirse una alianza entre Alemania, Rusia y el Japón. Tal alianza escaparía totalmente al control de las talasocracias británica y americana. Las talasocracias, escribe Haushofer, utilizan la política de la anaconda: atrapan sus presas y las ahogan lentamente. La masa eurasiática, si es debidamente organizada, es una presa bastante grande para la anaconda anglo-americana, una masa territorial tal, que escapa de todo bloqueo.

La idea de tal alianza ha germinado bastante en los cerebros rusos y japoneses que en los cerebros alemanes o europeos. Al momento de la guerra ruso-japonesa de 1905, cuando los británicos y los nipones conjugan sus esfuerzos por hacer fracasar a los rusos, una parte del cuerpo diplomático japonés, de la cual el Embajador en Londres Hayashi, el Príncipe Ito, el Primer Ministro Katsura y el Conde Goto, desea una alianza entre alemanes, rusos y japoneses contra las tentativas inglesas por controlar todo el tráfico marítimo mundial.

Frente a tales proposiciones, Alemania de Guillermo II, deplora Haushofer, queda prisionero del mito del "peligro amarillo", percibiendo solo que los asiáticos son menos peligrosos para el futuro de Alemania que los británicos y los americanos. En Rusia, la idea eurasiática fue encarnada por el Ministro Witte, creador del ferrocarril transiberiano y seguidor de una paz separada con Alemania en 1915. El japonés Goto hablaba de la necesidad de una troica, donde el caballo central, el más corpulento y el más robusto, habría sido Rusia, flanqueada de dos caballos más nerviosos, Alemania y Japón. En África, la mala gestión británica dejó ir al agua la obra constructora de los colonos agricultores alemanes; con la voluntad de desarrollar culturas duraderas, los ingleses han sustituido la explotación capitalista, que provocaba la urbanización de las masas africanas, retrasando la agricultura, lo que provoca la desertificación y las hambrunas. Los japoneses, por el contrario, han administrado muy bien la Micronesia ex –alemana. La "troica" completada por la italia musolíniana, debe favorecer a los independentistas árabes e hindúes; Rusia, en particular, debe plantearse como la protectora de los armenios y de los kurdos con el fin de conectar Mossoul con el bloque continental en gestación.

KARL HAUSHOFFER: UNA BIO-GEO-POLÍTICA DE EURASIA

Sebastian J. Lorenz

Karl Haushoffer, militar alemán, diplomático y profesor de geografía política (Geopolítica), es el principal teórico de la doctrina del "espacio vital" *(Lebensraum)*, según la cual Alemania no disponía del suficiente territorio para desarrollarse demográficamente, sostener una economía autárquica y competir con las grandes potencias marítimas y coloniales. Rudolf Hess se convertirá en su discípulo, primero, y en su protector, después, pues el profesor Haushoffer estaba casado con una mujer de religión hebrea y, en consecuencia, sus hijos eran considerados *"mischling"*, pero caería en desgracia cuando Hess voló a Inglaterra y, especialmente, cuando se le relacionó con el grupo de oficiales que atentó contra Hitler.

Después de la guerra, olvidado por sus compatriotas y despreciado por los aliados, acabaría suicidándose junto a su esposa, en medio de unos sucesos llenos de incógnitas dignos de una novela negra de Philip Kerr. Su hijo Albretch Haushoffer, que durante largos años intentó lograr un acuerdo de paz entre Inglaterra y Alemania, acabaría sus días detenido y fusilado por un comando ejecutor poco antes de finalizar el conflicto mundial. Trágico final para la familia del hombre cuyas ideas geoestratégicas inspiraron –aunque no fuera de forma premeditada- buena parte de la concepción expansionista del régimen nazi.

Haushoffer conoció al entonces Gobernador de la India, el general inglés Lord Kitchener, quién le expresó su convicción de que la guerra entre Alemania e Inglaterra era inminente e inevitable, lo cual supondría una catástrofe para las dos potencias, que cederían la región euroasiática a Rusia y China y el dominio del Pacífico a Estados Unidos y Japón. Esta reflexión obsesionó a Haushoffer, que dedicaría el resto de su vida a la elaboración de teorías geopolíticas en las que se pudieran conciliar los intereses de alemanes, rusos y japoneses, sin descuidar su profunda admiración por los británicos y su área de influencia. Así, Haushofer pudo advertir cómo el centro del poder mundial se había ido desplazando desde el Mediterráneo al Atlántico y que seguramente acabaría por desplazarse hacia el Pacífico, donde se encontraba el 70% de la población mundial y más del 70% de los recursos naturales del planeta.

Por ello, era conveniente una colaboración entre Alemania y Japón, pues sus respectivos espacios geopolíticos no eran antagónicos, siendo necesaria también la cooperación de Rusia, complementada por China e India, para hacer frente a las potencias coloniales marítimas de Inglaterra, Francia y Estados Unidos. En definitiva, era como propugnar algo así como "Asia era para los asiáticos" y "Europa para la coalición entre Alemania y Rusia".



Karl Haushoffer pensaba que el Estado era un organismo biológico, que crece o se contrae, y que en la lucha por el espacio vital los países dinámicos absorben a los más débiles. Alemania debía aliarse con Rusia contra Inglaterra o bien con Inglaterra contra Rusia. Después de la difusión de las ideas de Karl Haushoffer, se concibió que Alemania no debía consumir sus energías mediante la expansión hacia el sur o hacia las colonias ultramarinas, sino que debía lograr territorio

en las llanuras y estepas rusas para iniciar una nueva migración germánica, que debía contar con el respaldo de Inglaterra en la retaguardia.

Por su parte, Albrecht Haushoffer no consideraba a Rusia como objetivo bélico ni como aliado potencial, señalando, en cambio, a Inglaterra como cooperador natural de Alemania y a Francia como enemigo declarado. Imaginaba una Alemania futura con influencia en Europa central, oriental y meridional, en el área geográfica comprendida entre el Báltico y el Adriático.

Los estudios geopolíticos fueron iniciados por los geógrafos alemanes Carl Ritter y Friedrich Ratzel (quien acuñó el concepto en su obra *Der Lebensraum*), que sentaron las bases del determinismo geográfico en la naturaleza y la historia del hombre, teorías continuadas por Rudolf Kjellen y Ernst Haeckel, los cuales ya adelantaban la necesidad de ampliar el espacio vital de Alemania, debido a su superpoblación, mediante la adquisición de colonias ultramarinas o mediante su expansión continental. Incluso en el ámbito literario, novelas como "Pueblo sin Espacio" *(Volk ohne Raum)* de Hans Grimm, enfatizaban la importancia de las colonias para garantizar la existencia futura de Alemania.

Las ideas geoestratégicas de Haushoffer partían de la tesis principal del inglés Sir Halford MacKinder, según la cual el "centro del mundo" era una "isla mundial" formada por el conjunto Europa-África-Asia, en el seno del cual se encontraba el "corazón de la tierra" *(Heartland)* que correspondería a la región de Europa central, cuya posesión desencadenaría un auténtico combate final: «Quien tiene la "Europa media" tiene el *Heartland.* Quien tiene el *Heartland* manda en la isla mundial. Quien tiene la isla mundial manda en las tierras y en los océanos».

Además, MacKinder encontraba una relación entre la raza y su ambiente geográfico, de tal forma que los climas templados de las Islas Británicas habían producido un tipo humano apto para los valores de la libertad y la civilización, mientras que la crudeza de las estepas rusas había dado lugar al tipo eslavo sólo adaptado a gobiernos despóticos. Por ello, la conclusión era que todos los pueblos de la Tierra debían someterse a la dirección y liderazgo del anglosajón.

En la concepción de la política mundial *(Weltpolitik)* de Haushoffer, las "fronteras naturales" se consideran un mito que debe ser revisado. Los océanos, los grandes ríos o las cadenas montañosas pueden separar tanto como unir, porque el "sentido espacial "*(Raumsinn)* del hombre provoca una atracción por el lado opuesto de la naturaleza y esa atracción conlleva siempre la comunicación. Las fronteras son hechos biogeográficos, no jurídicos ni políticos, que quiebran cualquier planteamiento territorial fundamentado en factores naturales, como demuestra la existencia de "regiones de transición" como Alsacia, Austria o Ucrania entre Alemania y Francia, Italia o Rusia.

El único condicionamiento que deben tener las fronteras es el hecho biológico: allí hasta donde se extienda un pueblo determinado deberá fijarse la línea de separación, pues los diferentes tipos étnicos están adaptados a su respectivo entorno geográfico. Europa debía redifinirse conforme a las fronteras de la etnicidad, especialmente en la posición predominante del norte y del centro del continente, en el que Alemania tenía que liderar un bloque homogéneo europeo contra el entonces imperio ultramarino de Gran Bretaña y el imperio euroasiático de la extinta Unión Soviética.

De esta forma, además del hecho puramente biológico, en geopolítica era decisiva la intervención del factor humano: la expansión de un pueblo depende de su vitalidad y de su voluntad, antes que de las condiciones territoriales. Por eso, Haushoffer dirá que «toda consideración geopolítica tiene necesidad de un elemento personal heroico». Otro de los factores de la acción histórica es la idea del espacio, entendido como la posición *(Lage)* que ocupa el mismo en relación con su extensión, la población y, especialmente, con otros espacios circundantes. Para Haushoffer «el espacio no es solamente el vehículo del

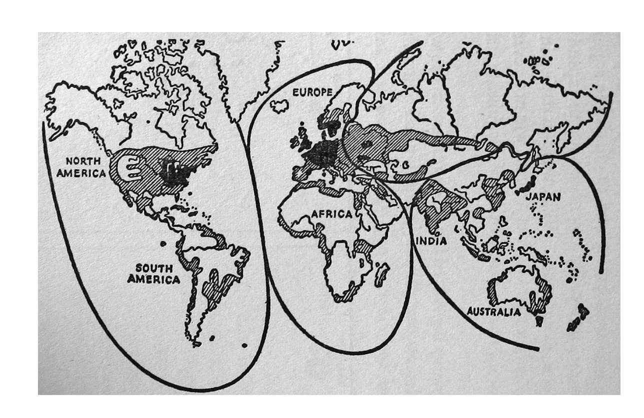
poder, es "el poder"». Uno de estos "espacios dinámicos" es la "Europa media" *(Mitteleuropa)*, que sitúa a Alemania en el centro, en el corazón de Europa, en cuya condición se había visto obligada a luchar constantemente, tanto con los enemigos del Este como del Oeste, para conservar su propio espacio vital y existencial.

El profesor defendía la "idea euroasiática", considerando a Europa y Asia como un espacio indivisible, en el que la región ucranio-polaca era una zona de transición y enfrentamiento entre el elemento germano-romano y el ruso-sármata.

Como una unidad euroasiática era inconcebible por la hostilidad de chinos, indios y turco-mongoles hacia Europa, Haushofer proponía la formación de una "entidad subcontinental" a caballo entre Europa y Asia, partiendo del espacio centro-europeo, la *Mitteleuropa* de las regiones entre el Rin y el Danubio, y procurando la descomposición del Imperio Británico, al tiempo que se propiciaba la desarticulación del cordón sanitario eslavo aliado de Francia. Haushofer siempre se movió entre la eterna contradicción de su admiración por la civilización anglosajona y las posibilidades geopolíticas que satisfacía una alianza ruso-germana.

Por otro lado, Haushoffer dividía las potencias mundiales en dos tipos: las marítimas ("circum-marinas o talasocráticas") como Inglaterra o Japón, por las que el profesor alemán sentía auténtica admiración, y las continentales o subcontinentales como Rusia, en calidad de potencia euroasiática, a la que Haushoffer veía ingenuamente como una futura aliada de Alemania para formar el bloque continental hegemónico en el mundo.

Partiendo de esta clasificación, Haushofer consideraba que las potencias marítimas tenían las ventajas del control de los recursos, de la posibilidad de bloquear los accesos marinos a los distintos territorios o de llevar las acciones bélicas a las regiones alejadas de la metrópoli. Mientras que las continentales, en cambio, aunque gracias a su extensión podían evitar el conflicto con las marítimas a base de campañas relámpago *(Blitzkrieg)*, podían verse favorecidas aprovechando las técnicas militares terrestres y los transportes modernos. Si hay algo en que no diferían estos tipos de potencias es que, como organismos políticos vivos, tenían una inevitable tendencia a la expansión territorial.



Haushoffer no compartía la ideología expansionista de los totalitarismos centroeuropeos, estando más próximo al pensamiento conservador *völkisch* y al pan-europeísmo neoconservador del conde Coudenhove-Kalergi.

El profesor de geopolítica quiso contribuir a la creación de "grandes espacios continentales", especialmente el "euroasiático" a partir de una alianza entre europeos, rusos y japoneses, cerrada herméticamente a las influencias angloamericanas. De hecho, una revolucionaria corriente nacional-bolchevique sostenía la fraternidad de los pueblos germanos y eslavos, por ser éstos los más jóvenes y menos contaminados espiritualmente de los europeos.

En cualquier caso, estas lecciones de geopolítica nos demuestran lo difícil que resulta conciliar los intereses continentales en aras de un objetivo de "Re-Unión Europea" y, en especial, de Inglaterra –que siempre ha sentido el continente como algo ajeno- y Rusia –que siempre ha mirado hacia el otro lado-.

De Europa meditatio quaedam.

EL EJE PARÍS – BERLÍN – MOSCÚ

Alain de Benoist

Durante años, si no decenios, Europa ha representado una gran esperanza. Hoy inspira sobre todo inquietud. A veces se ve en ella una amenaza. En realidad, desde la adopción del Tratado de Mastrique en 1992, Europa está patas arriba. Víctima de la lentitud de la burocracia de Bruselas, de la ausencia de unidad de perspectiva de los países miembros y de la ambigüedad cuidadosamente mantenida por sus finalidades, exclusivamente preocupada por la concurrencia comercial y la ortodoxia financiera, Europa se haya ahora comprometida en un proceso de ampliación precipitada que la condenará a la impotencia y a la parálisis. La Europa política, hoy, parece totalmente bloqueada.

El fracaso de la conferencia intergubernamental que se desarrolló en Bruselas ha demostrado el verdadero alcance de la crisis. Por esta razón, desde el 1º de mayo de este año lo que regula el funcionamiento de la Europa a 25 es el sistema de la cumbre de Niza. Una Europa condenada por eso mismo al inmovilismo y consecuentemente privada de toda posibilidad de desempeñar un papel político en el plano internacional. Esta situación, es sabido, le conviene perfectamente a los nuevos Estados miembros de la Europa central y oriental, que no ven en la UE más que un espacio económico y una fuente de subsidios, y que lo que buscan prioritariamente con su incorporación es integrarse en la economía y el mundo liberales. Estos países, inhibidos en la construcción de una potencia política europea, en modo alguno exigen una integración comunitaria suplementaria. Su única ambición es convertirse en países satélites de los Estados Unidos, como ya lo fueron en otro momento de la Unión soviética.

El proyecto de constitución europea presentado en la cumbre de Tesalónica es también de lo más significativo. En efecto, por lo que respecta a Europa, se puede pensar que una mala constitución es mejor que no tenerla. Pero es necesario saber en qué consiste exactamente ese texto.

Ahora bien, la primera cosa que hay que decir sobre ese proyecto es, simplemente, que no es un verdadero proyecto de constitución. Lo propio de una constitución es crear una comunidad política, fundar la identidad colectiva que presupone dicha comunidad, lo cual no es el caso ahora. Una constitución implica un poder constituyente, es decir, exige que sea redactada, adoptada y ratificada por el pueblo o, en su defecto, por una asamblea elegida por los ciudadanos a tal efecto. En el caso que nos ocupa hubiera sido necesario elegir una asamblea constituyente o, al menos, que el Parlamento europeo se hubiese transformado en una Asamblea constituyente. En vez de eso, el proyecto ha sido confiado a una asamblea heteróclita de representantes de los gobiernos y de los Estados, de los Parlamentos nacionales, del Parlamento europeo y de la Comisión europea, ninguno de los cuales ha recibido un mandato para debatir un proyecto de constitución. En cuanto a los ciudadanos, estos ni siquiera serán consultados, puesto que según las últimas informaciones, no se les dará la posibilidad de pronunciarse en un referéndum.

No se trata tanto de una constitución como de una suerte de tratado con valor constitucional, adoptado como una ley o un reglamento por los Estados contratantes, lo que es, a todos los efectos, algo muy diferente. La expresión «tratado constitucional» resulta contradictoria en sus términos. Una constitución es una ley de un tipo particular que, como tal, se impone de entrada a todos y cada uno, mientras que un tratado es un simple contrato entre Estados, interpretado según un método que privilegia el análisis de la voluntad de las partes. En el mejor de los casos, la constitución será adoptada por los Estados según el procedimiento habitual de los tratados y no podrá ser revisado por otro

medio que no sea la regla de la unanimidad, que no es la del procedimiento constituyente, sino del diplomático. El proyecto, por más que subraye que la Unión está «inspirada en la voluntad de los ciudadanos y los Estados», significa la prevalencia de la voluntad de los Estados.

Una constitución, en fin, se limita generalmente a fijar un sistema institucional y definir algunos principios generales. Debe pues ser redactada de modo que todos los ciudadanos puedan reconocerse en ella, con independencia de cuales sean sus opciones políticas - necesariamente múltiples y divergentes en un régimen democrático-. Ahora bien, el actual proyecto de constitución, lejos de recoger todas las opciones políticas, excluye de entrada un cierto número de ellas pretendiendo que se adopten las orientaciones exclusivamente liberales -orientación decisiva, sobre todo en la perspectiva de las nuevas adhesiones, puesto que el artículo 1 del proyecto declara que la Unión está abierta a «todos los Estados europeos que respeten sus valores»-.

En su artículo 3, el texto del proyecto hace de un «mercado único en el que la concurrencia es libre y no falseada» el objetivo central y el valor supremo de la Unión. El objetivo de la libertad absoluta de los intercambios es así antepuesto a cualquier otra finalidad. Esto significa no sólo que nadie podrá en lo sucesivo impedir los movimientos de capitales, especulativos y de otro tipo, sino que toda política pública en materia social o fiscal, en materia de control de la inmigración o de preservación del medio ambiente podrá ser rechazada bajo la acusación de «falsear» la libre concurrencia. Estipular que no será ya posible ninguna política que contraria a este tipo de concurrencia quiere decir que esta constituye en un fin en si misma, no un instrumento al servicio del empleo, del crecimiento, del equilibrio ecológico o de la justicia social.

El proyecto, en otros términos, conduce a grabar en el mármol una política estrictamente liberal -cada vez más rechazada a la vista de los resultados-, excluyendo de la constitución lo que se aparte de ella. Una vez «constitucionalizadas» esas orientaciones se supone que se impondrán tanto a los instituciones como a los Estados.

Añadamos que el artículo 40 dispone que «para establecer una cooperación más estrecha en materia de defensa mutua, los Estados miembros trabajarán en estrecha cooperación con la OTAN», estipulando que toda política de seguridad y de defensa común tendrá que ser «compatible» con la política adoptada en el marco de la OTAN. Esta disposición limita por adelantado la autonomía de la política extranjera de Europa y aliena inequívocamente su independencia. Declarar compatible la pertenencia a la OTAN y la realización de una «política común de seguridad y de defensa» no puede ser sino una petición de principio.

Existen también otras materias tabú que el proyecto de constitución se cuida bien de abordar: el problema de la lengua de Europa, el problema de su capital, el problema de sus fronteras últimas, el problema de las modalidades de aplicación del derecho comunitario, el problema del modo de financiar el presupuesto de la Unión Europea, etc.

Frente a esta situación, en la que la lógica de los intereses particulares suplanta la dinámica de la comunidad de pertenencia, sólo existe un remedio: actuar de modo que quienes sólo piensan en Europa en términos de mercado no impidan que los otros avances. La única alternativa es la formación de un «núcleo duro» que asocie a los países decididos a ir por delante en la construcción de una verdadera potencia política. Esta idea fue explorada el año pasado, de manera premonitoria, por Henri de Grossouvre en su libro *Paris-Berlin-Moscu*.

Significativamente, los signos precursores de este eje París – Berlín – Moscú aparecieron en vísperas de la guerra americana de Iraq, cuando Francia, Alemania y Rusia, en una declaración conjunta publicada el 5 de marzo de 2003 expresaron claramente su oposición a

asociarse a esta agresión militar decidida unilateralmente por los Estados Unidos.

Este «núcleo duro» no puede descansar sobre la pareja francoalemana, cuyo papel de motor en el seno de la Unión Europea nunca ha sido desmentido, por razones históricas que Henri de Grossouvre ha recordado cuando escribe que «desde la Edad Media, la cualidad de la relación francoalemana ha decidido sobre la paz y la guerra en el continente».

No es menos cierto que, durante mucho tiempo, Francia y Alemania han adoptado frente a los Estados Unidos de América actitudes diferentes. Por razones históricas bien conocidas, Alemania se reconstruyó desde 1945 bajo la forma de una no-potencia. Durante la época de la guerra fría la República federal se sentía dependiente de los Estados Unidos, quienes la consideraban, como contrapartida, como su aliado más seguro en el centro de Europa. Para utilizar una fórmula célebre, Alemania era entonces un gigante económico y un enano político, lo que la llevaba a no desempeñar en la escena internacional más que un papel de figurante.

Ahora bien, es esta situación la que hoy tiende a desaparecer. Diversos indicios muestran que Alemania hará en lo sucesivo uso de su recobrada unidad para desempeñar un papel político más en relación con su importancia real. Como sucede siempre del otro lado del Rin, la evolución es lenta, pero parece innegable que se ha doblado un nuevo cabo. El inequívoco rechazo de Alemania a la petición de apoyo formulado por los americanos en el asunto iraquí lo pone de manifiesto. En Europa, este acontecimiento mayor no se ha evaluado en su verdadero alcance. Sin embargo, como ha señalado Stephan Martens, «nunca desde la creación de la RFA, las relaciones germanoamericanas habían atravesado una crisis tan profunda». Desde el 29 de noviembre de 1999, después de uno de sus viajes a Francia, Gerhard Schröder había hecho suyo la fórmula de «Europa potencia». El 5 de agosto de 2002, en Hanóver, se declaraba partidario de una «vía alemana» (*deutscher Weg*) distinta de la política americana, lo que le valdría la reelección algunas semanas más tarde. Recientemente, en febrero de 2003, el semanario *Der Spiegel* traía en su portada el siguiente titular: «Revuelta contra América. David Schröder contra Goliat Bush».

Se trata pues de una evolución notable. Alemania abandona poco a poco su posición de mejor alumno de la clase atlántica; se compromete con Francia en una empresa que aspira a ser el núcleo de una verdadera defensa europea -lo que le permite a Henri de Grossovoure escribir que «el fin del tabú transatlántico es el mayor acontecimiento de la política exterior alemana desde que terminó la II Guerra mundial»-.

No es pues una casualidad si el fracaso de la cumbre de Bruselas ha relanzado inmediatamente la idea de una iniciativa francoalemana para superar la crisis, iniciativa que se traduciría en la formación en el seno de la Unión Europea de un «núcleo duro» cuyas formas quedan por determinar. Algunos hablan incluso de la creación de una verdadera confederación francoalemana que, de constituirse, se atraería indudablemente a los países del Benelux. Se realizaría así un proyecto que el general de Gaulle evocó hace mucho tiempo: revisar el tratado de Verdún, que en el 842 dividió el imperio de Carlomagno, para reunificar a los francos del oeste y a los del este.

Al mismo tiempo, parece vital establecer con Rusia una colaboración estratégica que permita asociar este país a la Unión Europea para todo lo relativo a la política exterior, y reforzar en él la cooperación, en especial en materia aeronáutica y energética. Evidentemente le corresponderá a la pareja francoalemana tomar la iniciativa de la asociación y de este espacio de cooperación, al cual podrían también vincularse países como Ucrania y Bielorrusia. Rusia sería, en efecto, tanto más inclinada a asociarse a este proyecto en la medida en que un cierto número de países europeos manifestaran sin ambigüedad su voluntad de ir hacia delante sobre la base de una política distinta de la de Washington.

Francia, Alemania y Rusia no sólo tienen numerosos intereses políticos, económicos, estratégicos y culturales comunes. Se trata también de países notoriamente complementarios. Aquí señalaré sólo un ejemplo, relativo a la cuestión de los recursos energéticos.

Rusia dispone de materias primas de las que carecen los franceses y los alemanes. La importancia de los hidrocarburos y de las materias primas en general es considerable en la economía rusa, puesto que en 2003 representó alrededor del 35 % del presupuesto nacional y el 13 % del producto interior bruto (PIB). Rusia, por lo demás, se ha convertido desde el año 2000 en el tercer productor y el segundo exportador mundial de gas natural. Así pues, sus grupos petroleros y gasísticos no son solamente actores económicos de primera magnitud, sino que pueden también desempeñar un papel eminentemente políticos, ofreciendo a Europa occidental una fuente de suministro de energía alternativa con respecto a un Próximo Oriente que, en parte, está ahora bajo control americano.

Pero no se nos ocultan las incertidumbres. Estas gravitan principalmente sobre Rusia, cuyo restablecimiento políticoeconómico constituye un elemento vital de las apuestas actuales, pero cuyo futuro es hoy, más que nunca, imprevisible. La detención, no hace mucho, del «oligarca» Mikhaïl Khodorkovski, el hombre más rico de Rusia y uno de los principales símbolos de todas las malversaciones de los años 90, quien había adoptado unas posiciones claramente pro-americanas en la Guerra de Iraq, da empero testimonio de la voluntad de Vladimir Putin de restaurar el Estado y sancionar a un cierto número de mafiosos que se creían intocables.

Existen también los datos demográficos, particularmente inquietantes para Alemania y Rusia, pero también para una amplia mayoría de países de la Unión Europea, puesto que se prevé que en 2050 la media de edad de Europa será de 57 años contra 37 de los Estados Unidos. Finalmente, es necesario tener en cuenta con las incertidumbres electorales que, en cada país, pueden entrañar una modificación de la orientación política.
Más allá de estos datos coyunturales, no es menos cierto que existen tendencias de fondo y realidades permanentes, siendo la principal la que ha recordado Henri de Grossovoure al escribir que «la correspondencia geográfica exacta de los Estados Unidos en el hemisferio norte es la Europa más grande, de Brest a Vladivostock, flanqueada en sus extremos por los archipiélagos británico y japonés», y que «este gigantesco continente auroasiático reúne lo esencial de la población y las riquezas mundiales».

La idea de una eje París – Berlín – Moscú se abre camino en los espíritus. Pero lo más interesante es que se trata de un proceso que trasciende todas las contraposiciones ideológicas habituales, encontrando defensores en los medios más diferentes.

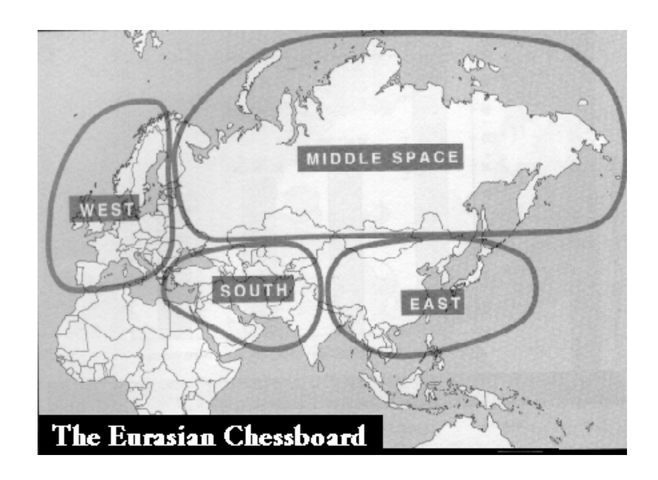


Que el eje París – Berlín – Moscú no es una ensoñación se demuestra por la lectura de la prensa americana, que certifica que semejante perspectiva es tomada muy en serio y percibida como un peligro real. «Combinados todos los factores, escribe el neoconservador John C. Hulsman en la revista de la *Heritage Foundation*, Francia, Alemania y Rusia tienen potencialmente todos los atributos de una gran potencia capaz globalmente de contrapesar a los Estados Unidos; Francia aportaría las orientaciones política e ideológicas, Alemania la potencia económica y Rusia las capacidades militares» -la conclusión del autor es que, para afrontar esta amenaza los Estados Unidos deben responder y buscar por todos los medios la «fragmentación de ese núcleo antiamericano»-.

En el transcurso de los últimos años, las tensiones entre Europa y Estados Unidos no

han dejado de agravarse. Estas no se refieren únicamente al comercio, a la carne, a la aeronáutica, al proyecto Galileo (sistema de posicionamiento y de navegación por satélite con compite directamente con el sistema americano GPS). La tensión se extiende a todos los dominios y adopta formas nuevas.

Los políticos, por razones diplomáticas evidentes, con frecuencia pretenden ocultar esa realidad. Pero no hay duda de que la globalización exacerbará estas divergencias de opinión e intereses entre Europa y los Estados Unidos, aunque sólo sea porque, en perspectiva geopolítica, Europa es más que nunca una potencia continental y los Estados Unidos una potencia marítima. «Los Estados Unidos son un pueblo del mar, recuerda Henri de Grossouvre, pero la Europa continental está marcada por su relación con la tierra.



Los Estados Unidos, gracias a las guerras civiles europeas del siglo XX, han tomado progresivamente el relevo de la potencia marítima por excelencia, Inglaterra. La preponderancia del comercio y la subordinación de las otras actividades humanas a las relaciones comerciales caracterizan a los pueblos anglosajones». Hay pues entre Europa y los Estados Unidos una diferencia fundamental en la concepción del mundo y los valores.

Lo más interesante es que esta diferencia ha sido destacada por los propios americanos para justificar su política. En un libro publicado el año pasado, y que causó una gran polémica, el neoconservador Robert Kagan afirma por ejemplo que el foso que separa las dos riveras del Atlántico es ahora demasiado profundo como para que se pueda esperar que se pueda sortear en un futuro previsible. Esta opinión es también compartida por otros analistas.

Simultáneamente, la posición americana frente a Europa se ha aclarado totalmente. En junio de 2003 el semanario americano *The New Republic* titulaba en primera página: «Europa superpotencia. Por qué América debe temer la construcción europea». El redacto jefe de la revista escribía: «La potencia que más se beneficiará del éxito de la construcción europea será Francia. Y las intenciones de Francia son esencialmente hostiles a los Estados Unidos, en lo cultural, en lo económico y en lo diplomático. He aquí el desafío actual de la política exterior americana: cómo evitar que la nueva constitución europea se haga realidad». Tres meses más tarde, en el mes de septiembre, el semanario de William Kristol, *The Weekly Standard*, publicaba a su vez un artículo titulado «Contra la Europa unida».

Esta hostilidad hacia Europa se dobla en una hostilidad hacia el euro, lo que no debe sorprender a nadie. Durante la postguerra, los americanos se beneficiaron de la guerra fría, pues esta les colocaba en una posición de fuerza ante sus aliados, así como de la omnipotencia del dólar, utilizado como moneda de reserva por los bancos centrales de todos los países del mundo. La guerra fría se acabó y el advenimiento del euro amenaza el monopolio del dólar sobre los intercambios monetarios mundiales. Para un país que consume más de lo que produce, cuyo nivel de endeudamiento representa el 31 % del producto interior bruto mundial y el 40 % del ingreso individual americano, cuya balanza de pagos no deja de deteriorarse, cuyos déficits corrientes han alcanzado niveles históricos, y cuya tasa de ahorro nacional ha caído en 2002 hasta si nivel más bajo de todos los tiempos, el mantenimiento del monopolio del dólar se han ha convertido en una necesidad vital.

Hará falta todavía más tiempo para que el euro se convierta en una moneda de reserva realmente competitiva con el dólar, colocando así a Europa en una posición de

paridad con los Estados Unidos. Para ello será necesario que el euro sea visto como un activo utilizable en todos los países, y que los mismos Estados Unidos se preocupen por hacerse con reservas de la moneda europea. Será preciso igualmente que el euro pueda garantizar permanentemente una liquidez planetaria y desempeñar el papel clásico del «prestamista en última instancia». Pero todavía no hemos llegado a eso. Sin embargo, el euro puede ya servir como moneda de reserva para los intercambios en un cierto número de mercados. Mucho se adelantaría si la Unión Europea pudiera convencer a los países exportadores de petróleo, empezando precisamente por Rusia, de que aceptaran euros en vez de dólares. El monopolio americano se encontraría entonces seriamente cuestionado, de lo que se tiene clara conciencia en Washington.

Frente a la perspectiva de una eje París – Berlín – Moscú, los Estados Unidos no pueden sino intentar reaccionar -y reaccionar con la violencia con que últimamente acostumbran-. La decisión americana, anunciada en diciembre de 2003, de excluir a Francia, Alemania y Rusia de los contratos para la reconstrucción de Iraq resulta, a este respecto, altamente significativa.

Pero es probable que los Estados Unidos adopten, frente a los tres miembros de este eje virtual, una estrategia diferenciada. Condoleeza Rice, consejera de seguridad nacional, ha formulado ya esta idea con su lema: «Castigar a los franceses, ignorar a los alemanes y perdonar a los rusos». Lo que quiere decir que para ellos Rusia es capaz de enmendarse, Francia es irrecuperable y que, por lo que se refiere a Alemania, basta con esperar.

A corto plazo, la política americana hacia Rusia -como también, por lo demás, hacia China- consistirá principalmente en un intento de rodearlas y aislarlas, como se ve en el estacionamiento de las tropas americanas en las repúblicas musulmanas y la región del Caspio para la guerra de Afganistán.

Con respecto a Alemania, los americanos harán al principio todo lo posible para intentar que la pareja francoalemana se rompa. El pasado 3 de noviembre, ya vimos al neoconservador Richard Perle, participante en un foro organizado sobre el tema *Ejército alemán y sociedad*, reprocharle violentamente en un aparte al ministro alemán de defensa, Peter Struck, la «profundización de los vínculos francoalemanes», estigmatizando «la fuerte tendencia de Francia y de Alemania a expresar su solidaridad a la menor ocasión» -invectiva que ha provocado una protesta pública del antiguo jefe del Estado mayor francés, el almirante Jacques Lanxade-. Al mismo tiempo, Michael Ledeen, uno de los «halcones» republicanos más cercanos a la Casa Blanca, declaraba abiertamente que Francia y Alemania debían considerarse en lo sucesivo como «enemigos estratégicos» de los Estados Unidos.

Es probable que los Estados Unidos hagan todo lo que esté en un mano para conseguir que los socialdemócratas -quienes precisamente por su declarado antifascismo han podido expresar ciertos sentimientos nacionales sin ser sospechosos- salgan del gobierno, y provocar la llegada al poder de los cristianodemócratas, tradicionalmente reputados más atlantistas. Sin embargo, incluso si esta eventualidad se produce, no es seguro que Washington pueda conseguir sus fines. Dentro de la misma CDU-CSU, hay una importante corriente que no es favorable a una vuelta pura y simple al realineamiento con los Estados Unidos. Henri de Grossovoure, que con frecuencia ha recordado que en 2002 una aproximación francoalemana que podía desembocar en la creación de una confederación estaba siendo estudiada por las autoridades francesas y el candidato Edmund Stoiber, considera que, en estas circunstancias, los riesgos de un cambio importante en la política exterior alemana son «casi nulos».

Queda Francia, que como acabo de decir es considerada aparentemente irrecuperable por los americanos. Puede verse la prueba de ello en la ola de francofobia, de una amplitud que no tiene precedentes, provocaba por el rechazo del gobierno

francés a asociarse a la agresión contra Iraq. Durante meses, los franceses han sido estigmatizados en la prensa americana en términos de una violencia y vulgaridad extraordinarias. El pasado 28 de agosto, por ejemplo, Thomas Friedman, sin duda el más influyente analista de la política exterior de la prensa americana (recibió el Premio Pulitzer en 2002), escribía en el *New York Times* que entre los Estados Unidos y Francia había empezado «la guerra». «Es hora de que los americanos se den cuenta, afirmaba, que Francia no es sólo nuestro incómodo aliado o nuestro celoso rival. Francia se ha convertido en nuestro enemigo».

«Francia nos las pagará», ha declarado también Paul Wolfowitz, opinión que según un sondea del Instituto Harris comparte actualmente el 43 % de los americanos. A pesar de los lenitivos administrados de un lado y otro, no resulta exagerado afirmar que en los Estados Unidos «París sirve en ocasiones de chivo expiatorio, de víctima propiciatoria, de cabeza de turco y de oveja negra». Y que tomarla con Francia es evidentemente una manera de ejemplarizar y de disuadir a aquellos que sientan la tentación de imitarla: su castigo debe tener un valor de advertencia.

Los Estados Unidos, que han intentado siempre instrumentalizar las rivalidades regionales, quieren de hecho tratar a la Unión Europea de la misma manera que en otros tiempos trataron al Imperio Austohúngaro. El objetivo, como siempre, es dividir para imperar. Con Samuel Huntington habían intentado antes oponer al mundo eslavo y ortodoxo a los países de la Europa occidental, política de la que fue en cierto modo una aplicación práctica el aplastamiento de Serbia. Con Donald Rumsfeld pretenden jugar la carta de la «nueva Europa» -la de los países de la Europa central que, en el mismo seno de la Unión Europea, están listos para aceptar la dominación de Washington- para poner en dificultades a la «vieja Europa», considerada menos dócil. Cálculo que se apoya otra vez en lo que Tony Judt he denominado una «muleta de caucho», por la simple razón de que la mayoría de estos países son débiles, dependientes de Europa occidental desde el punto de vista económico y así mismo de Rusia por lo que respecta a sus aprovisionamientos energéticos; pertenecientes a la periferia, no pueden prescindir del centro, mientras que este sí puede, en el caso límite, prescindir de ellos.

En materia de relaciones internacionales, lo mismo que en otros dominios, se ha producido un giro radical durante los últimos años. Desde 1993-94 las viejas reglas del juego internacional han sido abandonadas. Hemos entrado en una era que se podría denominar «postatlántica». Asistimos, en efecto, a la disolución de hecho de todo un sistema cuyo núcleo es la Alianza Atlántica. Disolución de la que los mismos Estados Unidos son responsables al exigir de sus aliados que se comporten como vasallos.

Esta crisis del vínculo transatlántico resulta en si misma indisociable del advenimiento de un mundo nuevo. En este nuevo mundo, las líneas de batalla no son tanto internacionales como transnacionales. La geografía de las apuestas políticas ya no se define fundamentalmente por las fronteras nacionales, pues la división de la política de seguridad entre interior y exterior tiende a desaparecer. Los choques decisivos no se producen entre las civilizaciones (que no son realidades de potencia, sino más bien crisoles de ideas-fuerza), sino, al mismo tiempo, dentro de ellas mismas y a escala global.

Asistimos por todos lados al ascenso en la potencia de formas de poder transestatales o no estatales, en el seno de un espacio que ha dejado de ser arborescente, es decir, compuesto por las organizaciones tradicionales, sino rizómico, es decir, constituido por redes descentralizadas. A la guerra fría le ha sucedido una paz caliente; al mundo bipolar, una globalización en la que los Estados Unidos representan la fuerza principal, pero cuya lógica profunda es de esencia técnico-económica y financiera, puesto que la misma se caracteriza ante todo por la dominación planetaria de la Forma-Capital.

Los americanos han estimado siempre que sus valores y su modo de vida son superiores a los de los demás, poseyendo una validez universal. Desde sus orígenes, han creído que tenían como misión expandir esos valores e imponer ese modo de vida en toda la tierra. Han creído desde siempre en una división moral binaria del mundo, encarnándose en ellos el bien e imaginando, para utilizar las palabras del presidente Wilson, que el «infinito privilegio» que les ha sido reservado es el de «salvar al mundo».

El movimiento hacia el unilateralismo y el hegemonismo les viene pues de lejos. Como ha dicho Hubert Védrine, «George Bush no ha inventado el combate del bien contra el mal. Eso es tan viejo como América». Pero en una fecha reciente, este movimiento se ha acelerado, siendo el resultado que «los mitos fundadores de la nación americana se han transformado en políticas americanas instrumentales».

El equipo que ha llegado al poder con George W. Bush asocia de hecho dos corrientes diferentes. La primera es la de los fundamentalistas protestantes, superreaccionarios y populistas, pertenecientes a los ámbitos «jacksonianos» cuyo jefe de filas era hasta hace poco Billy Grahan y que está representado actualmente por hombres como Pat Robertson, Franklin Grahan, Paul Weyrich o Ralph Reed. Han sido ellos los que han permitido la elección de George W. Bush.

La segunda corriente es la de los «neoconservadores», con frecuencia hombres con un pasado de izquierda, muy ligados a la extrema derecha israelí (la cual les ha proporcionado su clave de lectura de la situación en el Próximo Oriente), que se encuentran hoy a la derecha del Partido republicano. Los unos y los otros coinciden en la idea de que el mundo entero debe ser modelado a imagen de América, en una misma hostilidad hacia todo país que pueda experimentar su desacuerdo, es decir, en un mismo aventurismo agresivo e iluminado.

De esta manera, los americanos han adquirido una lectura a la vez «hollywoodiense» y mesiánica de la vida internacional. La visión del mundo a la que se adhieren es una visión no interaccional de la relación con el otro, en la que toda potencia independiente es percibida como un enemigo potencial. Esto significa que el pensamiento americano no tiene más referencia que él mismo, que los americanos no ven el resto del mundo si no es a través de si mismos. El resultado es un nuevo régimen de guerra, al mismo tiempo que una nueva percepción en la cual la política exterior son las armas. Al quedar toda idea de potencia reconducida a su dimensión militar, la noción del rival se convierte automáticamente en sinónimo de enemigo. Se entiende que en estas condiciones toda la doctrina estratégica americana tienda a impedir que el resto del mundo alcance la paridad militar y tecnológica con los Estados Unidos. Y que cualquiera que se atreva a criticar la política exterior de Washington sea presentado inmediatamente como un psicópata, un cómplice del «eje del mal».

En la era «postatlántica», los Estados Unidos ya no disimulan su intención de afirmar su hegemonía. «Les parece que tienen derecho a decidir solos, sin limitación exterior de ningún tipo, sobre lo que le conviene a su seguridad, comprendiendo, preventivamente, la búsqueda de la superioridad militar sobre todos los demás, impidiendo incluso que pueda sobresalir cualquier rival».

Todo eso, hay que repetirlo, no es nuevo. Pero hasta ahora, la guerra conducida por América contra Europa y el «resto del mundo» («*the rest of the World*») adoptaba esencialmente formas económicas y comerciales, traduciéndose especialmente por el condicionamiento de las opiniones públicas, la manipulación de los espíritus, el descrédito de los competidores, etc. Lo nuevo es que el primado estratégico se ha hecho abiertamente militar, aspirando a regular la extensión del mercado por acciones de violencia brutal.

El objetivo final es la instauración de lo que el incondicionalmente proamericano Guy Millière ha propuesto denominar sin complejos «la América-mundo». La

finalidad de ese neoimperialismo alimentado por el espíritu de cruzada, el objetivo de esta verdadera «teoestrategia» autista es la imposición unilateral de los valores mercantiles a la totalidad del planeta, la transformación de la tierra en un inmenso mercado homogéneo en la que reinará la ley del beneficio, en suma, la instauración de un modelo de sociedad en la que habrá tantos más consumidores en la medida en que haya menos ciudadanos.

Nunca desde la época de Theodore Roosevelt (1912) han perseguido los Estados Unidos, tan visiblemente como hoy, la dominación por la fuerza militar y el establecimiento de forma unilateral de su supremacía planetaria. Nunca como hoy han manifestado con tanta fuerza su rechazo radical de la nociones de reciprocidad o arbitraje, en la medida en estas pueden restringir su libertad de acción.

Por eso no resulta excesivo decir que los Estados Unidos constituyen actualmente el principal factor de inestabilidad en el mundo, el principal factor de brutalización de las relaciones internacionales. Y este unilateralismo tiene todas las probabilidades de perdurar, incluso si George W. Bush tiene que abandonar la Casa Blanca, en la medida en que es el resultado de una tradición histórica y de una evolución de las mentalidades que operan desde hace años.

Pero el sueño americano choca con la realidad. Se puede ver ahora en Iraq: los Estados Unidos ganaron la guerra, pero han perdido la paz. Pretenden instalar una democracia de mercado, pero han instaurado el caos. Dicen que quieren luchar contra el terrorismo islámico, pero le han dado al fundamentalismo musulmán nuevas razones de ser y actuar.

Hace ahora más de diez años que los europeos eluden sistemáticamente la cuestión de saber si ellos quieren o no construir una potencia política y cuál sería la naturaleza de las relaciones de semejante potencia con los Estados Unidos. Sin embargo, en el asunto iraquí, «la resistencia francoalemana a las posiciones americanas a tenido el mérito de establecer la apuesta: hace de la Unión Europea un actor capaz, en el plano internacional, de influir en el curso de los acontecimientos, de imprimir su marca y definir objetivos, de concebir la Europa de los 25 como un conjunto geopolítico».

Formado a partir de la pareja francoalemana, un eje París – Berlín – Moscú, que podría convertirse también en un eje Madrid – París – Berlín – Moscú - esperando que se extienda a otros países europeos-, permitiría constituir, en un mundo que vuelve a ser multipolar, un formidable polo de seguridad y de prosperidad, al mismo tiempo que permitiría a Europa reencontrar su autonomía y su capacidad de acción. Ello permitiría crear una potencia política regional cuya ambición no sería administrar los asuntos del mundo, sino contribuir a la regulación de la globalización. A corto plazo permitiría diferenciar, en nuestro continente, a quienes quieren avanzar de quienes se contentan con una simple zona de librecambio, sabiendo que, como dijo Jacques Delors, «sin esa diferenciación Europa está condenada a la estagnación o a la disolución».

«La alternativa es simple, nos dice Henri de Grossouvre. O los franceses y los europeos se vuelven a hacer cargo de su seguridad, su política exterior y la evolución de su demografía, convirtiéndose otra vez en actores de la política internacional, o saldrán de la historia, desapareciendo físicamente, progresivamente, en una vasta zona de librecambio bajo protectorado estratégico americano».

En su conferencia de prensa del 23 de julio de 1964, el general de Gaulle declaraba: «Para nosotros los franceses se trata de que Europa se haga para ser europea. Una Europa europea significa que esta existe por si misma y para si misma o, dicho de otra manera, que ella tiene su propia política en el mundo».

Ese es el desafío. Se trata de una carrera de velocidad.

MADRID-PARIS-BERLÍN-MOSCÚ

Jorge Verstrynge

Hablar de la Europa real, es decir, de l´Europe puissance, o de la Festung Europa, en todo caso de la Europa continental, implica referirse, geopolíticamente, a cuatro capitales: Madrid-París-Berlín-Moscú.

Efectivamente, por algo el poder marítimo paso a lo largo de la historia de Vigo a Brest, luego a Kiel, luego a Krondstadt y a Murmansk; y el terrestre, de Carlos V y Felipe II a Luís XIV y Napoleón, y luego a Guillermo II e Hitler, para culminar en Stalin y (aun, guste o no) en Putin. Ciertamente, Europa es mas que eso: excepto China y la India no existe otro gran espacio poblado (y no digamos ya si se amplían sus límites, como lo hacen algunos, hasta la frontera norte del Sáhara, Israel, y hasta más allá de los montes Urales); si sumamos las industrias francesa, italiana, alemana, checa, española, polaca, sueca y rusa, los demás hacen figura de modestos aspirantes a "podercito" económico; no sólo no existe en el planeta espacio geográfico de tal profundidad estratégica (hasta el punto de hacer de una de sus partes, Rusia, un país prácticamente invencible por indigerible) sino que su variedad es planetaria: ¿no dijo un geógrafo que Europa es como la reproducción de toda Asia: la India, Italia; el Ganges, el Po; el Himalaya, los Alpes; Ceylán, Sicilia; el Caucaso, los Pirineos; la Rusia anterior, Francia; Siberia, Alemania del norte; el Yangtsekiang, el Danubio; Indochina-Indonesia, Grecia; "y también Asia se va ensanchando hacia el Este" (Verstrynge, J. *El sueño eurosiberiano: ensayo sobre el futuro de Europa*, Madrid: Instituto de Europa Oriental, 1992, p. 87).

Pero el eje citado, desde Madrid hasta Moscú, es la espina dorsal del continente. Europa es como una mano abierta hacia el mar: el antebrazo es Rusia, la muñeca Alemania, la palma Francia, y España su dedo índice o extremo (más al norte Escandinavia, más al sur Italia, Grecia y Turquía). Tal triángulo tiene como cúspide a España, puerta hacia América, África y el mar abierto; Francia, núcleo duro euro-occidental, puente entre las islas anglosajonas y la Europa del sur, al igual que entre la Europa central y el Atlántico. Alemania, núcleo duro euro-central y puente entre el mundo oceánico y el continental; y Rusia, la base del triángulo, y puerta hacia Asia, la India y la tierra abierta, y según los geógrafos el centro geoestratégico o el pivote del macro-continente compuesto por Europa, África y Asia, el *Hearthland* de la *World Island* de Mackinder...

Pero profundicemos un peldaño más, hacia la "comunidad de Espacio Franca" (a la que algunos llaman ya la "Confederación" o "Republica del Rhin"), o sea, el eje Paris-Berlín, por ahora lo más sólido de entre lo que estamos analizando. Ha costado ciertamente llegar a é1, o mejor dicho retornar a él, desde la catastrófica división del Imperio Carolingio y el cisma entre los francos del Este (que no renunciaron a su lengua) y los del Oeste (que si lo hicieron). La bronca entre ambas partes de un originariamente mismo pueblo es la historia misma (tantas veces lamentable) de Europa, que casi nos llevó al suicidio como civilización. Olvidando incluso aquel viejo adagio geopolítico según el cual tu aliado vocacional es, no el enemigo de tu enemigo, sino tu vecino de medianería, a un lado del Rhin la pregunta fue, durante siglos: "¿Es el diablo alemán, mientras desde el otro se le hacían guiños a quienes (anglosajones, rusos y españoles) podían constituir un obstáculo para la perennización de Francia como "*la Grande Nation*". Incluso en esta segunda mitad de siglo (es decir, pasadas las dos masacres civiles que para ambos países fueron también las dos guerras mundiales), cuando ya teníamos una Alemania reventada, perdida la tercera parte de su territorio y ocupada, y a una Francia que tras el mayor derrumbamiento militar de su historia fue ocupada durante cuatro arios y tuvo hasta el Estado desaparecido y la independencia discutida por los USA, incluso así no han faltado meteduras de pata como las dudas de Mitterand en cuanto a la

reunificación alemana (que De Gaulle estimaba inevitable), o el intento de París de atar a Alemania económicamente mediante el euro y política y militarmente mediante la creación de una PESC europea (ver de Pierre Béhar, *"Entre Paris et Berlin, une alliance de raison"*, Le Monde Diplomatique, abril 2004), lo último explicable, quizá, por el deseo de Francia de impedir que otros puedan utilizar Alemania contra ella…

Lo cierto es que, sin embargo, se cocía desde hacía tiempo algo que indicaba que los francos estaban camino de otra onda. No es necesario remontarse a las tentaciones de Napoleón de reconstruir el "espacio núcleo franco" (tal y como lo define históricamente Jordis Von Lohausen en *"Les Empires et la puissance: La géopolitique aujourd´hui"*, Paris: Le Labyrinthe, 1985, p. 107) o, a la afirmación, a modo de eco, de Ludwing Börne, de que "es en la ribera del Elba como se defiende sólidamente la columna de la libertad francesa"; o al facilitamiento de la unidad alemana por Napoleón III, o al desesperado intento de Gabriel Hanotaux, ministro de Asuntos Exteriores francés entre 1896 y 1898, de acabar con el contencioso de Alsacia y Lorena; o lo intentos, antes de la llegada de Hitler al poder, de interrelacionar tan en profundidad las economías francas que ello hiciera ineluctable, tarde o temprano, el camino hacia la unión, mientras Louis Reynaud escribía que las civilizaciones francesa y alemana eran una mutua prolongación (ver su *Histoire générale de l´influence française en Allemagne*, Paris 1914, p. 489); y si muchos alrededor de 1940 pedirán un "protectorado alemán sobre Francia, esa no fue la idea que animó a Hitler a proponer en 1942 a Pétain la unión de los dos países "para lo mejor y lo peor", adelantándose así al acuerdo secreto de 1957 entre los ministros de Defensa alemán y francés (F. J. Strauss y J. Chaban Delmas) sobre la construcción conjunta de una bomba nuclear franco-alemana. De Gaulle paró esa iniciativa, que consideraba prematura, pero pasó a firmar el Tratado del Elíseo de 1963, que el General intentó hacer cumplir, que fue torpeado por los USA y los democristianos alemanes y franceses, y que también preveía la fusión entre ambos países.

Claro que yo estoy resaltando más una tendencia que otra, pero lo que parece hoy es que la predominante absoluta es hacia esa "República del Rhin" a tenor de declaraciones de personalidades franco-alemanas de peso… ¿Es quizá lo más fuerte de esa relación el romántico planteamiento de Henri de Grossouvre (en *Paris, Berlin, Moscou, Lausanne: l´áge d´homme*, 2002, p. 61 y ss) según el cual "la historia de Francia y al de los alemanes y de los rusos. Una parte de nuestra historia es común, el imperio de Carlomagno. Migraciones recíprocas han influido duramente sobre nuestros dos países. Nuestro reino fue fundado por los francos, a los que debemos hasta el nombre… Todas las regiones y países que se hallan entre Alemania y Francia, zona correspondiente a la antigua Lotaringia, tienen una cultura doble, francesa y germánica, y aún hoy son bilingües…". ¿O quizá este otro punto de vista, explicado por Béhar?: "Cuanto más se amplía la UE, menos disponen Francia y Alemania, por sí solas, de medios para influir sobre el conjunto… Pero ni la Gran Bretaña –que sólo entró en la construcción europea para impedir que se hiciera contra ella y con el propósito de limitarla a una mera zona de librecambio-, ni la inestable Italia, ni España, cuyo peso económico y estratégico es aún insuficiente, pueden ofrecer a Francia o a Alemania una alianza de recambio. A lo que hay que añadir el hecho de que los dos países constituyen una continuidad espacial de más de 140 millones de habitantes…

En todo caso la evolución de las mentalidades, ligadas a necesidades geopolíticas y geoestratégicas, que acercan Alemania a Europa y Europa a Francia…. reforzarán esta alianza de razón". Un *Frankenreich*, reino de los francos (diferente del *Frankreich*, Imperio franco; y de la *Deutschland*, tierra de los alemanes) en torno al "plátano azul" (es decir, la concentración industrial más importante del mundo, alrededor del eje Rhin-Ródano-Po con ramificación hacia Bohemia), que combina un posicionamiento geoestratégico excepcional, los mayores ejércitos convencionales de Europa occidental y central, la única capacidad nuclear realmente independiente en el seno del

antiguo "mundo libre", y una cada vez más marcado sentido de que una cosa son los intereses de Europa, y otra los de los USA, e incluso de los anglosajones. Para Washington, "una pesadilla americana…".

Si a esto se añade la posibilidad de prolongar el eje hasta Moscú, la pesadilla se transformaría en catástrofe histórica. Explicó Putin el 25 de septiembre de 2001 en el Bundestag que "Europa no puede, a plazo, a reforzar su reputación de poderoso e independiente centro de la política mundial si no une sus medios con los hombres, el territorio y los recursos naturales rusos, y con el potencial económico, cultural y de defensa de Rusia". Y es que a lo ya señalado en este artículo hay que añadir que "Rusia es el socio energético ideal para Europa. Es importante para Europa no depender exclusivamente del petróleo y del gas de Oriente medio, zona políticamente inestable y controlada por los norteamericanos… Rusia posee las mayores reservas mundiales de gas e importantes reservas petrolíferas no explotadas, a la vez que desea aumentar sus exportaciones de electricidad hacia Europa. También ha desarrollado una industria nuclear y al estar en el mismo continente, son más fáciles de establecer infraestructuras para el transporte de energía" (H. de Grosseouvre, op. cit. P. 51).

Y precisamente porque el potencial de Francia, Alemania y Rusia unido (y más con España) es inmenso en los ámbitos de los energético pero también de lo científico, de lo económico y de lo militar, es por lo que dicho eje es necesario para reequilibrar las relaciones entre Europa y USA, corregir no pocos efectos perversos de la mundialización liberal, y lograr una Europa segura e independiente en un mundo multipolar. Ya lo dijo De Gaulle desde 1949: "Y yo digo que hay que hacer Europa sobre la base de un acuerdo entre franceses y alemanes… Una vez constituida Europa sobre esas bases entonces podremos mirar hacia Rusia. E intentar, de una vez por todas, hacer una Europa entera con Rusia… Es el programa de los europeos de verdad. Y el mío".

LA GRAN GUERRA DE LOS CONTINENTES. GEOPOLÍTICA Y FUERZAS OCULTAS DE LA HISTORIA

Alexander Dughin

Las bases de la geopolítica

Recordemos los principales postulados de la geopolítica, ciencia que antes también recibía el nombre de "geografía política", y cuyo desarrollo se debe principalmente a los méritos del científico y político inglés sir Halford McKinder (1861-1947). El propio término "geopolítica" fue utilizado por vez primera por el sueco Rudolf Kjellen (1864-1922) y más tarde extendido en Europa por el alemán Karl Hausofer (1869-1946).

En cualquier caso, McKinder sigue siendo el "padre de la geopolítica", cuyo modelo básico
siguió como punto de partida para todas las demás investigaciones en este campo. El mérito de McKinder consiste en que supo delimitar y comprender determinadas leyes objetivas de la historia política, geográfica y económica de la humanidad. Si bien el término "geopolítica" es de aparición relativamente reciente, la realidad a la que se refiere tiene una historia milenaria.

La esencia de la doctrina geopolítica podría reducirse a los siguientes principios. Dentro de la historia planetaria existen dos visiones enfrentadas y competidoras sobe la colonización de la superficie de la Tierra: el enfoque "terrestre" y el enfoque "marítimo". La elección de uno de ellos depende de la orientación ("terrestre" o "marítima") que siguen unos u otros estados, pueblos o naciones. Su conciencia histórica, su política interior u exterior, su psicología, su visión del mundo se forma siguiendo unas reglas determinadas. Teniendo en cuenta dicha particularidad, se puede hablar

perfectamente de una visión del mundo "terrestre", "continental" o incluso "esteparia" (la "estepa" es "tierra" en su estado puro ideal) y de una visión del mundo "marítima", "insular", "oceánica" o "acuática". Señalemos de paso que los primeros indicios de semejante enfoque los encontramos en las obras de los eslavófilos rusos Jomiakov y Kireévski.

Dentro de la Historia Antigua, Fenicia y Cartago, fundado por la primera, desempeñaron el papel de la potencia marítima, convirtiéndose en el símbolo de la civilización marítima por excelencia. Roma desempeñaba el papel del Imperio terrestre, opuesto a Cartago. Las Guerras Púnicas son el ejemplo más claro de la oposición entre la civilización marítima y la civilización terrestre. Dentro de la Historia Moderna y Contemporánea, Inglaterra, "Reina de los Mares", se convirtió en el polo "insular" y "marítimo", y más tarde lo fue la gigantesca islacontinente América. Al igual que la antigua Fenicia, Inglaterra utilizaba el comercio marítimo y la colonización de las regiones costeras como arma de su dominio. El tipo geopolítico fenicioanglosajón dio lugar al específico modelo de civilización comercial□capitalista de mercado, basado en primer lugar en los intereses económicos y materiales y en los principios del liberalismo económico. Es por ello que, a pesar de las múltiples variantes históricas, el tipo más genérico de la civilización marítima siempre está relacionado con la primacía de la economía sobre la política.

A diferencia del modelo fenicio, Roma representaba el ejemplo de la estructura guerrero□autoritaria, basada en el control administrativo y la religiosidad civil, en la primacía de la política sobre la economía. Roma nos ofrece el ejemplo de la colonización no marítima, sino terrestre, puramente continental, acompañada de la penetración profunda dentro del continente y la asimilación de los pueblos conquistados, que una vez sometidos automáticamente se convierten en "romanos". Dentro de la Historia Moderna, la potencia terrestre fue encarnada por el Imperio Ruso, y también por las centroeuropeas e imperiales Austria□Hungría y Alemania. Rusia, Alemania y Austria□Hungría fueron símbolos de "tierra geopolítica" durante el periodo de la Historia Moderna.

McKinder demostró con claridad que durante los últimos siglos la orientación marítima significa el "atlantismo", debido a que actualmente las potencias "marítimas" por excelencia son Inglaterra y Norteamérica, es decir, los países anglosajones. Al atlantismo, que encarna la primacía del individualismo, del liberalismo económico y de la democracia de tipo protestante, se opone el "eurasismo", que necesariamente conlleva la jerarquía y el predominio de los principios comunitarios nacionalestatales sobre los intereses puramente humanos, individualistas y económicos. Rusia y Alemania, dos poderosísimas potencias continentales, son las que en primer lugar poseen una orientación marcadamente eurasiática. Sus intereses geopolíticos, económicos y, lo que es más importante, ideológicos se oponen por completo a los intereses de Inglaterra y EEUU, es decir, a los intereses de los atlantistas.

La conspiración de los atlantistas

Siendo inglés y atlantista, McKinder indicó el peligro de la consolidación eurasiática, instando desde finales del XIX al gobierno inglés a realizar todos los esfuerzos posibles para impedir una alianza eurasiática y sobre todo la alianza Rusia□ Alemania□Japón (McKinder veía en Japón una potencia de ideología esencialmente continental y eurasiática). A partir de McKinder se puede hablar ya de la ideología claramente formulada y detalladamente descrita del atlantismo consciente y absolutizado, cuya doctrina se convierte en el fundamento de la estrategia geopolítica anglosajona del siglo XX.

Partiendo d este hecho, podemos calificar la esencia de la labor de los agentes, del espionaje militar, del lobbismo político orientados hacia Inglaterra y los EEUU como la ideología atlantista, como la ideología de la "Nueva Cartago", común para todos los "agentes de influencia", para

todas las organizaciones secretas y ocultistas, para todas las logias y clubs semi‑reservados que servían y siguen sirviendo a la idea anglosajona en el siglo XX, penetrando con su red todas las potencias continentales eurasiáticas. Ello, naturalmente, se refiere, en primer lugar, a los servicios secretos inglés y americano (sobre todo a la CIA), que no son simplemente los guardianes del atlantismo, unidos por la profunda y milenaria superideología de tipo "oceánico". El conjunto de todas las redes de agentes de influencia anglosajones puede calificarse como los "integrantes de la conspiración atlantista", que defienden no solamente los intereses de un país determinado, sino los de una específica doctrina geopolítica (y a la postre metafísica), que representa una visión del mundo extremadamente polifacética, variada y amplia, pero esencialmente unitaria.



De modo que, sintetizando las ideas de McKinder, podemos decir que existe la conspiración histórica de los atlantistas, que siglo a siglo persigue los mismos fines geopolíticos, orientados hacia los intereses de la civilización marítima de tipo neofenicio. Es importante destacar además que tanto los de "izquierda" como los de "derecha", los "ateos" como los "creyentes", los "patriotas" como los "cosmopolitas" pueden ser atlantistas, porque la visión geopolítica del mundo está más allá de cualquier diferencia particular y política. Por lo tanto, estamos ante la más auténtica conspiración oculta, cuyo sentido y significado metafísico a menudo ignoran sus propios protagonistas directos e incluso sus figuras clave.

La conspiración de los eurasiáticos

Las ideas de McKinder, que dejaron al descubierto determinadas constantes históricas y políticas que muchos ya adivinaban o presentían, también abrieron el camino para una clara formulación de la doctrina eurasiática opuesta al atlantismo.

Los primeros principios de la doctrina geopolítica eurasiática fueron obra de los rusos blancos emigrados en Europa Occidental, que se dieron a sí mismos el nombre de "eurasiáticos" (el gran duque N. Trubetskoi, Savitski, Florovski, etc.) y, sobre todo, por el célebre geopolítico alemán Karl Haushofer. El hecho de que los primeros eurasiáticos rusos tuviesen contactos con Haushofer en la ciudad de Praga nos permite suponer que los geopolíticos rusos y alemanes desarrollaban temas parecidos en el mismo tiempo. Ellos insistían en la necesidad de la alianza geopolítica eurasiática y en el eje Alemania-Rusia-Japón como contrapartida a la política atlantista que pretendía enfrentar a cualquier precio Rusia a Alemania y Japón.

Los eurasiáticos rusos y el grupo de Haushofer desarrollaron determinados principios de la visión continental del mundo, eurasiática, alternativa a las ideas atlantistas de McKinder. Se puede decir que ellos fueron los primeros en expresar aquello que estaba detrás de toda la historia política de Europa en el último milenio, rastreando el camino seguido por la idea imperial romana, que desde la antigua Roma pasó a Rusia a través de Bizancio y a través del Sacro Imperio Romano-Germánico a Austria-Hungría y Alemania. Los eurasiáticos rusos analizaron profundamente la misión imperial y altamente "terrestre" de Gengis-Khan y de los mongoles, destacando el papel continental de los pueblos turcos. A su vez, el grupo de Haushofer estudiaba al Japón y la misión continental de los estados del

Lejano Oriente dentro de las perspectivas de una futura alianza geopolítica.

De esta forma, y como respuesta al sincero reconocimiento de McKinder, que reveló los secretos de la estrategia atlantista planetaria, cuyas raíces se esconden en la profundidad de los siglos, los eurasiáticos rusos y alemanes descubrieron en los años 20 la lógica de la estrategia continental alternativa, el secreto de la idea imperial terrestre, el relevo de Roma, que invisiblemente inspiraba la política de las potencias que poseían una visión del mundo idealista y jerárquica, comunitaria y heroica, desde el Imperio de Carlomagno hasta la Santa Alianza.

La idea eurasiática es igual de global que la atlantista, y también tuvo múltiples "agentes secretos" en todos los países y naciones. Todos aquellos que trabajaron incansablemente para la alianza eurasiática, que a lo largo de los siglos impidieron la propagación en el continente de las ideas individualistas, igualitarias y liberales (que en su conjunto reproducen el espíritu típico fenicio de la supremacía de la economía sobre la política), todos aquellos que intentaron unir a los grandes pueblos eurasiáticos, todos ellos fueron los "agentes eurasiáticos", portadores de la doctrina geopolítica específica de los "combatientes del continente", los "soldados de la tierra".

La sociedad secreta eurasiática, la orden de los eurasiáticos no comienza ni mucho menos con el manifiesto "Éxodo hacia Oriente" ni con la "Revista de Geopolítica" de Karl Haushofer. En este caso se trataba más bien de la exteriorización y salida a la superficie de determinados conocimientos que existían desde tiempos inmemoriales junto con sus correspondientes "agentes de influencia", lo mismo que en el caso de McKinder, cuya pertenencia a misteriosas sociedades secretas está más que probada históricamente.

La orden de Eurasia contra la orden del Atlántico (Atlántida). La Roma eterna contra el eterno Cartago, la Guerra Púnica inmemorial, la conspiración planetaria de la Tierra contra el Mar, de la jerarquía y el idealismo contra el igualitarismo y la materia.

¿Acaso las innumerables paradojas, contradicciones, omisiones y virajes de nuestra historia no son más comprensibles, más lógicas y razonables, si las observamos desde la perspectiva del oculto dualismo geopolítico? ¿Acaso no sería un gesto noble y agradecido reconocer a todos los soldados caídos en los campos de batalla del siglo XX como héroes de la gran guerra de los continentes, y no como obedientes marionetas de los cambiantes regímenes políticos, inestables y pasajeros, causales y perecederos, absurdos hasta tal punto que morir por ellos puede parecer estúpido y empequeñecedor? Pero la cosa cambia si pensamos que los héroes caídos servían a la Gran Tierra o al Gran Océano, más allá de la demagogia política y de la propaganda histérica de las ideologías de usar y tirar, si pensamos que, ante los ojos de la milenaria historia del planeta, ellos combatían por el gran objetivo metafísico.

¿"Sangre y Suelo" o "Sangre o Suelo"?

El célebre filósofo, pensador religioso y publicista ruso Konstantín Leontiev anunció una máxima muy importante: "Existen los eslavos, pero no el eslavismo". Una de sus conclusiones geopolíticas fundamentales fue la oposición entre la idea del "paneslavismo" y la idea "asiática". Si analizamos atentamente esta oposición, descubriremos el criterio tipológico general que nos permitirá comprender mejor la estructura y la lógica de la guerra geopolítica oculta de la orden de Eurasia contra la orden del Atlántico.

A pesar de la ecléctica mezcolanza de términos en la doctrina de "Sangre y Suelo" del campesinado nacionalista, del doctor Walter Darré, a nivel de la guerra oculta de las fuerzas geopolíticas en el mundo actual, este problema se formula de otra forma, más exactamente como "sangre o suelo". En otras palabras, los proyectos tradicionalistas de conservación de la identidad propia del pueblo, Estado o nación siempre se encuentran ante el dilema: elegir como criterio dominante la "unidad de la nación,

raza o etnia, la unidad de la sangre" o la "unidad del espacio geográfico, la unidad de las fronteras". Lo más dramático es además la necesidad de elegir o lo primero o lo segundo, porque cualquier hipotético "y" seguirá siendo tan solo una consigna utópica, que no resuelve el problema sino que oscurece su significado. Konstantín Leontiev, tradicionalista y rusófilo radical por sus convicciones, planteó dicha cuestión con la máxima claridad: "los rusos, o deben insistir en la unidad de los eslavos, en el eslavismo ("sangre"), o deben volverse hacia Oriente y concienciarse de la proximidad geográfica y cultural de los rusos con respecto a los pueblos orientales, relacionados con los territorios rusos ("suelo")".

En otros términos, este dilema podría plantearse como el reconocimiento de la supremacía o bien de la "raza" (nacionalismo) o bien de la "geopolítica" ("estabilidad", "cultura"). El propio Leontiev eligió el "suelo", el "territorio", la particularidad de la cultura imperial, religiosa y estatal rusa. Eligió el "orientalismo", el "bizantinismo". Semejante elección suponía la prioridad de los valores continentales eurasiáticos respecto a los valores estrictamente nacionales y raciales. La lógica de Leontiev llevaba de una manera natural a la necesidad de una alianza ruso-alemana y sobre todo ruso-austríaca, y al mantenimiento de la paz con Japón. Leontiev rechazaba categóricamente el "eslavismo" o "paneslavismo", por lo que provocó las iras de muchos eslavófilos tardíos, que defendían la postura de "sangre por encima del suelo". Leontiev no fue comprendido ni escuchado. La historia del siglo XX demostró la suprema importancia de los problemas por él planteados.

Paneslavismo versus eurasismo

La tesis de "sangre por encima del suelo" (que en el contexto ruso significaba "paneslavismo"), demostró su ambigüedad por vez primera durante la I Guerra Mundial, cuando Rusia, tras aliarse con los países de la Entente (Inglaterra, Francia, Estados Unidos), con la intención de liberar a los "hermanos eslavos" del poder de los turcos y los alemanes, combatió a sus aliados geopolíticos naturales, Alemania y Austria, y ella misma se convirtió en víctima de la catástrofe revolucionaria y de la guerra civil. El eslavismo de los rusos trabajó en la práctica a favor de los atlantistas, de la Entente, de la civilización neocartaginesa, del modelo anglosajón comercial, colonialista e individualista. No es de extrañar que entre los "patriotas eslavos" del séquito de Nicolás II la mayoría eran colaboradores de los servicios secretos británicos. Sería curioso recordar un episodio de la novela del patriota ruso-alemán Krasnov, "Del águila bicéfala a la bandera roja", donde en la Primera Guerra Mundial al protagonista, el coronel Sablin, le preguntan: "Díganos sinceramente quién cree que es nuestro auténtico enemigo", a lo que Sablin contesta sin tapujos: "Inglaterra", aunque este convencimiento no le impide combatir con honestidad y valor contra Alemania.

El héroe de la novela de Krasnov es el ejemplo ideal del patriota ruso-eurasiático, que representa la lógica del "suelo por encima de la sangre", lógica que caracterizó al conde Witte, al barón Ungern-Sternberg, a la misteriosa organización "Baltikum", compuesta por aristócratas rusos de origen alemán, que hasta el último momento intentaron influir en la figura del zar. Sorprende ver con qué valor y honestidad se comportaron los asiáticos durante el período de 1917, junto con los alemanes y otros "inorodsi" (súbditos) del Imperio ruso, que sirvieron con fe y entrega al zar y al imperio, que sirvieron a Eurasia, al "suelo", al "continente", en contraste con muchos "eslavos", que huyeron de Rusia en dirección a los países atlantistas, traicionado a su patria y a la idea de la Roma Eterna.

Racismo y atlantismo

En Alemania, la afirmación de la idea de la "sangre por encima del suelo" trajo no menos catastróficas consecuencias. A pesar de la opinión de los patriotas alemanes rusófilos o eurasistas, como Arthur Moeller Van den Bruck, Karl Haushofer, Ernst Niekisch, etc., que insistían en la superioridad de la idea del "espacio vital"

(hay que decir que en la teoría original de Haushofer del "espacio vital" no existía ningún indicio de expansionismo antieslavo, identificándose posteriormente dicho término con la eslavofobia de Hitler y otros ideólogos, que no todos, del III Reich), de los intereses continentales en su conjunto, de la idea del "Bloque Continental", al final triunfó en las esferas del poder del III Reich el lobby atlantista, que explotaba las tesis racistas y que, so pretexto de que los ingleses eran "arios" y formaban una etnia emparentada con los alemanes, procuraba fijar la atención de Hitler en el Este y detener (o aflojar) las acciones bélicas contra Inglaterra. En este caso, el "pangermanismo" (al igual que el "paneslavismo") sólo favorecía a los atlantistas. Es perfectamente lógico también que el almirante Canaris, espía inglés y traidor al Reich, fuera el principal enemigo de Rusia.

El dilema de "sangre o suelo" es importante en tanto que la elección de uno de esos términos permite reconocer al "agente de influencia" de una u otra ideología geopolítica, sobre todo cuando se trata del bando de los "de derechas" o "nacionalistas". La esencia de la conspiración geopolítica de los atlantistas (al igual que la de los eurasiáticos) consiste en el hecho de que abarca todo el espectro de las ideologías políticas, pero los "agentes de influencia" siempre dejan su huella específica. En el caso de la "derecha", la característica del atlantismo potencial está representada por la idea de la "sangre por encima del suelo", que además permite desviar la atención hacia criterios secundarios.

¿Quién espía a quién?

Como ejemplo de la influencia de la ideología geopolítica oculta sobre la "izquierda" podríamos mencionar a los nacional-bolcheviques eurasiáticos de Alemania (Ernst Niekisch, Ernst Jünger, Karl Otto-Paetel, Schulzen-Boysen, etc.). Sin duda, también había nacional-bolcheviques entre los rusos, y no deja de ser curioso que durante su exilio, el propio Lenin buscaba acercamiento justamente con los políticos y financieros alemanes, y muchas de sus tesis eran claramente germanófilas. No queremos siquiera insinuar que Lenin tuviese algo que ver con la orden eurasiática, pero es indudable que sufrió su influencia en mayor o menor medida. En cualquier caso, la oposición "Lenin, espía alemán; Trotsky, espía americano" se corresponde con cierto esquema tipológico. A nivel puramente geopolítico, el gobierno de Lenin tuvo un carácter eurasiático y a expensas de la doctrina marxista mantuvo unidos los inmensos territorios del Imperio ruso. Trotsky, en cambio, insistía en la necesidad de la exportación de la revolución, en su "mundialización", y veía a la Unión Soviética como algo transitorio y efímero, una cabeza de puente para la expansión ideológica, que debía desaparecer tras la victoria planetaria del "comunismo mesiánico".

El propio "internacionalismo" leninista se materializó más bien en una misión "imperial" eurasiática, aunque evidentemente tal principio fue deformado y pervertido por la influencia de varios aspectos de la ideología comunista y, sobre todo, por la actuación de los "agentes de influencia" del atlantismo que actuaban desde el interior de la dirección comunista.

Sumando todas estas consideraciones, se puede decir que para los representantes de la orden eurasiática en Rusia, el rasgo distintivo siempre fue la casi obligatoria germanofilia, o cuando menos anglofobia. Y viceversa, en Alemania los eurasiáticos tenían la "obligación" de ser rusófilos. En cierta ocasión Moeller Van den Bruck hizo una observación muy acertada: "Los conservadores franceses siempre se inspiraron en el ejemplo de Alemania, los conservadores alemanes en el ejemplo de Rusia". Aquí se descubre toda la lógica del trasfondo geopolítico, de la lucha oculta secular, de la Gran Guerra de los Continentes.

¿Ha dicho usted G.R.U., Sr. Parvulesco?

El único de los conspirólogos occidentales que siempre subraya el carácter geopolítico de la conspiración mundial (mejor dicho, de las dos conspiraciones geopolíticas mundiales) es el escritor, poeta y metafísico francés Jean Parvulesco. A lo largo de su

dilatada y muy agitada vida, Parvulesco conoció a muchos destacados personajes de la historia europea y mundial, incluidos infinitud de masones, agentes secretos, ideólogos, políticos y artistas (mantenía amistad con Ezra Pound, Julius Evola, Arno Breker, Otto Skorzeny, Raimond Abellio, etc.). Después de conocer el carácter de nuestras investigaciones sobre conspirologia, el señor Parvulesco puso a nuestra disposición ciertos documentos semisecretos que nos permitieron averiguar detalles importantes de la conspiración geopolítica mundial. Especial interés resultan ciertos documentos sobre las actividades de las organizaciones secretas en Rusia.

El 24 de febrero de 1989, en Lausana, y ante los miembros del más que misterioso "Instituto Atlantis de Investigaciones Metaestratégicas", Parvulesco presentó un informe titulado "La Galaxia del GRU: La misión secreta de Mijail Gorbachov, la URSS y el futuro de Eurasia". Allí se analizaba el papel oculto de los servicios de inteligencia militar soviética (G.R.U.) y su implicación en la conspiración eurasiática. Parvulesco se basaba sobre todo en las revelaciones del agente de contraespionaje francés y director del Centro Europeo de Información, Pierre de Villamaestre.

El GRU contra la KGB

El modelo conspirológico de Villamaestre es el siguiente: "La KGB es una extensión del partido, el GRU es una extensión del ejército. La KGB defiende al partido, el GRU defiende al Estado. La KGB defiende el patriotismo al servicio del comunismo, el GRU defiende el comunismo al servicio del patriotismo". Basándose en esta oposición entre el ejército y el partido de la URSS, Villamaestre construye una historia argumentada del GRU desde la Revolución de Octubre hasta la Perestroika. ¿De qué modo están relacionados los dos servicios secretos rivales con la conspiración geopolítica planetaria?

Según Parvulesco, la idea eurasiática fue activa en Rusia sobre todo a principios del siglo XX. Sus representantes fueron el médico Badmáev, de Petrogrado, y el barón Ungern-Stenberg, ciertos consejeros suecos de Rasputín que le enviaban telegramas firmados con el pseudónimo de "Verde" y toda una serie de personajes menos conocidos. Cabe también destacar el papel del mariscal Mijail Tujachevski, según Parvulesco miembro de la misteriosa orden de "Los Polares" entre 1916 y 1918 a la cual, también según Parvulesco, pertenecían durante la misma época Charles De Gaulle, Von Ludendorff y el obispo Eugenio Paceli, futuro papa Pío XII.

Precisamente fue este grupo de místicos rusos blancos quienes pasaron el relevo al régimen bolchevique, agrupándose alrededor del ejército, donde los antiguos oficiales zaristas encontraron lugar, con la intención de cambiar la orientación primaria nihilista de los primeros bolcheviques y crear una gran potencia continental.



Este fue el tránsito de los eurasiáticos rusos antes y después de la Revolución de Octubre. La misma creación del Ejército Rojo sería obra de los eurasiáticos, y sería curioso recordar que 27 días después de la creación del Estado Mayor del Ejército Rojo, en el frente oriental (el 18 de marzo de 1918), la plana del Estado mayor fue atacada por sorpresa por una brigada de la Cheka, matando a todos sus integrantes. Así se desató en los primeros días del poder soviético una guerra cruel entre los "eurasiáticos rojos" del Ejército y la "Comisión Extraordinaria", la Ch.K., dirigida por el antiguo anarquista Dzerzinski, guerra interior que no se detuvo nunca. Para

combatir a la Cheka, los eurasiáticos crearon la División Especial del Ejército Rojo 44388, el GRU, dirigido por Semion Ivanovich Aralov, antiguo oficial zarista. Los miembros del GRU gozaron de una inmunidad casi mística en todas las "purgas" rigurosísimas que se sucedieron.

Explosiones y eclipses en el sol de Eurasia

Precisamente fue Aralov quien impuso los principios eurasiáticos de esta organización militar secreta, agrupando a su alrededor a todos los eurasiáticos que se pasaron a los rojos con intenciones metapolíticas. Aralov publicó en 1960 un libro titulado "Lenin estaba al lado", sobre la historia de la guardia personal de Lenin, donde narra que ésta pertenecía en su mayoría a la orientación geopolítica atlantista, mientras que Lenin mismo se inclinaba por el eurasismo. Precisamente fueron los más "cercanos compañeros" de Lenin, y no el "ambicioso Stalin", quienes le apartaron de la dirección del País. El final del gobierno de Lenin marcó el paso del poder a los atlantistas, observándose inmediatamente una mejora de las relaciones con las naciones anglosajonas y en primer lugar con los EEUU.

En esos tiempos el atlantista y chekista Berzin tomó el control del GRU, introduciendo en el grupo especial importantes cuadros de la Komitern y de los "fanáticos comunistas" (es decir, atlantistas). Pero las estructuras creadas por Aralov resistieron la presión, y muchos militares de gran poder apoyaron a sus protegidos contra la Cheka primero y luego contra el NKVD (más tarde KGB).

Un detalle: todos los dirigentes del GRU que sucedieron a Aralov antes de la Guerra Patriótica (la II Guerra Mundial), provenientes de la Cheka, fueron fusilados al término de la misma: Stigga, Nikonov, Berzin, Unschlicht, Uritzskin, Ezhov y Proskurov, que, aunque trabajaban para la orientación eurasiática, jamás lograron penetrar en las estructuras del GRU ni alteraron su orientación continental.

La destitución de Berzin en 1934 marcó una ruptura en la guerra oculta tras los bastidores del poder soviético, y la llegada de Hitler al poder reforzó asombrosamente las posiciones del "lobby continental". En 1934 el GRU comenzó a preparar al alianza estratégica con la Alemania del III Reich, que culminaría con el pacto Molotov-Ribbentrop. Stalin se mostró siempre partidario de la orientación eurasiática, pensando que las tendencias antiatlantistas del nacional-socialismo desviarían la atención de las potencias anglosajonas y que en esta situación él podría aniquilar al poderoso lobby atlantista soviético. Así comenzó la purga de la "Guardia de Lenin". Todos los procesos de Stalin que a primera vista pudieran parecer absurdos estaban en realidad fundamentados a nivel geopolítico. Todas las conspiraciones de "derechas" y de "izquierdas" eran reales, aunque Stalin nunca se atrevió a llamar por su nombre al lobby atlantista, temiendo una reacción por sorpresa. Capa a capa Stalin eliminó a los agentes de influencia de la "Nueva Cartago", pero la reacción también fue inevitable, cumplida sobre todo en la eliminación del mariscal Tujachevski.

Eurasiáticos blancos y eurasiáticos rojos

Según Parvulesco, tras la revolución, los eurasiáticos se refugiaron en el Ejército Rojo, y en concreto en su departamento más secreto, el GRU. Esto se refería a los eurasiáticos rojos. Los eurasiáticos blancos, en Europa, se unieron en masa a los nacional-socialistas alemanes, en las secciones extranjeras de las SS y, sobre todo, en la SD, cuyo jefe Heydrich, eurasista convencido, fue asesinado en una conspiración orquestada por el almirante Canaris. Más allá de la división entre "rojos" y "blancos", existía otra división entre la orientación atlantista y la eurasiática.

En la Rusia roja los atlantistas se agrupaban en torno a la Cheka, aunque el primer atlantista en ocupar el cargo de Secretario General de la URSS fue Nikita Kruchov. En el seno de los exiliados, la proporción de atlantistas no era menor que en la propia URSS. Además de espías ingleses confesos, como Kerenski y casi todos los

socialdemócratas, los atlantistas también estaban instalados en la propia extrema derecha, como entre Berdiáev. Casi todos los emigrados que por una u otra vía acabaron en los EEUU se situaban en esta orientación geopolítica.

A principios de los años 30 la red de agentes del GRU en Europa penetraba profundamente en las estructuras estatales de Francia y Alemania, siendo a la vez paralela la propia estructura creada por la NKVD y más tarde por la KGB. En Alemania, el GRU se puso en contacto con un tal Walter Nicolai, gracias al cual contactaron a su vez con Martin Bormann y los jerarcas de las SS y la SD. No es casual que según el MI5 (servicio secreto británico) y la CIA, Bormann se refugió tras la guerra en la URSS, donde alcanzó altos grados con nombre supuesto. Del paso de Walter Nicolai al campo de la URSS, en mayo de 1945, tenemos constancia oficial. Allí alcanzó altos cargos precisamente dentro del GRU.

El Pacto Molotov-Ribbentrop y la posterior revancha de los atlantistas

Refiriéndose a Martin Bormann, amigo de Ribbentrop y de Nicolai, Jean Parvulesco revela un hecho característico que deja entrever los secretos de la guerra oculta geopolítica. Arno Breker, el célebre escultor alemán, que conocía muy bien a Bormann, relató a Parvulesco la extraña visita que le hizo el jerarca nazi en Jakelsbruch, el 22 de junio de 1941, el mismo día del ataque de la Alemania hitleriana a la URSS. Bormann se presentó sin avisar, en estado de shock, abandonando su puesto en la Cancillería del Reich. Repetía una y otra vez esta frase: "Todo ha terminado… Todo está perdido… La nada ha vencido al ser… Todo ha terminado…" Cuando Breker le preguntó qué quería decir, Bormann lo miró fijo sin contestar. Luego, ya en la puerta de salida, se volvió e hizo un gesto de querer decir algo, pero cambió de opinión y salió pegando un portazo.

Era el fracaso estrepitoso de muchos años de esfuerzos en la red de agentes eurasistas, en tanto que para los atlantistas era la fecha de una gran victoria sin precedentes: la guerra entre dos poderosísimas potencias eurasiáticas suponía el triunfo de las tesis atlantistas, independientemente del resultado de la guerra.

Los agentes eurasistas hicieron todo lo posible por evitar el conflicto. Los preliminares de la firma del pacto Molotov-Ribbentrop, ambos eurasistas convencidos, se llevaron a cabo activamente por ambos bandos durante varios años, desde que en 1934 Stalin dio la orden a Berzin de cesar toda actividad contra Alemania, orden que Berzin no pudo negarse a cumplir.

En un informe secreto presentado en 1937, Himmler y Heydrich convencieron al Comité Central del NSDAP que la Komitern se había comprometido a castigar duramente las actividades subversivas en Alemania. Hasta el último momento, los eurasistas del Ejército Rojo: Veroshilov, Timoshenko, Zukhov. Golikov, etc., se negaron a aceptar la posibilidad de la guerra, pues conocían la influencia del lobby eurasista (y por lo tanto rusófilo) en el III Reich. La propaganda NS antieslava les parecía tan burda como las declaraciones internacionalistas de la Komitern. El General Golikov, de quien Stalin conocía su origen noble, cuando tuvo la noticia de la invasión, se levantó gritando: "¡Es una provocación inglesa, investigadlo!" Todavía no sabía lo que había provocado un shock en Bormann, que "la nada ha vencido al ser".

Después de la victoria

El ataque de Hitler contra la URSS supuso una gran catástrofe eurasiática. Tras la guerra fratricida de dos pueblos emparentados, cercanos geopolítica, espiritual y metafísicamente, de dos regímenes orientados antiatlánticamente, la victoria de la URSS equivalía en realidad a la derrota estratégica, ya que toda la experiencia histórica demuestra que Alemania nunca se ha conformado con la derrota, lo cual significa que el vencedor con el mismo hecho de su victoria ata el nudo del nuevo conflicto venidero, sembrando las raíces de una nueva guerra.

Además, Yalta obligó a Stalin a solidarizarse con los aliados, con las potencias más encarnizadamente enemigas de Eurasia. Stalin, que había estudiado muy bien las leyes de la geopolítica, y que ya se decidió por Eurasia, concibió su nuevo proyecto geopolítico: el Pacto de Varsovia, surgiendo inmediatamente los choques con los atlantistas. Stalin ocultó sus intenciones hasta 1948, dando incluso su consentimiento a la fundación del Estado de Israel, una acción fundamental en la estrategia inglesa y americana para mantener su influencia en Oriente Próximo. Pero una vez que aprovechó el reforzamiento del ejército con los generales Vasilievski y Stiomenko, Stalin regresó a la ortodoxia geopolítica eurasista, emprendió las más duras purgas antiatlantistas dentro de la URSS y maldijo a Israel como un ente creado por "espías anglosajones".

Extrañamente, la muerte de Stalin coincidió con el momento más tenso de sus planes eurasistas, la alianza entre la URSS y China, lo cual pudo haber cambiado de raíz toda la lógica de la división planetaria, la revancha de Eurasia. La versión del asesinato de Stalin a manos de Beria, jefe de la KGB y enemigo jurado del GRU y de los eurasistas, puede parecer verídica a esta luz. En 1953, 8 años después de la pseudovictoria, sólo quedaba un paso para la verdadera victoria. Pero el mundo contempló entonces la caída del Titán.

La misión "polar" del general Stiomenko

Según Jean Parvulesco, a partir de la segunda mitad de los años 40, el general Serguei Matveevich Stiomenko (1907-1976) se convirtió en la figura clave del lobby eurasista dentro de la URSS. Sus altos protectores fueron el mariscal Zhukov y el general Poskrebishev (el más "germanófilo" de los cercanos a Stalin). En los años 60, el general Stiomenko fue nombrado comandante en jefe de las tropas del Pacto de Varsovia, a la vez que jefe del Estado Mayor del Ejército Rojo de la URSS, y a la vez a su vez que jefe supremo inmediato del GRU. Estando Stiomenko al mando del GRU, se reconstruyeron todas las estructuras eurasistas desestabilizadas por Berzin.

Pierre de Villemaestre define a Stiomenko como el primer geopolítico destacado de la URSS: "…Pertenecía a esa especial casta de oficiales soviéticos que aunque eran soviéticos eran rusos. Para esta casta la URSS era un imperio con voluntad de extenderse al continente eurasiático, desde Brest hasta Vladivostok". Los planes estratégicos de Stiomenko comprendían la penetración pacífica económico- cultural en Afganistán, la entrada de las tropas soviéticas en las capitales árabes (Beirut, Damasco, El Cairo y Argel). Ya en 1948 Stiomenko insistía en el fundamental papel geopolítico del Afganistán, que permitiría a la URSS acceder a los mares cálidos del Océano Índico. Stiomenko creó alrededor de Stalin un poderosísimo grupo de presión eurasista, que a pesar de todos los intentos de Beria no fue destruida ni siquiera tras la muerte de Stalin, aunque sin duda desde 1953 hasta 1965 los eurasistas tuvieron que mantenerse a la defensiva. Como un mal menor, desde 1953 hasta 1986 el GRU también tuvo que soportar la presencia del agente atlantista de la Lubianka general Piotr Ivashutin, en su papel de jefe del GRU. Se trataba de un compromiso obligatorio.

El general Stiomenko, miembro de la logia de "Los Polares" es la figura clave para comprender la lógica secreta de la historia soviética desde Kruchov hasta la Perestroika.

Nikita Kruchov, agente de la Atlántida

Kruchov fue el primer protegido del lobby atlantista que llegó a dirigente unipersonal de la URSS. A pesar de sus diferencias con Beria, Kruchov se apoyaba precisamente en la KGB, y en un momento dado eligió la orientación contraria a Lenin y Stalin. Las actividades de Kruchov iban destinadas a la eliminación de los eurasistas en las estructuras de poder de la URSS. La llegada al poder de Kruchov fue también la llegada al poder de la KGB.

Una vez llegado al poder, Kruchov asestó golpe tras golpe a todos los niveles del lobby

patriótico-ruso y patriótico-continental. A partir de entonces, toda la atención estaría centrada en los países anglosajones, sobre todo en los EEUU. La consigna de "alcanzar y adelantar a Occidente" significaba precisamente una orientación hacia las potencias atlánticas y el reconocimiento de su superioridad socioeconómica. Sus tesis sobre la pronta llegada al poder del comunismo en Europa Occidental pretendían despertar de nuevo las tendencias "mesiánicas" comunistas internacionalistas, por entonces casi olvidadas. La propia Iglesia Ortodoxa sufrió una persecución nunca conocida en las eras de Lenin y Stalin.

Fue un "americanista" y "atlantista en todos los sentidos: desde el célebre maíz "transatlántico", que sustituyó todos los cultivos tradicionales hasta la doctrina militar, basada exclusivamente en los misiles intercontinentales. Nunca se interesó por el continente eurasiático, sino por América Latina, Cuba, etc. Entre el gabinete militar de Kruchov y los eurasistas de Stiomenko se produjo un conflicto abierto, pues Stiomenko insistía en que el concepto de "Guerra Nuclear Intercontinental" no era sino una diversión militar estratégica que debilitaba las fuerzas continentales reales, destruía la economía y creaba el peligro apocalíptico planetario. Tras la destitución de Kruchov, la revista "Estrella Roja", órgano del ejército, publicó: "La estrategia que por fin hemos rechazado es propia de una mente enferma".

A partir de Kruchov se realiza la definitiva separación de funciones internas: los "comunistas puros" y los agentes de la Lubianka se solidarizan con la estrategia de la guerra atómica intercontinental, en tanto que los agentes eurasistas y el GRU insisten en el armamento convencional y procuran la revancha a través de las investigaciones militares del cosmos. En 1958 Kruchov destituye al tremendamente popular general eurasista Zhukov. En 1959 pone a la cabeza del GRU a una de las figuras más indeseables de la historia soviética, el chekista sanguinario Ivan Serov, conocido por su apelativo de "Matarife". El general Mironov, otro atlantista, se convirtió en el responsable de los servicios administrativos del ejército. Sin embargo, las actividades de Kruchov se topan una y otra vez con los órganos ocultos de los eurasistas, que consideraban que cada día en el poder de Kruchov producía un daño irreparable en los niveles ideológico, estratégico y político. Precisamente, en la época de Kruchov, el predominio de la línea "totalitario-hegeliana" de la filosofía soviética (que supone la primacía de los factores supraindividuales "objetivos" sobre los individuales y "subjetivos"), deja paso al predominio de la línea "subjetivo-kantiana".

De la misma época data la rápida degeneración de la enseñanza y la aparición de toda esa pléyade de académicos "kruchovianos" arrogantes y diletantes sin preparación alguna (como el superprotegido A. N. Iakovlev, que reconoció haber criticado a Marcuse sin siquiera haberlo leído), terminando con toda la tradición científica del estalinismo, muy exigente y muy cualificada. Comenzó el cáncer de la "intelligentzia" desarraigada y cosmopolita, orientada hacia el atlantismo, alimentada por la KGB. El ideal del Occidente comienza a difundirse como tema "prohibido" pero "atractivo".

La convergencia de los servicios secretos y la misión "polar" del GRU

La CIA, como instrumento del atlantismo americano, tipológicamente pertenece a la misma categoría conspiratoria que la KGB. Detrás de los orígenes de esta organización se encontraban las más destacadas figuras de la masonería norteamericana (que, no lo olvidemos, es "irregular" para la masonería europea, es decir, herética y sectaria, aunque parece que en los EEUU no existe nada en los campos de la religión y la metafísica que no sea herético y sectario). La CIA, igual que la KGB nunca se mostró indiferente en los campos más burdos de la magia y la parapsicología, mostrando ambas una misma esencia sádico-sanguinaria. La CIA, al principio con la ayuda de los servicios británicos, infestó toda Europa con una red de espías nunca antes vista, que influían en todos los aspectos de la vida política y cotidiana en clave atlantista.

¿EUROPA, EUROSIBERIA, EURASIA?

Ernesto Milá

Tres conceptos se disputan la primacía en el acervo ideológico de los movimientos alternativos. La llamada "dimensión nacional", la España-Nación, carece de dimensión geográfica, demográfica y económica suficiente para jugar un papel preponderante en el mundo futuro. Hay tres conceptos a elegir para complementar la debilidad político-económica de nuestro país: Europa, Eurosiberia, Eurasia.

Lo irreversible –afortunadamente- de la Unión Europea

Tras la II Guerra Mundial y, especialmente, a partir de 1948 –Golpe de Praga- se hizo evidente que la situación generada en Europa a partir de la paz de Westfalia (que sella la balcanización de Europa), con las correcciones aportadas por la desaparición de los "imperios centrales" tras el Tratado de Versalles en 1919 y la transformación del continente en el escenario principal del conflicto USA-URSS de 1948 a 1989, como resultado del Tratado de Yalta, obligaban a un replanteamiento de la situación general en Europa. Cuando el proceso de reconstrucción europea, tras los destrozos de la II Guerra Mundial, terminó en los años 50, un grupo de líderes políticos, fundamentalmente democristianos, impulsaron el Mercado Común Europeo que, inicialmente, aspiraba tan sólo a ser la "Europa Verde", es decir, que no aspiraba a regular otra cosa que el sector agrícola. De eso han pasado ya más de cuarenta años y hoy nadie –nadie con dos dedos de frente- discute lo conveniente de una Europa Unida. El denostado Tratado de Maastrich, transformó la Comunidad Económica Europea en Unión Europea, a la unión económica, le seguirá, inevitablemente, la unión política.

Este trayecto de cuarenta años no ha estado exento de baches, el último de los cuales ha sido el rechazo generado en la opinión pública europea al proyecto de Tratado de la Unión, rechazado en Francia y Bélgica y aprobado ciegamente en España, un tratado suicida que resta personalidad a Europa y la convierte en un amasijo de naciones que nada tienen que ver unas con otras. Turquía, aprovechamos para recordarlo, hoy no es Europa y no importa que lo fuera desde la colonización de las costas de Asia Menor por los griegos, hasta la caída del Imperio Bizantino. Hoy, Turquía no es Europa, ni 60 millones de turcos son "europeos".

Cualquier transformación política genera dificultades de asentamiento. La última que hemos sufrido –la implantación de la moneda única- también ha provocado desajustes y, especialmente en España, una aceleración de la inflación y una subida generada de los precios. Pero, como las reconversiones anteriores que tuvieron lugar durante el felipismo, a corto plazo se superará. Y más vale que nos hagamos a la idea que el "euro" es irreversible y que si, por azar se produjera el retorno a las anteriores divisas nacionales, el cambio adquiriría en pocos meses caracteres de tragedia. Hoy el euro se utiliza cada vez más en el comercio internacional, mientras que el dólar ve progresivamente restringido su campo de aplicación.

La UE no es seguramente la mejor de los escenarios que se podrían haber creado en Europa, pero es, desde luego, mejor que la fragmentación en pequeñas naciones incapaces de generar políticas y estrategias propias. Está claro, por lo demás, que los años que han transcurrido desde la Paz de Westfalia hasta ahora, han generado entre las naciones europeas rivalidades e, incluso, odios diversos. También en este terreno hay que tener paciencia: Europa está llamada inevitablemente a tener un destino común. Hay que reconocer, finalmente, que si bien no es del todo evidente que Europa pueda sobrevivir la competencia de otros polos económico-sociales, lo que si es evidente es que las naciones europeas y tomadas de una en una, no podrían de ninguna manera, sobrevivir aisladas: ni el país que hasta

ahora ha constituido el motor político de la Unión, Francia, ni el motor económico, Alemania.

Los límites de Europa

Desde el punto de vista geopolítico, Europa es, básicamente, una potencia continental, exceptuando a Inglaterra en la que destaca la vocación atlantista, los países del Mediterráneo cuya zona preferencial de expansión se sitúa en las costas del Mare Nostrum, con el caso particular de España que fue Imperio mientras mantuvo el predominio en el Atlántico. Está claro, pues, que Europa va, según la fórmula de Thiriart: "de Brest a Bucarest" y del Cabo San Vicente al Cabo Norte. Europa es el actual territorio de la Unión, más los Balcanes. ¿Es todo? Recientemente han ingresado en la Unión los Estados Bálticos y la malhadada "revolución naranja" ucraniana mira hacia Europa. El bobo ilustre que se sienta en la Moncloa ha dado como "europeos" a Marruecos y Turquía y, no albergamos la menor duda, de que cuando viaje a Israel, hará otro tanto con éste país ¿acaso no participa también del festival de Eurovisión? Afortunadamente, ZP será una anécdota en la historia de España y, antes que después, dejará de ser el forúnculo en el culo de los españoles que hoy es. Pero la cuestión está abierta ¿cuáles son los límites de Europa? Por el Norte y el Oeste está claro. También por el Sur: Europa termina donde terminan las aguas territoriales de los países del Mediterráneo Norte. Pero ¿y hacia el Este? Porque si los Países Bálticos están en Europa ¿por qué Rusia, Urania y Bielorrusia no pueden ser considerados europeos? De hecho lo son, étnica y culturalmente, sin paliativos.

El problema radica en que la formidable extensión rusa se extiende desde la frontera ucraniana hasta Vladivostok en las costas del Pacífico. La inmensa llanura siberiana parece excesivamente alejada del centro geográfico de Europa como para poder ser considerada "europea". Nadie dudaría hoy en afirmar que Rusia es Europa, si prescindiera de las posesiones rusas al Este de los Urales: pero esas posesiones existen. Así pues habrá que recurrir a otras consideraciones para definir los límites de Europa.

Eurasia, como objetivo

El territorio de la actual UE no es particularmente rico en minerales estratégicos. Ciertamente existen yacimientos petrolíferos en el Mar del Norte y en Rumania. Hay carbón en Polonia, pizarras bituminosas en la antigua Prusia y Mercurio en España, pero todo esto supone poco en la economía mundial y, ni siquiera permite el autoabastecimiento de la Unión. Ciertamente, las prospecciones en el Mar de Alborán y en Canarias son prometedoras, pero, ni aún así puede pensarse en la autonomía energética de Europa.

Las consideraciones económicas son fundamentales para el futuro de las naciones, tanto como el patriotismo o la voluntad de defensa nacional. Si Europa precisa energía, solamente puede mirar hacia el Este. Es en el Este, en la cuenca del Caspio y en la estepa siberiana en donde se encuentran las grandes reservas energéticas y esto, además de la identidad étnica y cultural, a mirar hacia Rusia como aliado preferencial. Es con Rusia con quien la Unión Europea debe forjar una alianza indeleble y preferencial o, de lo contrario, correrá el riesgo, antes de 20 años, de sufrir un parón energético.

Resulta muy difícil pensar que una extraordinaria extensión de terreno, como lo es hoy Rusia, pueda aceptar su integración en la Unión Europea; por lo demás, ésta quedaría desequilibrada por el peso demográfico y territorial de Rusia. Pero un eje euro-ruso si sería justo, necesario y conveniente. Esa alianza, en un futuro, podría dar lugar a una confederación euroasiática, pero, en cualquier caso, el primer paso sería el cese de la expansión de la UE hacia el Este y el pacto de las zonas de influencia con la Rusia reconstruida de Putin.

Esa relación preferencial debería tener claro que entre Rusia y la Unión Europea no puede haber Estados que sufran la influencia de terceras potencias. La

"revolución naranja" es ilegítima, no sólo por que ha multiplicado la corrupción en Ucrania, sino por que fue estimulada, fomentada artificialmente y apoyada por los EEUU. Impedir que terceros países intenten poner palos en los mecanismo, es la primera tarea que hoy los gobiernos europeos deberían pactar con Rusia.
La idea de "Eurosiberia" crearía un formidable flujo de mercancías del Este europeo hacia Rusia y un no menos formidable flujo energético del Este al Oeste, de los Urales a Gibraltar.

El papel de Turquía en el contexto euro-siberiano

Una alianza de este tipo tendría efectos beneficiosos para las dos partes. Rusia no dependería del Bósforo y de los Dardanelos para tener salida al Mediterráneo. A través de los Balcanes tendría salida al Egeo y al Adriático. Turquía perdería así el papel geopolítico que ha desempeñado en la OTAN: cerrojo de la URSS.
No hay que olvidar que Turquía alberga la quimérica idea –estimulada desde los EEUU- de crear una zona turcófona en Asia Central que abarcaría desde los antiguos territorios situados al Sur de la URSS, hasta el Oeste de China. Si a esto unimos la tragedia que supondrían 40 millones de inmigrantes islamistas turcos desparramados por Europa, deberemos convenir que euro-siberia sería, fundamentalmente, una alianza anti-turca esto es, antiamericana.

¿Por qué éste americanismo? Por cuatro motivos: por que, culturalmente, los EEUU no forman parte de Europa. Han desarrollado una cultura propia, quizás la más adecuada en esta era de las masas, pero no por ello, de más calidad, sino, precisamente, de calidad ínfima. En segundo lugar por la contradicción inevitable que nacen en las relaciones entre una potencia marítima y comercial, los EEUU, y una potencia terrestre y con un concepto más elevado del Estado, euro-siberia. En tercer lugar por que las guerras de Afganistán e Irak han puesto de manifiesto la rapacidad de los EEUU en materia energética, incompatibles con cualquier alianza estable. Finalmente, por que la fatalidad geopolítica ha hecho que, una vez más, se reviva la contracción entre "mar" y "tierra", entre potencias navales y terrestres, como ocurrió entre Atenas y Esparta, entre Roma y Cartago, y más recientemente, entre EEUU y la URSS.

Reconocer el propio espacio geopolítico

¿Dónde queda, pues, Eurasia? Queda como concepto geopolítico, reducido y limitado a este terreno. Es cierto que Eurasia forma una masa continental, pero es igualmente cierto que esa masa no es homogénea, ni mucho menos tiene posibilidades de adoptar una política unitaria.

Eurasia está formada, como mínimo, por siete bloques: Europa, Rusia y su prolongación siberiana, China, India, el sudeste asiático y la franja islámica desde Turquía hasta Filipinas. ¿Puede pensar alguien, en su sano juicio, que un bloque tan extenso, que, por lo demás, concentra a dos tercios de la población mundial, verdadero mosaico de étnico-cultural, que tiene un destino común?

Los que sostienen la necesidad de Eurasia en función de concepciones geopolíticas (hay que recordar, por lo demás, que la geopolítica es una "ciencia auxiliar" de la política, pero no dicta leyes a la política en sí misma) los errores que se han generado en la historia por no tener claros cuáles eran los "límites geopolíticos" de un Estado.
Alejandro Magno fue, indudablemente, un excelente general, cuyas victorias no pudieron impedir que, inmediatamente muriera, su Imperio se desmigajara.
Alejandro, pésimo político y nulo geopolítico, excedió los "límites geopolíticos" de Hélade y, llegando a las puertas de la India, se introdujo en un territorio excesivamente lejano, dilatando sus líneas de aprovisionamiento, con el que Hélade no tenía absolutamente ningún vínculo étnico-cultural.

La figura de Alejandro Magno tiene como contrapartida la de Julio César, igualmente, genial conductor en la guerra, pero dotado de una perspicacia geopolítica singular, en

un tiempo en el que aún no se habían enunciado las leyes que rigen esta ciencia auxiliar. César abandonó pronto la idea de extender el Imperio más allá del límite de los bosques de Germania y, voluntariamente, redujo la expansión romana al estanque Mediterráneo, evidentemente, el eje geopolítico de Roma.

Pensar que es posible hablar en términos de "Eurasia", especialmente, en Europa Occidental, parece sorprendente. En Rusia, la situación es diversa. Las antiguas repúblicas soviéticas del sur de la URSS están situadas en Asia Central, toda Siberia es Asia. Desde Moscú puede entenderse el término "Eurasia", haciendo abstracción de que China, India, Pakistán, el Sudeste Asiático, Oriente Medio, son también "Asia". Hay que prevenir sobre la traslación automática de conceptos desde Rusia a Europa. A los errores de traducción se unen las distintas percepciones. En este sentido el término "Eurasia" es equívoco y suscita sugestiones intelectuales sin posibilidad de tener cristalizaciones políticas.

Resulta imposible realizar SOLO un análisis basado en términos exclusivamente geopolíticos. Desde el punto de vista geopolítico "América" es una potencia oceánica, pero esto solamente ocurre en América del Norte; no en América Central, ni mucho menos en Iberoamérica. No es evidente que "América" sea el enemigo de "Eurasia"; el enemigo es América del Norte y, más concretamente, EEUU. Realizar un análisis exclusivamente geopolítico implica desconocer el papel de Iberoamérica en las próximas décadas. Y el elemento más importante de ese papel va a ser la penetración hispana en los EEUU rompiendo la unidad étnico-lingüística y cultural, incluida la escala de valores, que hasta ahora ha presidido la expansión norteamericana. A nadie se le escapa que, ante esta perspectiva, España puede ocupar un papel preponderante, si el nacionalismo, el independentismo y los bobos ilustres no tienden a debilitar a nuestro país hasta hacer que no pueda recoger los beneficios de la explosión hispana en los EEUU.

El bloque euroasiático es un mosaico superpoblado, completamente diversificado desde el punto de vista cultural, con una extensión tal que desafía cualquier reduccionismo a una sola idea: "Eurasia" es un concepto geopolítico, pero no es políticamente operativo.

Europa es una aproximación al futuro (Europa unidad o las naciones europeas arruinadas, rebasadas y desmanteladas por las sucesivas oleadas de la globalización). Eurosiberia es el esquema confederal al que debería tender la Unión Europea, olvidando los lastres psicológicos que aun subsisten como residuos de Yalta. Eurasia es un concepto geopolítico, como existen otros muchos (las cuencas fluviales, los núcleos neohistóricos, la contradicción entre habitantes de la llanura y habitantes de las montañas, etc.), pero cuya desmesura, amplitud y contradicciones internas, hacen inviable una cristalización política. Eurasia ¿desde Bangkok a Lisboa, desde Hong-Konk hasta Upsala, desde Kabul hasta Brest? No gracias, lo inviable nunca conduce a ninguna parte.

RUSIA, EUROSIBERIA Y LOS PROBLEMAS DE LA IDENTIDAD RUSA. EL EJE GEOPOLÍTICO

Rusia viene recibiendo una atención creciente en los últimos años. Tras el derrumbe de la Unión Soviética y el traumático fin de la era comunista el gigante eurosiberiano vuelve a recomponerse y a hacer valer su peso en el escenario mundial. Los gobiernos de Europa Occidental, necesitados del petróleo y del gas ruso tienden puentes al gobierno bicéfalo de Vladimir Putin y Dimitri Medvedev. Por su parte, Estados Unidos se debate entre su rechazo a ver levantarse de nuevo a una potencia regional fuerte que pueda molestar a sus intereses y su necesidad de contar con la cooperación rusa en el escenario centroasiático, más concretamente, en Afganistán.

Movidos por otro tipo de valores más allá de los económicos o de las conveniencias estratégicas circunstanciales, los movimientos identitarios y social patriotas

europeos han puesto sus esperanzas en el resurgir del gran estado Rus y (dada la debilidad de Rusia o los países de Europa Occidental individualmente) en la articulación de un gran bloque que reúna a todos los pueblos europeos en un espacio independiente, autónomo, autosuficiente y con capacidad defensiva y tecnológica capaz de garantizar la paz, la prosperidad y la pervivencia de sus rasgos étnicos y culturales fundamentales. Este gran bloque recibe el nombre de Eurosiberia.

A menudo, los partidarios de este gran eje eurosiberiano hemos visto en Rusia además de una potencia capaz de hacer contrapeso a la hegemonía mundial de EE.UU., una reserva demográfica, espiritual y cultural de gran calado para Europa, pero ¿en qué medida es esto cierto?

Si uno lee un poco acerca de Rusia y tiene la oportunidad de visitar de forma más o menos profunda el país, se dará cuenta que el monolítico y unificador nombre de Rusia que salta todos los días en los titulares de prensa o el telediario, no es más que un convencionalismo bajo el cual se esconde una compleja y rica realidad muy distante de los tópicos uniformadores.

I. Rusia sigue siendo un imperio

Ante todo, al lector de esta entrada debe quedarle clara la siguiente idea: Rusia sigue siendo un imperio. Al decir esto, no trato de resaltar la idea de fortaleza que evoca la palabra "imperio", sino el hecho de la existencia de una pluralidad de pueblos e identidades bajo un gobierno común controlado por representantes de la etnia mayoritaria rusa. A finales de los 80, la Unión Soviética reunía a una amalgama de pueblos y nacionalidades tal que el volumen de rusos no era superior al 50% de la población. Tras la caída de la URSS y la independencia de los antiguos pueblos bajo dominio de la hoz y el martillo, uno podría pensar que Rusia se había convertido en un estado-nación sin mayor diversidad en su interior, pero no es así. Los rusos son el grupo étnico mayoritario y dominante dentro de la nueva federación (79% de la población), pero conviven con otros muchos pueblos arraigados milenariamente en la zona. Simplificando mucho las cosas, señalaremos tres de los grupos étnicos minoritarios más importantes:

1- Los pueblos túrquicos de la Federación encuentran su grupo más numeroso y representativo en los tártaros, concentrados mayoritariamente en la república de Tartaristán, cuya capital en la importante ciudad de Kazán, a orillas del Volga. Suponen un 4% de la población rusa. Su religión es musulmana y sus rasgos faciales son enormemente diversos dada la larga mezcla histórica que han llevado entre mongoles, pueblos túrquicos y finalmente eslavos. Otro pueblo túrquico y musulmán de peso en la Rusia actual son los Bashkires, vecinos de los tártaros. Históricamente estos pueblos han tenido largas luchas y conflictos con los eslavos y dada su personalidad histórica tan diferenciada con los rusos étnicos, mantienen un sentimiento de identidad propio y un orgullo elevadamente altos.

2- De entre los pueblos mongoloides destacan los buriatos, de religión budista y con lengua y república propia entre Mongolia y el Lago Baikal. Los Kalmukos son otro pueblo de origen mongol y también budista, pero instalado a orillas del Mar Negro, en la esteparia república de Kalmukia, dentro de la Rusia europea. Ambos pueblos se han mostrado absolutamente poco conflictivos o rebeldes y se encuentran cómodamente integrados en la federación. Sin embargo, su parentesco con otros pueblos orientales y su cultura tradicional difiere enormemente de la rusa eslava.

En un tren entre Yekaterimburgo e Irtkusk tuve la ocasión de conocer a una chica Buriata. Como el trayecto duraba tres días pude hablar mucho con ella y conocerla bastante. A diferencia de las personas rusas con las que hablé, en vez de ir a vivir a Moscú quería trabajar en Ulan-Bator. Saltaba a la vista que disfrutaba mil veces más de la compañía de otros buriatos que de la de los rusos y su móvil estaba lleno de canciones de los últimos "hits" chinos, coreanos y japoneses (mientras que el móvil de la gente

rusa acostumbraba a presentar una mezcla entre grupos americanos u occidentales y raperos rusos bastante horteras). No obstante, por lo que pude ver, la convivencia entre rusos y buriatos es del todo buena y natural. Una última curiosidad: Lenin tenía sangre kalmuka por parte de su padre.

3- Sobre los pueblos caucásicos podrían correr toneladas de tinta, pero no es el caso aburrir al personal. Resumiremos diciendo que el Cáucaso es un impresionante avispero de una enorme diversidad de nacionalidades (con muy malas relaciones entre sí) en del cual Rusia es árbitro y gendarme directo. Osetios, inguses, daguestanís, kabardinos y sobretodo chechenos contribuyen a formar una mezcla explosiva y un ambiente de tensión absoluto. No hace falta decir que los chechenos (musulmanes sunnies) son el grupo más numeroso de entre todos ellos y el más belicoso.

A diferencia de lo que ocurre en otros países de Europa, los rusos han sabido diferenciar entre lo que es un ruso y lo que es una persona con ciudadanía rusa. Un ruso (o russkii) sólo lo será aquel que pertenece al grupo étnico ruso. Las personas pertenecientes a otros grupos étnicos con ciudadanía o pasaporte ruso son llamadas "rossiianin", algo traducible como "rusificados" o "arusados". Se evita así la extraña situación por la cual se llama francés, alemán o español a personas que no tienen de tal más que el pasaporte, procedan de Senegal, Turquía o Perú.

¿Cómo reunir a estos pueblos tan diferenciados entre sí en un proyecto común y como hacer que se sientan integrados y cómodos compartiendo gobierno y espacio con la mayoría rusa dadas las grandes diferencias culturales entre las partes? La respuesta no debe ser fácil contando con que Stalin, georgiano de nacimiento, optó en la mayoría de los casos por el Gulag y el exterminio físico o cultural. La Unión Soviética y su obsesión por erradicar la identidad tradicional de los pueblos y las creencias religiosas sustituyendo todo por la pretendida lucha de clases y la nueva religión marxista pudo congelar (con brutales niveles de represión) pero nunca eliminar esta problemática, de forma que la Rusia actual se ve obligada a lidiar con la situación.

La Federación Rusia ha tratado de separar religión y gobierno, lo personal y las políticas racionales estatales (el Dominium y el Imperium que diría Jean Thiriart), posicionándose como un estado secular que de cabida a todas las religiones y nacionalidades que se encuentren en su seno tratando de mantener una independencia con las mismas. El resultado es que la religión musulmana y el budismo gozan de un nivel de oficialidad en Rusia tan alto como el de la religión cristiano-ortodoxa, del mismo modo que un ruso es tan ciudadano de la federación como un tártaro o un pseudoesquimal chukchi (por cierto, que Roman Abramovich fue gobernador de la región de Chukotka). Es por todo esto que si uno camina por las calles de San Petersburgo o Moscú no debe extrañarse si encuentra una enorme mezquita en sus calles. En Rusia existen entre 15 y 20 millones de musulmanes nativos y practicantes.

Pese a las simpatías de Vladimir Putin hacia la Iglesia Ortodoxa, tras el referéndum de los minaretes en Suiza a nadie debería asombrarse de que la prensa rusa y el gobierno de Moscú alertaran sobre la xenofobia en Europa de la misma forma que lo hizo la prensa y los gobiernos de los países de la Unión Europea: el pragmatismo y el sentido común aconsejan que si se desea mantener el dominio de las repúblicas musulmanas y asegurar la convivencia de todas las partes en la federación, el respeto a las creencias tradicionales de sus ciudadanos no debe tener dobleces. Nadie debería esperar que ningún gobierno ruso que desee seguir manteniendo las fronteras actuales de la Federación les apoye en cruzadas contra el Islam. La diferencia es que en Europa Occidental el Islam es importado, de componente árabe y a menudo agresivo tanto en sus aspiraciones sociales como territoriales, mientras que en Rusia es nativo y de carácter túrquico y secularizado.

Las prácticas musulmanas moderadas que

profesaban los pueblos musulmanes túrquicos de Rusia han podido convivir con las formas de vida de la población no musulmana mayoritaria de forma más o menos satisfactoria. Sin embargo dos tendencias hacen peligrar este modelo:

1- La infiltración del islamismo radical en Chechenia y la creciente tensión entre Europa y el mundo islámico que tenderá a arrastrar en la espiral de conflictos al gobierno ruso y a la población de diferentes creencias, amenazando con poner en entredicho la neutralidad del primero y la convivencia de los segundos.

2- Las fuertes y crecientes migraciones dentro de Rusia que ponen en contacto población de diversas etnias y creencias religiosas en los grandes centros neurálgicos de Moscú y San Petersburgo en los cuales, a pesar de la diversidad del país, la población eslava no estaba a convivir con volúmenes de población significativos de creencias o sustratos étnicos diferentes, potenciando el surgimiento de nuevos conflictos.

Puede que no sea posible predecir el desarrollo futuro de estas dos líneas de tensión, pero es del todo seguro que el gobierno ruso pondrá todos sus esfuerzos en conciliar las diferentes etnias, nacionalidades y creencias religiosas de su imperio con el objetivo de garantizar la integridad territorial de la Federación (sin que ello sea inconveniente para plantar cara al fundamentalismo islámico que pretenda infiltrarse en su territorio). Dado que Rusia no cederá en lo que respecta a su política respecto a las minorías nacionales, el partidario de un gran eje eurosiberiano debe plantearse como inevitable (aunque sea como hecho de excepción) la presencia de pleno derecho de otras etnias y religiones dentro del gran bloque eurosiberiano si es que realmente desea el mismo.

II. Rusia: un país de inmigración

Recuerdo como hace unos años un joven amigo y camarada me comentaba una historia anecdótica sobre las impresiones de Guillaume Faye (creo recordar que era él) en una de sus visitas a Moscú. Guillaume Faye estaba encantado de observar una ciudad llena de gente eslava, sin inmigración ni el ambiente multirracial que se respira en cualquier capital francesa. De repente, ¡milagro! una persona negra aparece por la calle ante lo cual Guillaume Faye comenta con ironía "debe ser de ser francés" y en efecto: al preguntar al tipo sobre su procedencia resultó ser francés.

Desconozco en que año ocurrió aquella anécdota. Mi experiencia fue bien diferente. En el bullicio de las calles, el metro y los restaurantes de Moscú uno puede perfectamente sentirse en el corazón de la metrópolis de un vasto espacio absolutamente multiétnico. Se acabaron los años de emigración masiva tras los años de caos que siguieron a la caída de la URSS. Tras años de fuerte inmigración, los rusos (ruskii) se mezclan con otros ciudadanos de la federación no rusos (rossiianin) y, sobretodo, con ingentes masas de inmigrantes de tez oscura de los miles de pueblos del Caúcaso y sobretodo de miles de personas de rasgos asiáticos procedentes de las antiguas repúblicas soviéticas de Asia Central (el 95% de los inmigrantes en los últimos años provenían de antiguas repúblicas soviéticas, fundamentalmente centrosiáticas). A estos dos grandes grupos se suman, menos numerosos, inmigrantes de las procedencias más diversas (incluido algún negro no precisamente francés o afrancesado). Se estima que los inmigrantes llegan a sumar más de 15 millones de personas. Si comes en alguno de los restaurantes o lugares de comida rápida de la importante calle Tverskaya (si algún día alguien de vosotros anda por allí recomiendo el Mu-Mu por la relación calidad precio), lo más seguro es que te atienda algún tayiko o kirguiz.

El asunto no sólo afecta a la capital y las grandes urbes. En cualquier ciudad de Rusia pueden encontrarse inmigrantes ocupando alguna que otra actividad económica. El servicio de autobuses urbanos privados en San Petersburgo (recientemente eliminado por la alcaldesa de la ciudad para tormento de sus ciudadanos que deben esperar a que pase la línea pública en los horribles días de

invierno) o los mercadillos callejeros en cualquier ciudad como por ejemplo Irkutsk, donde no parece que se esté tomando muy en serio la medida del gobierno ruso que prohíbe a los extranjeros vender en el comercio minorista (antes su número no podía superar un porcentaje del 40%).

Aunque no ha llegado al nivel alcanzado en los países occidentales, Rusia ya no es el país puro y virgen que soñábamos algunos. El terrible envejecimiento del país, su crisis demográfica, las medidas neoliberales del gobierno de Putin y el terreno abonado de largos años de ¿humanismo? Marxista (y previamente cristiano) han abierto la puerta a una de las grandes enfermedades del siglo XXI: la inmigración masiva y etnicida. No obstante, el gobierno de la Rusia Unida ha dado muestras de entender que la solución de los problemas del país en ningún momento está en la inmigración masiva y que ante todo, lo primero que cuenta son los problemas de los ciudadanos rusos.

La inmigración masiva, se ha convertido en Rusia, al igual que en el resto de países de nuestro continente, en uno de los grandes ejes de conflicto de nuestras sociedades tanto por sus causas y consecuencias socioeconómicas como por sus repercusiones culturales.

III. Los factores de la estabilidad en Eurasia.

Si nuestro espacio geopolítico "ampliado" es Eurasia, es evidente que todas las políticas exteriores de nuestros gobiernos deben tender a asegurar la estabilidad en ese marco geográfico. Falta saber ahora en qué deben basarse esas políticas y de qué manera pueden interactuar. Tales son los objetivos de esta III Parte de nuestro estudio.

Los factores de estabilidad euroasiática deben basarse en las relaciones de amistad y cooperación entre los tres actores principales que operan en ese marco geopolítico, a saber: la Unión Europea, Rusia y China. Estos tres países disponen de tecnología, élites científicas, peso militar y recursos energéticos (desigualmente distribuidos, pero en su conjunto suficientes). Si bien es cierto que el consumo de petróleo aumenta anualmente en China a razón de un 15%, ése es un aliciente más para planificar a corto plazo nuevas políticas energéticas que, por una parte, atenúen el impacto de la escasez de petróleo y por otra, abran el camino a energías de sustitución. En el primer punto, Eurasia debe tender a reorganizar su agricultura, repoblar las zonas abandonadas y dedicarse lo antes posible a cultivos reconvertibles en etanol y biodiesel capaces de asegurar una parte sustancial del suministro energético y alcanzar niveles de autosuficiencia en esta materia. En el segundo punto, China, Rusia y la UE deben realizar inversiones e investigaciones conjuntas en materia de nuevas tecnologías energéticas, redoblando especialmente los trabajos en el campo de la energía de fusión nuclear.



El objetivo central de las políticas económicas debe ser el reconocimiento del fracaso de la globalización, de la economía globalizada y la planificación económica en el ámbito euroasiático. Se trata, no solamente de garantizar el abastecimiento de los mercados, sino dignas condiciones de vida a la población. No se trata solamente de producir en los lugares más baratos, ni donde existan menos derechos y coberturas sociales, sino de extender los derechos del Estado del Bienestar a todo el espacio euroasiático.

Los principios del liberalismo a ultranza ya no sirven en esta nueva fase de la economía mundial. Se trata de orientar inversiones, planificar zonas de producción, lograr un desarrollo sostenible que evite zonas y clases sociales depauperadas, que asegure políticas demográficas y educativas, calidad de vida para espacios cada vez mayores de nuestro ámbito geopolítico máximo (Eurasia) y, finalmente, logre los tres objetivos de todo buen gobierno: distribución de la riqueza, prosperidad y seguridad.

IV. Los actores emergentes

En el escenario euroasiático han ido apareciendo actores nuevos. Hay dos fundamentalmente: India e Irán.

La amplitud de la península indostánica, su población y sus recursos hacen de esta zona una superpotencia regional en ciernes. A ello contribuye también la pervivencia de viejas tradiciones y sistemas de meditación que convierten a las élites intelectuales hindúes en particularmente aptas para asumir las nuevas tecnologías y, en especial, lo abstracto de los lenguajes de programación. Todo esto juega a favor de la India, pero también quedan tres lastres a considerar que retrasarán la incorporación de éste país al pelotón de potencias regionales. El primero es el contencioso con Pakistán siempre abierto y siempre susceptible de reavivarse. El segundo es el mantenimiento de amplias bolsas de miseria (con todo lo que ello implica: arcaísmos y tradiciones imposibles de incorporar a la modernidad, supersticiones, analfabetismo) en el interior del país que no pueden ser eliminadas sino después de décadas de paciente labor social. El tercero es la desconfianza hindú hacia la República Popular China que, periódicamente, reaparece de la mano de distintos argumentos (apoyo indio a la disidencia tibetana, apoyo chino al enemigo secular: Pakistán…).

En lo que a Irán se refiere, vale la pena realizar algunas consideraciones. Étnicamente, Irán es radicalmente diferente a otros países islámicos, e incluso el islam iraní incorpora algunos elementos de la antigua religiosidad persa. La destrucción de Irak a raíz de las tres guerras del Golfo, la incapacidad de Afganistán (su otro vecino) para salir de la eterna guerra civil y el subdesarrollo, y sus recursos humanos, energéticos y militares, hacen de Irán otra futura potencia regional. De hecho, ya en los años 70 la administración norteamericana contemplaba ese papel para el Irán del Sha. Sin embargo, algunos factores han jugado en su contra: en primer lugar, a pesar de que el elemento étnico y antropológico, los recursos energéticos y la existencia de una élite científica e intelectual, jueguen a favor de la conversión de Irán en gran potencia regional, la omnipresencia del Islam Chiita impide que esa modernización se realice a la velocidad que sería posible. Por otra parte, mientras los dirigentes iraníes estén condicionados por la perspectiva religiosa en lugar de por un punto de vista geopolítico, pragmático y realista, serán "peligrosos" y en buena medida imprevisibles.

Por otra parte, no es de descartar convulsiones regionales que retrasen el ascenso de estos países a la "primera división" euroasiática. El contencioso entre Pakistán e India tiene una doble vertiente de rivalidad regional y antítesis religiosa. En cuanto a Irán no hay que descartar, en los próximos años, el ascenso de un movimiento de resistencia contra la omnipresencia de los ayatolahs, o bien un desplome social en el interior del que en la actualidad ya se perciben los primeros signos (aumento espectacular de la presencia de heroinómanos, brecha creciente entre el "país oficial" y el "país real"…).

La conclusión a la que llegamos es que, si bien es cierto que existen actores nuevos en la perspectiva euroasiática, estos tardarán aún, como mínimo, entre una y dos décadas en hacer notar su peso y eso dando por supuesto que serán capaces de superar sus problemas interiores, evitar guerras de destrucción con sus vecinos y concentrar esfuerzos en la modernización de sus estructuras. Todo lo cual no parece evidente que vaya a ser así. De ahí que en un escenario futuro los actores euroasiáticos seguirán siendo, durante al menos los próximos 20 años, los tres actuales: Rusia, China y la UE.

V. La dorsal islámica.

Mucho más preocupante es la existencia de una franja islámica que recorre Eurasia y sus proximidades desde Siria (y por extensión, desde Marruecos), hasta Filipinas. Esta franja es conocida como la "dorsal islámica". Se trata de una franja, por lo demás, extraordinariamente dotada de reservas estratégicas de combustible para 30 o 40

años. Pero este aspecto positivo viene unido a un aspecto catastrófico inseparable: la presencia del islamismo hace que cualquier esfuerzo por incorporar estos países a la modernidad sea absolutamente inviable y haya fracasado sistemáticamente.

Cuando en los años 60 se creía que el panarabismo o el "socialismo árabe" tenían un futuro, podía pensarse que el papel del islam dejaría de ser político para pasar a ser exclusivamente religioso y personal. Pero la reciente realidad ha demostrado que esto es imposible: la estructura teológica del Islam tiene una proyección sociológica: la umma, comunidad de los creyentes organizada según determinados principios políticos emanados del Corán. Esto es, inamovibles desde el siglo VII.

En la práctica, la "dorsal islámica" oscila entre el fundamentalismo enloquecido y el alineamiento proamericano (esto es, anti-euroasiático) y, en ocasiones, entre ambos al mismo tiempo (Arabia Saudí). Y lo peor es que, históricamente, esta "dorsal" ha sido utilizada por el mundo anglosajón para contener a Rusia e impedirle una salida a los mares cálidos del Sur. Es más, esta estrategia parece haberse ampliado incluso al Magreb, donde la presencia de EEUU es cada vez más asfixiante y el acceso al Mediterráneo ya no depende solo de potencias europeas (Francia y España), sino cada vez más de Marruecos y Argelia. En otras palabras: el "Mare Nostrum" es cada vez menos Europeo, tanto en el Oeste (Alborán-Gibraltar), como en el Este (República Turca de Chipre-Turquía).

El entendimiento con el mundo árabe es extremadamente difícil y, a pesar de que los servicios de inteligencia de estos países hayan trabajado estrechamente con los norteamericanos en la creación de un "terrorismo bajo control" (Al Qaeda), que atrae a todos los incautos descontentos con esos regímenes y dispuestos a hacer algo, no hay que descartar que, en los próximos años, aparezcan movimientos terroristas autónomos y, sobre todo, movimientos políticos capaces de desestabilizar a la mayoría de estos regímenes y, en buena medida, teñidos por el islamismo radical como ya ha ocurrido en Marruecos, Argelia y Turquía.

Por otra parte, no hay que perder de vista el aumento de la presencia islamista en la UE. En el año 2050, de mantenerse los ritmos de crecimiento de la población de origen islámico en Europa, el Islam será la religión con mayor nivel de seguimiento en el Viejo Continente. Esto implica, no solamente que Europa se alejará de sus raíces clásicas, sino también una regresión social, científica y cultural. Tal situación es intolerable, insostenible y explosiva a corto y medio plazo. Se ha llegado a ella gracias a la mezcla de desidia, improvisación e ingenuidad, unido al oportunismo, con que los gobiernos europeos han tratado la cuestión de la inmigración. Y prevemos un estallido traumático del conflicto étnico, social y religioso en suelo europeo antes de 10 años. Los primeros chispazos ya se han visto en la insurrección de noviembre de 2005 en los arrabales franceses y en las exigencias puestas por los islamistas radicados en España para conservar su especificidad.

La "dorsal islámica" es un riesgo para Eurasia. Los intereses geopolíticos de Eurasia no tienen nada que ver con los de la "dorsal islámica". Es más, son un riesgo para Eurasia.

VI. El espacio turcófono

El espacio turcófono está formado por el territorio de la actual Turquía (la península Anatolia, la Tracia europea y el Kurdistán), las ex-repúblicas soviéticas de Turkmenistán, Uzbekistán, Kirguizistán, Kazajistán y Azerbaiján, y el oeste chino fronterizo con Mongolia, Kirguizistán y Kazajastán. Este formidable espacio sólo puede concretarse en base a los siguientes supuestos:

- Que el factor religioso sea determinante. Turquía nunca conseguirá realizar una política pan-turca si no es exportando el factor identitario que supone la religión. Eso le permitiría desplazar el eje del Islam del mundo árabe al

mundo turcomano y disponer, como éste, de grandes riquezas petrolíferas. Si bien la pertenencia a una misma étnia y al uso de una misma lengua y de un pasado común suponen un cimiento necesario, no es suficiente: falta el factor emotivo, sentimental, galvanizador y fanatizante propio de una religión.

- Que la penetración cultural turca se adelante a la recuperación cultural rusa. Entre 1990 y 1999 Rusia vivió, posiblemente, la peor década de su historia. El período de Boris Eltsin supuso el mayor proceso de desvertebración acelerada que ha vivido un estado moderno. Sin embargo, con la llegada de Putin al Kremlin, la caída en picado se detiene y la recuperación permite considerar hoy a Rusia como la segunda superpotencia mundial; y no parece aventurado pensar en una futura reconstrucción de una entidad similar a la antigua Unión Soviética. Esta posibilidad bloquearía el ascenso de la pan-turquización de la zona.
- Que Turquía logre superar sus dificultades internas aún no resueltas: la estabilidad política interior, la cuestión kurda y asegurar su unidad nacional. Porque si la Unión Europea terminara considerando a Turquía como adversario geopolítico y se sintiera amenazada por la penetración turca en los Balcanes estaría tentada de favorecer el desmembramiento de Turquía en tres entidades completamente diferentes: la Tracia Europea que muy bien podría formar parte de la Unión, la Anatolia específicamente otomana, y la naciente república kurda, nacida de la crisis iraquí y que irradiaría a partir de ésta.

Si Turquía se decide por la exportación cultural a las repúblicas asiáticas (e incluso penetrar en el ámbito balcánico, forjando una alianza de intereses con el núcleo islámico de la Gran Albania con el cual ya está en relación, aunque solamente sea a nivel de las mafias que conducen heroína a través de la antigua ruta de la seda desde Afganistán hasta Turquía y, a partir de ahí, por el corredor de los Balcanes hasta Europa Occidental), el enfrentamiento histórico con Europa será un hecho irremediable y, así mismo, el choque con Rusia y China no se hará esperar.

Pero si Turquía decide actuar mediante un doble lenguaje y tener la tentación de beneficiarse de las mieles en forma de ayudas de la Unión Europea y de su mercado y, de otro lado, intentar colonizar culturalmente a las ex-repúblicas soviéticas y al oeste de China, esto supondría el riesgo de un enfrentamiento entre la Unión Europea y estos países, con la consiguiente desestabilización del espacio eurasiático. Una posibilidad que, por todos los medios, es preciso evitar: tanto la posibilidad de que aparezcan tensiones históricas entre la Unión Europea y la nueva Rusia o entre Rusia y China. No hay que perder de vista este axioma de la geopolítica del siglo XXI: cualquier desestabilización del espacio eurasiático es perjudicial para cualquiera de los tres principales actores: la Unión Europea, Rusia y China. Lo que implica que atenuar los riesgos de tensiones entre estas tres potencias euroasiáticas debe suponer el principal y fundamental empeño de cualquier gobierno. Y cualquier otra consideración pasa a segundo plano. Incluida la integración de Turquía en la UE, excesivamente peligrosa y comprometida, que puede enemistarnos con Rusia y con China y, al mismo tiempo, constituir un factor de desestabilización en Asia Central. E incluso si un eje panturco pudiera concretarse, a pesar de la común matriz religiosa este bloque terminaría por chocar con el mundo árabe en su búsqueda de una salida a los mares cálidos del Sur.

Desde el punto de vista geopolítico la Unión Europea debería realizar un análisis global de la situación. Turquía es importante geopolíticamente por tres factores:

- Con el Bósforo y los Dardanelos cierra el Mar Negro, que supone la salida

del mundo ruso al mar Mediterráneo.

- La alianza con Turquía supone para cualquier potencia tener acceso a las fronteras con los países que disponen de las más importantes reservas petrolíferas: tanto con Irak como con la cuenca del Caspio.
- Turquía supone una cuña en el mundo árabe y permite, a través suyo, tutelar la situación en Oriente Medio, especialmente en los asuntos relativos al Estado de Israel y a su contencioso con Palestina.

Ahora bien, estos elementos son igualmente peligrosos: el primero porque se trata de abrir el Mediterráneo a Rusia; Rusia no debe tener la impresión de que la Unión Europea intentar obstaculizar su salida marítima por el sur, sino todo lo contrario. Puestos a elegir la amistad de Rusia o la de Turquía, es inevitable optar por la primera, especialmente por su vocación de convertirse en un factor de estabilidad mundial, una de las cuatro patas sobre las que deberá sostenerse el mundo multipolar del futuro.

VII. ¿Y el mundo "Oceánico"?

Llamamos "mundo oceánico" a aquel cuyas costas están bañadas por las aguas de dos océanos. El "mundo atlántico" es, por excelencia, el continente americano. Este continente afronta dos contradicciones principales: por una parte, la contradicción a la que ya hemos aludido en la I Entrega de nuestro estudio, esto es, la antítesis entre Eurasia y América, entre "tierra" y "mar" y, por otra parte, la contradicción interior entre América del Norte y América del Sur. Esta segunda contradicción puede reducirse igualmente a términos antropológicos: América Anglosajona frente a América Hispana. En estas dos contradicciones se concentran todos los problemas que pueden aparecer en el continente americano.

El espacio es un elemento determinante de la geopolítica. Incluso en política internacional el espacio es una barrera insalvable. España e Inglaterra lo experimentaron cuando el Atlántico constituyó una barrera para el mantenimiento de sus imperios ultramarinos. El hecho de que ambas potencias europeas no pudieran mantener sus colonias más allá de 300 años (en realidad, la colonización solamente fue efectiva y tuvo importancia socio-económica en los últimos 200) se debió a una multiplicidad de causas, pero a ello contribuyeron también –y no en pequeña medida- causas geopolíticas.

Desde Alejandro Magno se sabe que un imperio es inviable cuando dilata excesivamente sus líneas de aprovisionamiento y sale de su "espacio geopolítico". Entendemos por "espacio geopolítico" el marco territorial contiguo o del que depende. Las puertas de la India quedaban "demasiado alejadas" de los intereses de Macedonia y de las pequeñas ciudades griegas, no así Asia Menor o el Mediterráneo. Por tanto, las conquistas de Alejandro no podían ser sino efímeras. Otro tanto ocurrió con las conquistas españolas e inglesas en América.

El motor de la conquista fue, inicialmente, místico. Tanto en el norte como en el sur, ingleses y españoles buscaban nuevas "tierras de promisión" donde fuera posible reconstruir un "mundo nuevo". Sobre este tema ya hemos aportado datos suficientes en nuestro estudio "Lo que está detrás de Bush" (en Zona de Descargas). En ese momento, ese impulso místico, especialmente compartido por disidentes religiosos (el Cardenal Cisneros encargó el grueso de la cristianización de las colonias a franciscanos disidentes en la misma línea que los "espirituales" y "fraticelli" medievales, y los navegantes del "May Flower" eran, asimismo, disidentes religiosos), se unió al afán de conquista de unos, al aventurerismo de otros y a la inadaptación de muchos a la vida en la Europa del siglo XVI y XVII. Todos estos elementos convergieron en el Norte en un pragmatismo extremo y en el Sur en una colonización mucho más humana en relación a los nativos y, por tanto, menos radical, enfatizando solamente el aspecto religioso e intentando que las colonias

suplieran la pobreza de nuestro territorio en minerales estratégicos de la época.

Hacia mediados del siglo XVIII ya se había formado una burguesía local, es decir, el elemento sociológico que precipitó la "descolonización". Era cuestión de tiempo que los condicionamientos geopolíticos (condición objetiva) se evidenciaran gracias a la acción de esa burguesía (condición subjetiva).

Después de la independencia destacó la multiplicidad del Sur frente a la unicidad del Norte. Era, asimismo, cuestión de tiempo que el Norte impusiera su poder sobre el Sur. Fue la "Doctrina Monroe": "América para los americanos", con su corolario "América para los americanos… del Norte". Esta tosca doctrina, poco después, se sofisticó y ganó en esoterismo con la doctrina del "Destino Manifiesto" (América está llamada a "guiar" el mundo gracias a su sistema político superior a cualquier otro y bendecido por Dios). Estas dos doctrinas tienen elementos comunes y, en algún punto, contradictorios.

En momentos de crisis de los EEUU, estas dos doctrinas siempre han reaparecido. Cuando EEUU tiene tendencia al aislacionismo acentúa su poder e influencia sobre el Sur del Río Grande y el Caribe. Es la "Doctrina Monroe" la que se impone. Por el contrario, en momentos de expansionismo, EEUU aspira a no limitarse solamente a intervenir en el Sur, sino en todo el mundo. En esos momentos, la clase dirigente norteamericana tiene en mente la doctrina del "Destino Manifiesto".

Desde la Segunda Guerra del Golfo, ésta es la doctrina que fue asumida oficialmente por la administración norteamericana y que los "neocons" ilustraron, completaron y llevaron a la práctica en el primer mandato de George W. Bush. Pero las dificultades encontradas en Irak han hecho que esta corriente pierda terreno. Los EEUU han demostrado no estar en condiciones, ni de pacificar Afganistán, ni mucho menos de derrotar a la insurgencia iraquí. Eso ha restado credibilidad a los neocons cuando pedían más aventuras en Irán, Siria, Corea del Norte, etc., y ha hecho que los partidarios del realismo en política exterior ganaran puntos. Eso, en la práctica, implica una nueva oleada aislacionista para EEUU en los próximos años. O lo que va del "Destino Manifiesto" a la "Doctrina Monroe".

América va a ser el teatro principal de operaciones de la política de EEUU a partir de 2008. Pero las circunstancias no van a ser las mismas que en el último tercio del siglo XIX. Hay circunstancias nuevas e inesperadas. De un lado, los EEUU son altamente tributarios del suministro de petróleo, especialmente del petróleo venezolano. De otro, los EEUU están dejando de ser una nación WASP (anglosajona, blanca y protestante) para incorporar a amplias comunidades hispanas.

Así como la comunidad afroamericana carecía de rasgos de identidad propios de valor, la comunidad hispana tiene lengua propia (el castellano), valores propios (opuestos a los anglosajones) y no se recluye en miserables guetos, sino que ha hecho suyas amplias zonas del sur de los EEUU. La diferencial demográfica hace que en las dos próximas décadas se reduzca la distancia entre ambas comunidades y la base de sustentación de los EEUU –la población y los valores WASP- quede a partir de entonces en entredicho.

En otras palabras: América del Sur mira hacia el Norte y se desplaza hacia el Norte. Por su parte, los EEUU dependen cada vez más del Sur en cuestión energética (en los años en los que Hugo Chávez ocupa el poder en Venezuela, las exportaciones de petróleo a EEUU se han multiplicado por cuatro). El escenario que va a generarse en los próximos años no puede ser contemplado sin tener en cuenta la situación económica de los EEUU y el aumento constante y asindótico de su deuda externa. El flujo de capitales exteriores a los EEUU (2.000 millones de dólares diarios) procedentes de la UE, Japón y mundo árabe, asegura el consumo interior norteamericano, pero ha provocado la mayor deuda exterior del planeta, sin ninguna posibilidad de disminuir. En otras palabras, a la debilidad

neoeconómica, al debilitamiento del sustrato WASP, sigue la debilidad económica. Solamente en el terreno militar se sigue manteniendo una superioridad relativa que las dificultades en Afganistán e Irak están cuestionando en estos momentos.

Además existe otro factor a tener en cuenta. La lejanía geográfica hace que la UE no pueda aspirar a una situación hegemónica en el continente americano, ni siquiera que un eje eurosiberiano pueda asegurar una alianza estable y duradera con la América situada al Sur de Río Grande. Pero sí es cierto que los vínculos lingüísticos y antropológicos de España con ese bloque geográfico pueden hacer que nuestro país ocupe un papel de "puente" entre ambas orillas del océano, a partir de hoy. Y ese papel será tanto más importante en la medida en que vaya atenuándose progresivamente la influencia WASP en EEUU.

En otras palabras: la inevitable "hispanización" de los EEUU tendrá como consecuencia un cambio radical en los valores, las estrategias, los objetivos y las aspiraciones de este país. La lógica hace que el impulso hegemónico que los EEUU han vivido desde el final de la Guerra Fría quede liquidado, y los EEUU, inevitablemente, sean una "pata" -una "pata" más-, de un mundo multipolar que volverá a tener a Eurasia como eje central.

Dependerá entonces de los actores euroasiáticos la posibilidad de imponer una coexistencia pacífica entre los pueblos y las naciones. Y, en ese contexto, el eje eurosiberiano será la garantía de un orden multipolar, estabilizado gracias al concurso del República China, por un lado, y de la América hispana por otro. Dentro de ese contexto, los EEUU, llevados por el realismo de su nueva situación interior, deberían reconocer que, como máximo, pueden aspirar a ser la cuarta "pata" del Nuevo Orden Multipolar (tras Rusia, la UE y China).

LA ALIANZA EUROASIÁTICA ¿EUROPA Y ASIA CONTRA ESTADOS UNIDOS?

Alfredo Jalife-Rahme

El triunfalismo de los republicanos yankis entra en colisión con una multitud de síntomas que le salen al paso y que cuestionan el futuro del neoliberalismo thatcheriano y la sobrevivencia de su globalismo financiero. Alfredo Jalife, eminente especialista en asuntos internacionales, se especializa en esos pormenores que para otros son imperceptibles.

A numerosos americanocentristas a ultranza, acostumbrados al pensamiento unilateral, de seguro los perturbará la osadía de reflexionar sobre el declive ineluctable de Estados Unidos, ya no se diga abordar desde ahora sus exequias anticipadas, como está ocurriendo en algunos centros importantes de estudios en el seno de ese país. Al traslado de dominio del centro geopolítico de gravedad de Estados Unidos a Asia, que abordó James F. Hoge Jr, editor de la influyente revista Foreign Affairs («Cambio del poder mundial en movimiento», julio/agosto de 2004), se suma de forma impactante el profundo y sereno análisis de W. Joseph Stroupe, quizá uno de los mejores geopolitólogos del momento, quien adelanta la «inevitabilidad de una alianza euroasiática» (GeoStrategyMap, 21 de abril de 2004), que ha sido retomado por *Asia Times* (19 de agosto de 2004).

En la misma escuela de pensamiento geopolítico, el concepto de una «alianza euroasiática» no deja de ser sumamente audaz, cuando es sabido que desde antes de la Primera Guerra Mundial (PMG) el padre de la geopolítica británica, Halford McKinder, creador conceptual de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y fundador de la London School of Economics, había formulado el axioma

anglosajón basado en la fractura continental euroasiática para que prevaleciera la «potencia marítima» de Gran Bretaña, lo cual no modificó mayormente su sucesor, Estados Unidos, y explica en gran medida los objetivos geoestratégicos de la PMG, la Segunda Guerra Mundial, la guerra fría y la posguerra fría, hasta el hito del 11 de septiembre: impedir una alianza entre Alemania y Rusia, o entre Europa y China o India, ya no se diga entre ellos.

En una entrevista con Le Monde (13 de julio de 2004), el geoestratega Zbigniew Brzezinski, asesor de seguridad nacional del ex presidente Carter, si bien muestra preocupación por el odio que ha cosechado la política exterior del presidente Bush en todo el planeta, no parece inmutarse ante la existencia de un sucesor viable de la otrora superpotencia unipolar que seguiría ejerciendo su hegemonía en forma multipolar de aquí al año 2050.

Lo sorprendente del impactante análisis de Stroupe radica en la azorante velocidad del declive de Estados Unidos, que sería en «pocos meses», ni siquiera de años, lo cual permitirá, desde luego, cotejar lo cierto de sus asertos temerarios pero nada descabellados: «¿Cómo sabemos que el detonante ocurrirá pronto, con toda probabilidad en algunos meses, quizá este otoño, cerca de las elecciones presidenciales en ese país? Porque podemos medir la intensidad de las fuerzas y la rapidez del movimiento de los acontecimientos que presionan en forma terrible y creciente al orden internacional (...) en relación con los cambios de placas tectónicas en la historia, de forma tal que el actual orden internacional no puede soportar las presiones por mucho tiempo. El lapso hasta que el cambio masivo de las placas tectónicas ocurra debe ser medido en meses, no en años. La inminencia de una alianza euroasiática como nuevo centro de poder será verdaderamente impresionante, como resultado del reordenamiento de las cosas en la geopolítica y la economía global».

El declive estadounidense ha favorecido el acercamiento entre Europa y Asia como «nuevo centro estabilizador del mundo», lo cual lleva a un cambio colosal de los centros de poder: «existen fuerzas de atracción mutua que jalan a Europa y Asia en forma conjunta. Además, el creciente vacío de poder, debido al declive económico, diplomático y militar estadunidense, aunado a una oposición creciente a su cada vez mayor política exterior unilateral y militarizada, alimenta un amplio y acelerado realineamiento de estados en la masa territorial euroasiática, donde éstos prosiguen una creciente independencia de Estados Unidos y un acercamiento más estrecho entre los socios euroasiáticos». Por lo visto, Stroupe da por hecho que todo mundo sabe que uno de los mayores intercambios geoeconómicos del planeta se genera entre Francia y Alemania, con el «triángulo estratégico» de Rusia, India y China (concepto geoestratégico acuñado por el ruso Evgeny Primakov, en 1998).

Según Stroupe, «ha quedado claro que Estados Unidos, la última superpotencia, no puede dictar y controlar los eventos globales y regionales como solía hacer. Pese a su exagerado poderío tecnomilitar, no puede controlar los eventos en Irak o Afganistán para aportar estabilidad y paz. Los asuntos en esos dos países se mueven hacia una mayor inestabilidad y caos.

Este hecho trae implicaciones y repercusiones regionales y globales. El aura de la omnipotencia virtual estadunidense, apoyada por su inigualable poder militar, ha sido severamente mancillada y se está colapsando. Para el mundo entero, se exhibe ampliamente la inhabilidad militar de la última superpotencia para someter y controlar en forma efectiva, en la fase de posinvasión, a dos pequeños y relativamente insignificantes poderes: Irak y Afganistán».

Tomemos un respiro ante el apabullante diagnóstico de Stroupe, quien percibe perfectamente el desarrollo del declive unipolar a partir de Afganistán e Irak, pero cuyo epifenómeno se dejó palpar desde la huida poco graciosa de los marines en Somalia, sin soslayar las graves tensiones que suscitó con Rusia y China el «cambio de

régimen» en Serbia, en 1998. Que Estados Unidos ya no controla los eventos es más que cierto, a la luz de los fracasos acumulados hasta en su patio trasero: en el cono sur, donde cunde la revuelta contra la imposición unilateral del tóxico decálogo neoliberal del «consenso de Washington».

Lula, Kirchner y Chávez, presidentes de las tres principales potencias sudamericanas (medido por su producto interno bruto -PIB-), han representado la manifestación multiforme, en diferentes tiempos y gradientes, de la insurgencia latinoamericana en contra del cataclismo neoliberal apadrinado por la codicia depredadora estadunidense. Para quedarnos en el «hemisferio americano», en Canadá -socio de Estados Unidos en el G-8, la OTAN y el TLCAN- la mayoría de sus jóvenes ilustrados consideran que los presidentes norteamericanos constituye la mayor amenaza para el género humano. Desde luego que desde el saqueo de las joyas milenarias del inicio de la civilización universal resguardadas en el Museo de Bagdad, hasta las torturas paradigmáticas en Abu Ghraib, «el aura de la omnipotencia virtual» de ese país «quedó mancillada» en forma indeleble, y la insurgencia nacionalista religiosa, de los sunitas en Falluja y ahora de los chiítas en Najaf, puso en evidencia la ciega y estéril fuerza tecnomilitar de los marines, quienes no pueden imponer su voluntad como antaño: «los pasados dos años», siempre según Stroupe, «han demostrado los verdaderos límites reales del poder militar en general, y del poder militar en particular».

«De ahí que el declive del poder militar estadunidense sea tanto real como percibido. Es real porque carece de las fuerzas suficientes que tuvo, está sobredesplegado y sobrextendido en sus compromisos militares, y en formas variadas ha mostrado su notoria vulnerabilidad a métodos asimétricos de ataque. Su declive es percibido porque su anterior aura de invencibilidad ha sido removida. Tanto la percepción y la realidad de la agonía militar estadunidense es inmensamente importante, porque le brinda a varias naciones segundos pensamientos profundos sobre acuerdos militares, nuevos o continuados, con Estados Unidos. También estimula a algunas naciones a comprar armas y adoptar estrategias (incluyendo la creación de alianzas) destinadas a contrarrestar, inclusive a disminuir, la influencia militar de esa nación en sus regiones».

Ahora se entiende la dimensión del redespliegue del ejército estadunidense, de 70 mil efectivos y 100 mil en Europa y Asia, y que Stratfor (18 de agosto de 2004) intenta edulcorar como producto de un «castigo a Alemania» y para «tener ventaja de la tecnología militar del siglo XXI en una rápida movilización».

Lo real es que el «triángulo estratégico» de Rusia, China e India ha aumentado su gasto militar en proporción al PIB, y en recientes juegos de guerra la fuerza aérea de India, dotada de aviones rusos Sukhoi (sin necesidad de emplear los Mirage franceses, considerados los mejores del mundo), venció a la de Estados Unidos.

No faltan estrategas que vislumbran que India deberá formar una alianza con China para frenar a Washington. A Stroupe no se le escapa que «la nueva filosofía opera muy bien para aquellos que la adoptaron y que está carcomiendo progresivamente el poder de Estados Unidos y colocándolo en las manos de poderes más débiles que están aprendiendo a actuar en forma colectiva, a formar alianzas benéficas y significativas para requilibrar y aún contrarrestar el dominio global estadunidense».

Abunda lo archisabido sobre el declive de ese país en los ámbitos económico y diplomático, en los que cada vez se aísla más del concierto de las naciones civilizadas, con mayor ahínco en el seno de la OTAN y de la Unión Europea (UE): «en todos los parámetros de medición, Estados Unidos quedó devastado de su otrora poderío militar debido, en gran medida, a la dilapidación alocada de su gran poderío», que ha orillado a nuevos realineamientos y alianzas en el mundo, «impensables hace unos años». A su juicio, las potencias de Europa y Asia se preparan en «forma significativa e

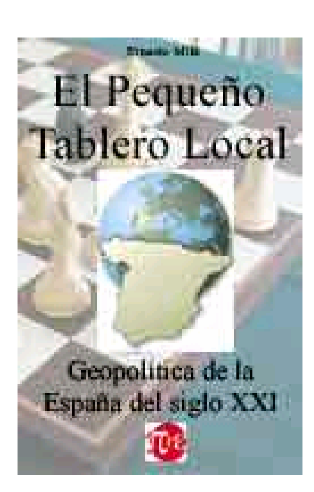
intencionadamente independiente de la economía estadunidense» a la eventualidad del «colapso del dólar». Resalta que la «UE y Rusia prosiguen su cooperación económica estratégica, aun con aquellos países catalogados como ’villanos’ por la Casa Blanca, los vínculos económicos estratégicos entre Europa, Rusia y Asia se han vuelto rápidamente muy extensos».

Le concede una enorme importancia a Rusia como vínculo entre Europa y Asia (que hemos deniminado «país pivote» del nuevo orden mundial en gestación). Los tiempos corren vertiginosamente y respecto de la tesis de Stroupe, De Defensa (19 de agosto de 2004), centro estratégico de pensamiento europeo, aduce que desde su invasión a Irak, a despecho del orden internacional que despreció, «Estados Unidos se convirtió en el principal y más poderoso ’Estado canalla’ del planeta, del que hay que cuidarse y desconfiar».

LIBRO DIGITAL

EL PEQUEÑO TABLERO LOCAL.
GEOPOLÍTICA DEL CONFLICTO
EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XXI

Ernesto Milá



http://es.scribd.com/doc/14544399/El-pequeno-tablero-local-Ernesto-Mila

URKULT